



Mi adorabile
PROBLEMA

~ ~ ~
CATHERINE BROOK

Mi adorable problema

Los Allen 3

Catherine Brook

Capítulo 1

—¡Georgiana, tienes que casarte! ¡Georgiana, se te está acabando el tiempo! ¡Si sigues así, Georgiana, te quedarás soltera! —se mofó la mujer, sintiendo cómo su exasperación crecía por momentos—. ¡Georgiana! ¡Georgiana! ¡Georgiana! ¡¿Es que madre no se sabe otro nombre?!

Lady Georgiana Birch pateó una de las piedras del jardín de lady Darling, importándole poco que sus delicadas zapatillas de baile se mancharan de tierra en el proceso. Estaba cansada, harta, hastiada y todos los sinónimos que se le pareciesen. Su madre no cesaba de repetirle que le quedaba poco tiempo para conseguirse un buen partido, y ella estaba al borde de perder la paciencia.

Desde joven había tenido claro que, como dama de buena cuna, su deber era casarse con un caballero de respetable posición, tener hijos y ser feliz en la medida de lo posible. Había sido educada para ser la esposa perfecta y una dama de envidiable conducta. Las mejores institutrices consiguieron lograr que su carácter fuera aquel que un hombre buscaba y encontrara interesante. Aprendió todo lo que necesitaba para cumplir el deber para el que había nacido. Sabía perfectamente cuál era su responsabilidad; por ello, que se lo recordasen a cada momento le empezaba a exasperar, y cabe acotar que ella no era de las que perdía la paciencia con facilidad.

Si de algo podía enorgullecerse, era de su capacidad para mantener la calma en las situaciones más críticas. Ni siquiera cuando una mujer medio loca arruinó su propuesta de matrimonio más aceptable, hacía ya dos años, había perdido la calma.

Se debe mencionar que gracias a esa mujer había terminado dentro de una fuente, y tuvo inventar todo tipo de excusas para salir indemne del interrogatorio de sus padres.

También había permanecido impertérrita [\[Office1\]](#) cuando el loco hermano de esa [\[Office2\]](#) misma *dama* arruinó, meses después, otra propuesta de matrimonio aceptable debido a un acontecimiento que prefería no recordar.

Se sentó en uno de los bancos del jardín y recordó la primera escena con una mueca y cierto lamento. Lord Coventry era, y posiblemente sería, el mejor pretendiente que había tenido en sus tres temporadas en sociedad. Era el perfecto caballero inglés: educado, con principios morales claros, y sería en ese momento su esposo si aquella Allen no hubiera intervenido. ¡Y vaya que había intervenido! Georgiana no podía acusarla de haberla empujado o tirado a la fuente a propósito, claro que no, pero su solo apellido y presencia bastaban para justificar cualquier inconveniente que le sucediera a alguien cerca de ella, y echarle la culpa.

Y es que se decía que los Allen estaba malditos y por eso siempre vivían en líos. Cosa que no debía ser mentira, ya que fue otro Allen el que impidió su futuro matrimonio con el marques de Carisbrooke. No era el hombre que más hubiera tomado en consideración, pero era un buen

partido que había perdido; no tanto como lord Coventry, aunque buen partido, a fin de cuentas

Nunca comprendió cómo alguien tan correcto como lord Coventry pudo terminar casado con alguien así, una Allen, pero Georgiana no le guardaba rencor a la muchacha. Al menos no del todo. Cualquiera que hubiera podido verlo se habría dado cuenta de que se profesaban un infinito cariño, y aunque ella en particular no era fiel creyente del amor eterno hacia alguien o alguna otra de esas tonterías románticas, no negaba que la pareja parecía ser feliz junta. Ella hubiera sobrado en todo el asunto.

No obstante, si podía culpar de algo a Angeline Allen, ahora condesa de Coventry, era de su situación actual. Su hermano y ella tenían la culpa de su soltería.

No se podía decir que creyera en maleficios o supersticiones, pero definitivamente no podía negar que todos los que llevaban el apellido Allen significaban problemas, escándalos y mala suerte andante[Office3]. Como ya había podido comprobar, bastaban cinco minutos en su presencia para que la mala suerte que emanaban por cada poro se esparciera sobre los demás como si de una enfermedad se tratase; en eso y en esos desafortunados incidentes de hacía dos años, Georgiana justificaba su actual condición de soltería y la incapacidad de encontrar a alguien que satisficiera sus expectativas.

Vanidosa como cualquier dama de su posición, se sabía poseedora de una belleza atrayente y angelical. Si tuvo alguna duda de ello, en su primera temporada todos los hombres que se le acercaron se encargaron de confirmárselo. Lamentablemente perdió toda una temporada en una «relación» con lord Coventry, sabiéndose segura de que sería su esposa, pero después de romper el no anunciado compromiso, tampoco creyó que el asunto le afectara tanto considerando todas las virtudes que poseía. Y no fue así. Consiguió a lord Carisbrooke, pero no haberse presentado en su propuesta por culpa de aquel estúpido Allen y la dama que era ahora su esposa tampoco ayudó mucho a su afectada reputación.

Por supuesto, con lo de lord Coventry hubo rumores, ¡cómo no haberlos cuando la sociedad casi los veía casados!, pero ella pudo haber jurado ante cualquier entidad divina que conseguiría a alguien, no solo por su belleza, sino por su carácter afable y sus buenas maneras. Era todo lo que se esperaba de una dama. ¡Era perfecta! Por ello no podía achacar su soltería a otra cosa que no fuera mala suerte, contagiada por aquellas criaturas de apellido maldito.

Al principio, después de ese desastroso incidente de la fuente, Georgiana concentró su total atención en el marqués de Carisbrooke, que siempre la había pretendido y era la segunda opción más aceptable. No era viejo, poseía un título importante y, aunque su reputación no era tan intachable como la de lord Coventry ni tampoco era tan apuesto como este, no era un mal partido. Ella sabía que podían llevarse bien. Lamentablemente, no tuvo oportunidad de comprobarlo. Después de ahí, su suerte rodó colina abajo junto con la larga lista de pretendientes que tenía. Los hombres la empezaron a considerar más fría de lo que ya la creían, y muchos no se le acercaban.

Meses después murió su padre, y un largo año de luto la llevó al olvido, quitándole un año de edad casadera y haciéndola más vieja y menos aceptable para los hombres que quedaban. A estas alturas, en su tercera temporada y con veintidós años de edad había quedado casi rezagada, por lo que no estaba segura de si debería aceptar la propuesta del hombre que llegaría en unos momentos, o solo seguir escuchando los reclamos de su madre por el resto de sus días.

El duque de Grafton era el único hombre que había seguido pretendiéndola a pesar de todo. No era una mala persona, y su título era más que un incentivo para cualquiera. El problema radicaba en que tenía casi cuarenta años más que ella. Casarse con alguien pasado de edad nunca estuvo en sus planes, pero desesperada podía reconsiderar cualquier cosa. Era o el duque o los reclamos de toda una vida de su madre. Su padre no hubiese dudado en comprometerla dadas las circunstancias; Dereck, en cambio, era más flexible al respecto. Para él, su hermana tenía el juicio suficiente para decidir con quién pasar el resto de sus días, y eso era algo que odiaba. Si la obligara a casarse, ella no estaría en ese dilema.

Observó a los lejos y vio que el duque se acercaba, por lo que siguiendo las más estrictas normas de cómo debía actuar una dama, Georgiana transformó su postura a una grácil y cambió cualquier expresión hostil de su rostro por una inescrutable con la misma facilidad de una actriz de Drury Lane. Todavía no sabía cuál sería la respuesta que daría; primero tendría que escuchar la propuesta.

A pesar de que no había alentado al duque a avanzar, tampoco había cortado de raíz sus intentos, así que lo mínimo que merecía el hombre era ser escuchado. Después diría su respuesta sin pensarlo mucho, o terminaría corriendo de regreso a la mansión. Esperaba que pudiera salirle una contestación espontánea, y anhelaba que esta fuera conveniente para su futuro o se arrepentiría de por vida.

El hombre empezó a acercarse más y Georgiana desvió la vista hacia unos arbustos para dar la impresión de estar distraída. No debía dejar que él se percatase de que lo esperaba ansiosa, o algo por el estilo.

Calculó mentalmente cuánto tardaría en llegar y, mientras esperaba, comenzó a tararear una canción para obligar a su cabeza a dejar de maquinar los pros y los contras de la unión..., o del posible rechazo.

Al duque debían faltarle al menos siete metros para llegar a ella cuando sintió que alguien ponía sus manos en sus hombros desnudos y susurraba en su oído:

—Sabía que vendrías.

Por instinto, Georgiana giró la cabeza, pero no pudo distinguir el rostro del recién llegado porque unos labios se apoderaron de los suyos en el mismo instante en que su cuello se volteó.

La sorpresa no la dejó reaccionar a tiempo y los labios del desconocido se movieron sobre los suyos, desorientándola a cada segundo que pasaba. Jamás había dejado que ninguno de sus

pretendientes la besara, y ahora un hombre robaba sin su permiso la castidad de su boca. Quizás lo peor fuese que el contacto no era desagradable como su madre siempre repetía. A medida que pasaban los segundos, algo dentro de ella le instaba a responder, a probar, pero solo el desarrollado sentido común impidió que cayera en la tentación.

«Esto no está bien», le recordó su conciencia, y solo entonces su cerebro se vio capaz de reaccionar y apartar con todas sus fuerzas al desconocido. El hombre parpadeó, sorprendido, y cuando sus ojos se encontraron, el desconcierto brilló en los de él.

—Dios —murmuró él atónito—. Yo... —No le dio tiempo a terminar, pues un carraspeo los hizo girar la cabeza.

Solo los más estrictos años de educación impidieron que Georgiana soltara un lamento en voz alta demostrando su tristeza ante la mala suerte. ¡Se había olvidado de lord Grafton!

«Otra propuesta arruinada no, por favor», rogó en silencio, pidiendo al cielo clemencia. Eso no podía ser posible. Una era mala suerte; dos, casualidad... pero una tercera propuesta arruinada significaba que había perdido el favor de Dios. Estuvo tentada de preguntar el nombre del desconocido por si resultaba ser un Allen, aunque se contuvo. No era el mejor momento ni la mejor conversación cuando tenía que salvar la situación.

—Lord Grafton, le aseguro que esto no es lo que parece.

Lord Grafton observó con sus dilatados ojos azules al desconocido y luego a ella. Su mirada reflejaba orgullo herido y decía lo poco que la creía. Ella miró al hombre esperando que intercediera a su favor, pero este solo frunció el ceño y miraba alternativamente al duque y ella.

—Señor, le ruego que le explique a su excelencia que esto ha sido un malentendido.

Alec parpadeó para volver a la realidad. Diría que eran demasiadas cosas en un día, pero había estado en situaciones peores, así que debería estar acostumbrado. Observó los ojos de la mujer que había confundido con la viuda Adkins y vio el ruego en ellos. Por lo visto, acaba de interrumpir una cita amorosa... o una posible propuesta de matrimonio. Ya que la persona que tenía a su lado era lady Georgiana Birch, incapaz de hacer algo indecoroso como salir sola a pasear a menos que fuera por motivos más severos, Alec supuso que era la segunda. Lo que le había dejado atónito era que una mujer poseedora de semejante belleza fuera a casarse con un hombre que le triplicaba la edad. O podía ser que no fuera a casarse; es decir, bien pudo tener planeado rechazar la propuesta.

Por su bien, esperaba que sí.

—Señor... —insistió la dama, obligándolo a volver a la realidad.

Preparó rápidamente una buena excusa y abrió la boca para aclararlo todo, pero lord Grafton se adelantó.

—Creo, lady Georgiana, que he recapitado mejor el asunto. No quiero interponerme entre usted y su... acompañante, por lo que ruego que me disculpe...

—Lord Grafton —protestó la mujer—, esto no ha sido más que un malentendido. Yo ni siquiera le conozco. Señor, por favor, aclare el asunto —insistió mirando a Alec[Office4], presionándolo para que hablara.

Una persona normal hubiera visto la advertencia en sus ojos y se hubiese apresurado a hablar, pero Alec no lo hizo. Seguía sin poder creer que alguien así quisiera casarse con un viejo como el duque, por muy importante que fuera el título. Por ello, y analizando los motivos que llevarían a la dama al grado de desesperación para llegar tan lejos, no dijo nada de inmediato y el duque giró sobre sus talones diciendo:

—No se preocupe, lady Georgiana, le doy mi palabra de honor de que, por mi parte, este asunto se mantendrá en la absoluta confidencialidad. Buenas noches.

Georgiana casi dejó caer la mandíbula al suelo cuando lo vio alejarse. No supo cómo mantuvo los nervios bajo control. Eso no podía haber pasado de verdad. No podían haber arruinado la propuesta de un duque.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —lo encaró, intentando moderar su tono de voz y mantenerse lo más calmada que pudiese—. ¿Tiene la mínima idea de lo que esto pudo haberle hecho a mi reputación? ¿Por qué no ha desmentido el malentendido? ¿Es consciente de que acaba de arruinarme un futuro como duquesa?

Que no estuviera segura de si aceptaría o no la propuesta no le restaba importancia a la situación. Bien podía haber dicho que sí, pero ahora no lo sabría, y todo por culpa de él. Tenía que hacerlo sentir culpable.

—Lamento mucho todo esto —se disculpó, con la vergüenza impregnada en su voz—, la he confundido con alguien.

Lo que le faltaba, haber sido confundida con una amante o alguna esposa de faldas ligeras.

—¿Por qué no ha dicho nada? ¿Por qué no aclaró el asunto? —cuestionó, cada vez más molesta.

«No pierdas la compostura, Georgiana; no pierdas la compostura», se repitió para poder mantenerse tranquila y no zarandearlo.

—¿De verdad pensaba casarse con ese hombre? ¿No puede conseguir un mejor partido que alguien de sesenta años?

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura».

¿Eso a él qué le interesaba!?

—Creo que la respuesta no es de su interés. Exijo saber el motivo por el que me ha condenado a buscar otro pretendiente.

El hombre pasó una nerviosa mano por sus castaños cabellos y le dirigió una sonrisa tan adorable que le hubiera perdonado la ofensa de no ser grave el asunto. Era sorprendente cómo una simple curvatura de labios podía ser tan insignificante y a la vez expresar tanto. A Georgiana le

recordaba a un niño que te sonreía para disculparse por una travesura, y tú no le podías decir que no porque era tan inocente...

¡Pero ese hombre no era inocente! Él sabía perfectamente lo que había hecho y también debía de ser consciente del efecto que la sonrisa causaba en las personas. Debía incluso de estar acostumbrado a meterse en problemas y ser perdonado por ellos. Solo que Georgiana no lo perdonaría; no lo perdonaría porque era la tercera vez que le arruinaban una propuesta, y aunque él no tuviera que ver con las demás, todos tenían un límite. Incluso la dama de invierno, como la gente solía llamarla por su frialdad, tenía uno.

—¿Y bien? —instó [Office5](#) a responder al ver que no decía nada. No pensaba moverse de ahí hasta que no obtuviera una explicación y una disculpa decente. Poco le importaba que permanecer a solas con él fuera del todo incorrecto.

—Solo no he reaccionado a tiempo. De verdad lamento la confusión... y el beso.

Georgiana se sonrojó al recordar el beso inesperado y usó todas sus fuerzas para no perder la calma y tratar el asunto con la importancia requerida. El hombre debería aprender a no andar besando a mujeres sin verles primero la cara.

—¿Le hubiese tomado mucho tiempo verificar mi identidad? ¿O es de los que siempre actúan por impulso? Si hubiera estado casada y hubiera sido mi marido el que nos hubiese descubierto, ¿qué cree que habría pasado?

Alec se sentía como un niño pequeño recibiendo una reprimenda bien merecida. ¿Por qué siempre se encontraba en ese tipo de situaciones? La respuesta no debía ser muy difícil: era un Allen y, por ello, atraía problemas como miel a las abejas. No obstante, nunca consideró verse en uno similar a ese. Acababa de arruinarle una buena proposición de matrimonio y pudo poner en riesgo su reputación; sin embargo, no estaba del todo arrepentido. Sentía que ella no hubiera podido ser feliz con alguien tan mayor. Estaba seguro de que podía encontrar a alguien más.

Como Alec no era de los que se guardaba las cosas para sí, le dijo:

—¿Sabe?, creo que le he hecho un favor. Ustedes jamás congeniarían.

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura».

¡¿Quién era él para decidir eso?!

—¿Cómo se atreve? Usted no es nadie para saber lo que me conviene.

—Puede que no, pero a simple vista se ve. ¿Tan importante es para usted un título? ¿O no se cree capaz de atraer a un mejor partido?

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura».

Para mala suerte de ella, la frase ya no estaba surtiendo tan buen efecto como antes; cada vez se le hacía más difícil mantenerse calmada, y ya ni la educación más estricta parecía querer imponerse.

—Puede que deseara casarme para enviudar rápido —dijo sin saber muy bien el motivo de la

frase. Quizás solo quería hacerlo consciente del daño que suponía para ella la pérdida de la propuesta que no sabía si aceptaría.

Él negó con la cabeza.

—Usted no es ese tipo de persona —afirmó él, y a ella le sorprendió que lo dijera con convicción.

—¿Cómo puede estar tan seguro? No me conoce.

—Estoy seguro, eso es todo. Creo que más bien estaba desesperada. ¿Cómo es que semejante ángel no puede tener una mejor oferta de matrimonio?

De no haber estado acostumbrada a cumplidos en sus mejores años de sociedad, Georgiana se hubiera ruborizado como una adolescente, pero dado que ese era un asunto serio, no permitiría que nada la sacara del contexto, ni siquiera el hecho que alguien todavía la considerase bella y digna de pretendientes.

Ese hecho le hubiera dado esperanzas si no supusiera que lo hacía para salir indemne del asunto.

—A usted no debe interesarle mi vida, solo quiero que aclare todo con el duque.

—¿Piensa que creerá en mi palabra ahora?

Georgiana suspiró.

No, no lo haría. Era muy tarde.

—Váyase —pidió con todo el autocontrol que fue capaz de reunir. Deseaba quedarse sola un rato, no importaba que no fuera correcto: solo necesitaba aire fresco para poder recuperar el control de sí misma y pensar una buena excusa para justificar a su madre por qué no se casaría con el duque.

Alec, presintiendo que la mujer no estaba del todo bien, se vio tentado de decir algo más, pero desistió sabiendo que quizás no era el mejor momento y todo lo que dijera, ella lo tomaría mal. Así pues, giró sobre sus talones y empezó a caminar de regreso a la velada, hasta que recordó el motivo por el que había ido ahí.

Molesto consigo mismo por haberlo olvidado, volvió a girar y dijo con tono esperanzado:

—¿No ha visto por aquí a la viuda Adkins?

Georgiana, inmersa en su mundo, tardó diez segundos en comprender la pregunta y otros diez segundos en atar los cabos. Cuando lo hizo, la rabia bullía en su interior y amenazaba con explotar con la misma fuerza que un volcán en erupción.

—¿La viuda Adkins? ¿Me ha confundido con la viuda Adkins? ¿Y todavía tiene el descaro de decírmelo?

Los puños apretados le demostraron a Alec que acaba de ofenderla. No entendía por qué su reacción. Sí, la había confundido con la viuda Adkins. ¿Qué tenía de malo? La viuda no era una mala persona o alguien de escandalosa reputación para decir que la había confundido con una

paria. No entendía la razón de su molestia.

Georgiana no supo cómo se controló. Con una viuda: la había confundido *con una viuda*. En otras palabras, la había confundido con alguien que debía llevarle al menos diez años. Ya tenía la apariencia de alguien mayor.

Observó que él no parecía darse cuenta del motivo de su molestia y se obligó, por milésima vez en esa noche, a mantener bajo control sus emociones.

—No la he visto —respondió—. Váyase, por favor.

Alec asintió algo melancólico. Si ella no había ido, significaba que todo había acabado. Debía haberlo supuesto, ella no dio ninguna muestra de querer algo serio, pero la esperanza era un sentimiento que no necesitaba mucho para florecer.

Comenzó a alejarse, aunque a medio camino se detuvo y observó a lo lejos a la mujer, que se sentaba en uno de los bancos. Era bonita, demasiado bonita, y Alec se sintió bien por haber impedido semejante boda absurda. Podía conseguir a otra persona más adecuada. No comprendía el porqué de su nivel de desesperación para llegar a aceptar a alguien tan mayor. No es que fuera extraño: el hombre era un duque, algo difícil de rechazar, y los matrimonios de ese tipo eran comunes en sociedad. Sin embargo, él había escuchado hablar de lady Georgiana, y no era del tipo de persona que ponía la desesperación por encima del futuro. Buscaba un buen partido como todas las demás debutantes, pero tenía suficiente cerebro para pensar bien las cosas.

Pocas eran las veces que Alec aparecía en bailes de sociedad o prestaba atención a cotilleos, por lo que desconocía lo popular que era la mujer en ese momento, pero sin duda no debía ser grave su situación para llegar a esos extremos. Aún así, se sintió mal porque para ella el asunto era importante.

Quizás debería redimirla...

Observó que tomaba una flor del pequeño jardín y empezaba a arrancar los pétalos como una niña pequeña y enfurruñada. La imagen se le tornó divertida y, sin ser consciente, empezó a caminar otra vez hacia ella. Se acercó silenciosamente por detrás y escuchó cómo murmuraba:

—Me caso, no me caso... —Arrancaba pétalos de la flor mientras hablaba.

Él se mantuvo en silencio, y cuando ella llegó al último pétalo, soltó un suspiro resignado y dijo:

—Me caso.

—¿Ve?, de todas formas se va a casar, significa que esto no le afectará tanto.

Al escuchar de nuevo la voz, Georgiana tuvo ganas de gritar de exasperación. No supo cómo se limitó a lanzar una mirada fulminante al que se atrevió a inmiscuirse en sus lamentos personales.

Sin esperar a que dijera algo, Alec se sentó a su lado y le sonrió. Ella desvió la vista como si pretendiera ignorarlo, pero que el hombre se quedara ahí, solo observándola, le causó tanta incomodidad que no pudo evitar volver a mirarlo.

—¿Por qué sigue todavía aquí? Quiero estar sola.

—De verdad lo siento —se disculpó de nuevo, esta vez con más sinceridad que las otras veces. «Lo siento» era una expresión con la que los Allen estaban familiarizados, por lo que tendían a salir de forma inconsciente y a veces sin ningún sentimiento real—. Quiero ayudarla.

—¿Cómo? ¿Se va a casar usted conmigo? —ironizó—. El daño ya está hecho.

Alec negó con la cabeza, no queriendo a ser pesimista.

—No, claro que no. Yo podría... —Pensó un momento en la mejor manera de redimir el daño, y cuando se le ocurrió una, sus labios formaron una sonrisa—, yo podría ayudarla a encontrar esposo.

Maravilloso.

Ahora también trataba con un loco.

Capítulo 2

Georgiana había visto a una cantidad considerable de hombres borrachos como para identificar cuándo alguien no se encontraba en sus cinco sentidos. Sin embargo, por más que observaba al hombre, sus gestos y su forma de hablar, no lograba confirmar que tuviera, aunque fuera, un mínimo signo de ebriedad. Pero si no estaba ebrio, entonces solo podía estar loco o ser muy idiota, ya que lo que le acababa de decir sobrepasaba los límites de lo absurdo.

Ella no se consideraba una persona indiscreta o algo similar. Había sido educada para siempre saber qué decir y qué no. No obstante, en esa ocasión no pudo evitar preguntar:

—¿Está usted ebrio?

El hombre soltó una musical carcajada que la sorprendió.

—No. No he bebido nada en toda la noche.

—Entonces no comprendo el motivo de esa absurda propuesta.

—Quiero resarcirla. Le he espantado a un posible marido, creo que podría ayudarla a conseguir otro. Es un trato justo, ¿no lo cree?

—Es ridículo —contradijo ella—. No es la primera persona que me arruina una propuesta, y ya que ninguno de los anteriores se molestó en buscarme un pretendiente, no creo que usted deba hacerlo.

Georgiana se dio cuenta de que había dado demasiada información cuando los ojos de él mostraron una indudable curiosidad hacia lo dicho. Ella no había querido sacar esos temas a relucir, fue de forma inconsciente.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo levantándose. Alisó las arrugas de su vestido—, no es correcto que estemos aquí solos.

Pero Alec no estaba dispuesto a dejarla marchar. Se interpuso en su camino para bloquearle el paso.

—¿Le han arruinado propuestas de matrimonio antes?

Su tono no podía calificarse con otro adjetivo que no fuera incredulidad, y Georgiana no lo culpaba. Cualquiera diría que eso era absurdo e inverosímil. Que sucediera una vez podía catalogarse como un desafortunado incidente, pero tres veces ya era una locura.

Intentó rodearlo para pasar de largo, pero el hombre le bloqueaba el camino como quien no está dispuesto a dejar ir a su presa. Georgiana empezó a exasperarse. Le dedicó una mirada que hubiera dado por advertido a cualquiera, pero él no se movió y esperó con paciencia la respuesta que ella se negaba a dar.

—Dos, para ser exactos. —Claudicó al final y volvió a sentarse en el banco.

¿Qué más daba que lo supiera? ¿Qué más daba si propagaba los rumores? De todas formas estaba destinada a no casarse.

—Y... ¿Puedo saber cómo fue?

—No. —Ella envaró los hombros en una pose defensiva y le dirigió una mirada helada.

Él, por su parte, no pensaba darse por vencido, aunque dudaba de que la mujer fuera a decir más. Intentó recordar cuáles habían sido sus pretendientes para así hacerse una idea, pero a la mente solo le vino uno y, con él, una idea que no le gustó mucho.

—Por casualidad... ¿No fue una de esas propuestas arruinadas la que puso fin al cortejo de lord Coventry?[\[Office6\]](#)

El único signo que la mujer mostró de sorpresa fue abrir ligeramente los ojos, y ni eso hubiera sido suficiente para demostrar a alguien menos observador su desconcierto, ya que fue demasiado sutil.

Para mala fortuna de la dama, Alec siempre había sido una persona detallista.

—Siempre pensé que usted lo había rechazado, o que él se había echado para atrás. Eso es lo que la gente comenta. —Se sentó otra vez a su lado y ella lo miró como un bicho fastidioso—. ¿Qué fue lo que pasó en realidad? —preguntó, aun sabiendo que ella se encontraba molesta.

Georgiana no respondió. Tenía la esperanza de que, si lo ignoraba, él se cansaría y se marcharía. Lástima que, al contrario de sus teorías, él continuó hablando.

—Lord Coventry se casó después con lady Angeline Allen. ¿No habrá tenido ella algo que ver?

Por más que lo intentó, Georgiana no pudo evitar hacer una mueca al escuchar el nombre de aquella desagradable criatura, principal causante de su mal actual, y eso fue todo lo que necesitó Alec para confirmar sus sospechas.

—Oh, vaya. ¿De verdad no puede decirme qué sucedió? Prometo guardar el secreto.

—Eso es algo que nada me asegura —replicó, cortante.

—Le doy mi palabra de caballero.

—Considerando que besa a damas sin ni siquiera confirmar su identidad, comprenderá mi duda hacia esa palabra.

Dudar de la palabra de un hombre era una de las peores ofensas que alguien podía hacer a un caballero, y ella debía de saberlo. Pero si creyó que él se iría de ahí ofendido, se equivocó, pues Alec se limitó a seguir hablando.

—Ya he descubierto parte de la historia, ¿por qué el recelo a que sepa la otra? ¿Tan grave es? Si quiere, puedo quedarme un rato exponiendo teorías.

—Solo si quiere exponérselas a los árboles. Yo me voy. —Hizo amago de levantarse, pero que Alec se pusiera otra vez frente a ella le advirtió lo inútil que resultaría intentar escapar.

Ella quiso maldecirlo, gritarle los pocos insultos que se sabía y exigirle que la dejara en paz, pero la educación reinó ante todo.

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura».

—Si me cuenta el final de la historia, prometo dejarla en paz.

«Esa es una oferta bastante tentadora», pensó ella con ironía. Decidió aceptarla. De todas formas, habían pasado dos años: si se armaba un escándalo, no sería nada nuevo para los actuales condes de Coventry, cuyo hijo se rumoreaba que había nacido antes del tiempo previsto, y completamente sano para ser prematuro.

—Al parecer... —comenzó a contar con resignación—, lady Angeline y lord Coventry tenían un tipo raro de... «relación». No sabría decirle con detalle cuál, pero ella llegó a donde estábamos, lo maldijo en voz alta y le recriminó por no sé qué beso. Después se dio cuenta de que yo estaba presente. Ya podrá imaginarse la escena.

Alec hizo una mueca al hacerlo, aunque no le sorprendió en absoluto. Si había alguien que padecía con frecuencia la maldición de apellido Allen, esa era Angeline. Ahora que estaba casada y con otro apellido las cosas se habían calmado un poco. Antes era un problema andante. Alec estaba seguro que ese incidente había sido culpa exclusiva del apellido.

—Debió ser incómodo para usted —comentó mientras se sentaba a su lado. Agradeció que ella no supiera su identidad; de lo contrario, podía ser que no estuviera contándole todo eso.

Georgiana puso los ojos en blanco.[\[Office7\]](#)

—Incómodo es una palabra amable. Fue una verdadera humillación. Yo imaginaba que en pocos meses me convertiría en condesa, y de pronto me entero de que habían estado jugando con mi tiempo en ese cortejo.

—¿Se lo recriminó?

—¡Claro que no! —espetó, como si le hubiera proferido una ofensa—. Primero muerta que perdiendo la compostura. Además, estoy casi segura de que no fue de formadeliberada. Lord Coventry jamás haría algo así. Creo que estaban enamorados y no querían admitirlo. Yo solo me quité del medio para no estorbar.

Alec la miró con admiración. No conocía a ninguna dama que hubiera hecho eso si hubiese estado en su lugar; cualquier otra o bien habría tenido un ataque de histeria y montado un escena en donde todo Londres se habría enterado de las andadas de lord Coventry con su hermana, o habría exigido ser resarcida.

Era una buena mujer.

—Eso fue admirable de su parte. Alejarse porque vio que se querían... No me la imaginé como una persona romántica.

La mirada que le dirigió bien pudo haberse catalogado de horrorizada.[\[Office8\]](#)

—¿Romántica yo? Dios me ampare. El amor es un sentimiento absurdo. No creo ser capaz de experimentar algo semejante. ¿Devoción absoluta hacia otra persona? Demasiada tontería para mi gusto.

—No comprendo, acaba de decir que no intervino porque ellos estaban enamorados...

—Que yo no crea en el amor o no me vea capaz de experimentarlo no significa que otros no lo hagan. Ellos tenían algo, y a mí no me gusta estar donde no me quieren. Valgo demasiado para ser plato de segunda mesa.

Alec volvió a observarla por unos minutos, intentado descifrar la forma de pensar de la mujer, pero fue en vano. No le decían «la dama de invierno» por nada. Lady Georgiana Birch era fría e inescrutable como el invierno. Nadie se atrevía a enfrentarse a ella ni a acercarse sin protección. Ella era una persona perfectamente capaz de manejar sus emociones y eso le causaba una gran curiosidad, porque le daba la impresión de que había algo más detrás de esa fachada de indiferencia y arrogancia.

—Además, yo estaba segura de que podía conseguir a alguien más, incluso mejor partido que lord Coventry.

—Y lo hizo. —No era una pregunta. Tenía una idea de cómo seguía la historia.

—Sí —admitió ella con un suspiro melancólico.

—Y... ¿También le arruinaron la propuesta?

A mala gana, ella asintió.

—¿Sabe qué fue lo peor? —Él negó—. Que fue otro Allen el que lo hizo.

—¿Cómo? —A Alec no le estaba agradando mucho el rumbo que tomaba eso. No podía ser que su familia fuera la causante de que ella siguiera soltera, y menos que él se hubiera unido al grupo.

—Es algo extraño, si le cuento la historia me catalogará de loca.

—Le aseguro que no será así. Estamos hablando de los Allen. Nada con ellos es normal.

Para su desgracia.

—Bien, el segundo de los hermanos... ¿Cómo se llama?

—Richard.

—Él. Richard Allen evitó que llegara al lugar de encuentro con el marqués, y este, por supuesto, tomó mi falta de asistencia como un no. No pude explicarle los verdaderos motivos para no quedar como una loca. Lo cierto es que yo tampoco los tengo claro. Solo sé que él y la que ahora es su esposa me retuvieron en una habitación alegando que, si salía, mi vida correría peligro.

—Oh, Dios.

Alec estaba sorprendido. Patidifuso sería mejor para describirlo, no cabía en su asombro.

—¿Sabe? —continuó ella, con un tono que era la mezcla entre tierno e irónico—. A veces creo que la mala suerte me la contagiaron ellos. Después de ese incidente, ningún pretendiente respetable se me acercó. Todos me consideraban demasiado creída por haber rechazado a dos maravillosos partidos. Y ninguno de esos rechazos fue mi culpa.

Alec se sintió mal por ella. En otras palabras, era culpa de su familia su situación actual y, si

antes había sentido la necesidad de redimirla, ahora más que nunca.

—Suenas tonto, ¿no es así? —Ella esbozó una sonrisa triste—. Soy consciente de ello.

—No es tonto. Todos saben que la mala suerte que persigue a los Allen a veces es contagiosa.

Georgiana lo miró sorprendida. No hubiera pensado que alguien pudiese comprenderla. Estaba segura de que el hombre se reiría en su cara, y le alegró que no fuera así.

Se tomó un momento para observarlo con meticulosidad.

Era un espécimen apuesto, aunque no necesariamente irresistible. Tenía el cabello castaño — muy mal peinado, había acotar— pero que le confería cierto salvajismo a su imagen. Sus ojos eran de un color avellana llamativo, y eran de ese tipo de ojos que expresaban todo cuando querían y las personas no tenían dificultad en leer, pero, aunque sonara paradójico, también eran ese tipo de miradas que sabían cuándo volverse inexpresivas. Sus facciones eran sencillas y casi armónicas. Vestía con la elegancia de un caballero sin la opulencia de un aristócrata, por lo que Georgiana supuso que no debía ser alguien con título, aunque podía ser que tuviera familia noble.

—No imaginé que me daría la razón —admitió ella, sintiendo cómo una sonrisa pugnaba por salir de sus labios. La contuvo para que el hombre no se percatase de que se ablandaba—, yo misma me lo digo y suena absurdo. No soy una persona supersticiosa.

—Aún así estás segura de que tu mala suerte es culpa de los Allen —adujo él.

—Me ciño a los hechos —se defendió.

Alec, por respeto a ella, contuvo una sonrisa.

—Creo, lady Georgiana, que le convendría aceptar mi trato.

Recordar ese tonto trato consiguió que Georgiana volviera a ponerse a la defensiva.

—Con todo respeto, señor... No he escuchado cosa más absurda en mi vida. ¿No me cree capaz de encontrar un buen marido por mí misma?

Considerando que estuvo a punto de casarse con un abuelo, Alec diría que no. Por supuesto, mencionar eso en voz alta no era apropiado desde ningún punto de vista.

—No ha entendido bien la oferta. Me refiero a...

—Soy perfectamente capaz de encontrar a alguien más —cortó la mujer, recogiendo los pedazos de su orgullo. No era una frase que sonara muy convincente, considerando que acaba de confesar su mala suerte buscando pareja, pero ya lo había dicho—. Tiene que haber algún hombre capaz de darse cuenta. No entiendo cómo sigo soltera. Soy todo lo que una dama debería ser: educada, recatada. Bien portada. Sé llevar una casa. Sé de moda, algo de arte. Sería buena anfitriona. Sé ser coqueta cuando me lo propongo... ¡Soy perfecta y tengo que conseguir a alguien!

Muy tarde se dio cuenta de que había perdido los nervios. Un rubor le recorrió las mejillas [\[Office9\]](#) por la vergüenza de haber dejado al descubierto más su desesperación.

Desvió la mirada.

—Olvidó mencionar una autoestima alta.

Y con esa frase, el hombre logró hacer desaparecer su congoja. No es que le molestara: ella sabía que a veces pecaba de arrogante, pero era un defecto que no tenía intención de modificar.

—Nunca está mal un poco de amor propio. Además, solo digo la verdad. Me educaron para ser todo eso y casarme en las primeras temporadas.

—Sin embargo, aun así sigue soltera —acotó él, haciendo que ella tuviera que contener un mohín de enojo.

—Ya he mencionado los infortunios...

—Claro, claro. El apellido Allen es el culpable.

Si había sarcasmo en su tono, ella no lo detectó. Así pues, decidió obviar el comentario.

—El punto es que no creo que usted pueda hacer más para conseguirme marido de lo que he hecho yo con todos mis conocimientos de la materia. No tiene idea, señor, de lo que me he esforzado. Llevo todo este año intentando cazar a alguien; miradas dulces, coquetas, tímidas, todo de acuerdo al caballero que tuviera en la mira. Temas de conversación que fueran adecuados, interesantes o aburridos dependiendo del hombre, y nada. Ni una sola propuesta ha llegado a mi casa. ¿Qué podría hacer usted que no haya intentado yo ya?

La sonrisa que él esbozó consiguió captar toda la atención de ella. No sabía porqué, ni cómo, pero cuando ese hombre sonreía, era inevitable prestarle atención. Además que esa era una sonrisa destinada a ese fin, pues era una sonrisa calculadora.

—Puedo averiguar por qué ningún hombre se le acerca.

Alec vio que su respuesta la había dejado desconcertada y observó cómo su mente trabajaba con rapidez para encontrar significado a sus palabras.

Por ser alguien acostumbrado a los negocios, tenía una mente bastante ágil. No era difícil adivinar que, si esa mujer seguía soltera, había algo que lo provocaba. [Office10] Ningún caballero en busca de esposa hubiera podido pasar por alto a semejando partido, que, además de ser un dechado de virtudes, como ella misma se había encargado de dejar claro, también era hermosa, tenía buena posición y contactos importantes y, si no se equivocaba, tenía una dote nada despreciable. Era inaudito e inverosímil que no hubiera recibido más propuestas. Algo debía haber detrás.

—¿Está insinuando que... hay algún motivo específico por el que no he recibido más propuestas? —preguntó ella despacio, como si quisiera asimilar cada una de sus palabras.

Alec asintió.

—O es eso, o los Allen de verdad le contagiaron su mala suerte —bromeó. Se abstuvo de sonreír cuando vio que a ella no le agradaba la broma—. Piénselo. Tiene todo lo que se busca en una esposa, incluyendo belleza, posición y dinero. ¿Por qué todos la rehuirían?

Georgiana analizó el asunto y no tardó en concluir que el hombre tenía razón. Si los caballeros la rehuían, debía haber algo más detrás que dos propuestas de matrimonio rechazadas, aunque

todavía no pudiera descartar que ese «algo» no fuera mala suerte contagiada por los Allen. No obstante, ya que la superstición no era otra cosa que un sinónimo de ignorancia e ingenuidad, Georgiana optó por creerlo a él.

—Supongamos que tiene razón. ¿Por qué habría yo de aceptar su ayuda?

—Porque puedo indagar el motivo sin levantar sospechas. Soy un caballero que se mueve en los mismo círculos que los otros. Puedo sacar el tema en una conversación eventual y descubrir el motivo sin mucho esfuerzo.

—Si es que hay un motivo—puntualizó ella, sin querer afirmar nada aún.

La aristocracia londinense se caracterizaba por ser el peor grupo donde alguien podía confiar un secreto. Si había algo que perjudicara a una persona en especial, no tardaría en ser conocido por todos los miembros de la alta sociedad. El rumor se expandiría como la pólvora, y siempre habría alguien con tal grado de indiscreción que lo sacaría a colación frente a ella solo para molestar. Sin embargo, no arriesgaba nada con aceptar la propuesta.

Bueno, nada más allá que los riesgos de haber hecho un trato con un desconocido que acababa de arruinar una buena propuesta. Pero dudaba que su mala suerte empeorase.

—¿Acepta o no?

Ella lo meditó por unos segundos más antes de asentir.

—Acepto. Pero solo porque me debe el favor —aclaró con un tono altanero que le dio risa a Alec—. Sin embargo... Si desea que lo ayude para retribuir esto en algo que esté dentro de un límite razonable, puede decírmelo. Preferiría que todo fuese equitativo.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, si me disculpa, debo...

—¿Buscar a la dama con la que me confundió? —inquirió ella, sarcástica, al ver que el hombre se levantaba.

No le agradó que quisiera dejarla sola, y no entendía por qué. Podía ser que los acontecimientos de la noche la hubieran afectado más de lo previsto.

El hombre esbozó una sonrisa triste.[\[Office11\]](#)

—No. Si no vino es que el asunto ya está cerrado.

El semblante de él se volvió una mezcla de melancólico y triste. Georgiana quiso decirle algo que lo aliviase. No podía considerarse una persona con sensibilidad hacia los sentimientos de los demás, pero ya que ella había sacado el asunto a colación, sentía que debía remediarlo.

—Quizás me ha visto aquí y no ha querido acercarse.

Él negó con la cabeza, sin borrar la sonrisa melancólica.

—Debe saber cómo es la viuda. Si hubiera venido, se hubiera acercado a usted solo para que yo supiera que había venido; así no nos pudiésemos ver. Si no está aquí, es que no ha venido. Por ende, todo se ha acabado. [\[Office12\]](#)

Georgiana jamás había sido una persona dada a inmiscuirse en asuntos que no le interesaban.

La discreción era una de las principales características que una dama debía de poseer (aunque muchas no la tuvieran). Sin embargo, ese asunto en particular la tentó más que la manzana a Eva. No se reconoció a si misma cuando dijo:

—Si no es muy indiscreto de mi parte...

—¿Quiere saber cuál es el asunto?

Ella se sonrojó un poco por la vergüenza, pero eso no evitó que asintiera. Él le había sacado toda su historia, era justo que ella conociera parte de la de él.

Alec se pasó una mano por los cabellos y desvió la vista a uno de los matorrales que estaban detrás del banco, dudando qué tanto contar. Había temas, como las amantes, que no se debían tratar frente a una dama, pero dado lo sucedido esa noche, supuso que carecería de importancia. Al final, optó por decir todo.

—Supongo que debió suponer que la viuda Adkins y yo teníamos una relación. Y digo «teníamos» porque la terminamos hace unos meses. Ella la terminó, para hablar más claro.

—Y usted no... deseaba finalizar esa *relación* —adivinó ella. Él asintió.

—Quería formalizarla —admitió, esbozando una mueca—, pero ella no quiso.

—¿Le propuso matrimonio? —preguntó Georgiana un tanto sorprendida.

Él volvió a asentir.

—Sí, pero se negó. —Volvió a tomar asiento al lado de ella y, antes de continuar, sus labios esbozaban una sonrisa que pretendía demostrar que el asunto no le importaba tanto, aunque sus ojos revelaban lo contrario—. No estoy muy seguro de los motivos, solo sé que se negó y luego finalizamos nuestro... eh... nuestra «relación». Le pedí otra oportunidad. Si venía aquí hoy, era que había reconsiderado bien las cosas, y retomaríamos nuestro romance sin compromisos. Si no, era dar por finiquitado el asunto. Y eso fue lo que sucedió.

Georgiana empezó a sentir cierta pena por el hombre. No veía que fuera una mala persona, y por la forma en que hablaba de la viuda, le tenía bastante aprecio. No comprendía por qué la mujer se negaba a lo que parecía una buena propuesta y prefería mantener una vida de soltera teniendo la posibilidad de volver a casarse. Menos llegaba a entender por qué prefería seguir llevando esa vida tan... disoluta, en lugar de una respetable.

Pero ella no era nadie para juzgar a las personas.

—Tal vez... se sintió presionada —opinó, sin saber por qué no deseaba que él se sintiera mal—. Ha tomado por sorpresa su propuesta y no reaccionó como puede que hubiera querido...

—Si así hubiera sido, habría venido hoy. Le agradezco sus intentos de ánimos, pero sé cuál es la verdad.

No obstante, Georgiana, cuyo mayor trabajo siempre había consistido en mantener a raya esa vena terca, no pudo evitar continuar.

—Si está de acuerdo, yo podría ayudarlo. Podría preguntarle los verdaderos motivos. Las

mujeres solemos ser más sinceras entre nosotras.

Eso no era del todo cierto, pero ella conocía toda clase de métodos para persuadir a una persona de sincerarse. Una de las cosas que una dama debía siempre saber llevar, era la manipulación.

Si a él le sorprendió la propuesta, lo disimuló tan bien como ella. Abrir ligeramente los ojos fue el único signo de asombro.

—¿Haría eso por mí?

—Tómelo como parte del trato para que este sea equitativo. Como le dije, no me gusta deberle favores a las personas; menos a desconocidos.

Alec consideró el asunto un momento y al final terminó asintiendo. Dudaba que lady Georgiana consiguiera algo, pero si eso la hacía sentirse más tranquila, no sería él quien se opusiera.

—¿Es un trato entonces? —preguntó, extendiendo su mano.

Ella dudó un momento, y luego, algo extrañada por el gesto que una dama no debía permitirse, la estrechó.

—Es un trato, señor... Disculpe, ¿Me permite su nombre? —Hasta entonces no había recordado que no sabía quién era.

Él consideró la posibilidad de decir un apellido falso, de verdad lo hizo, pero no quería comenzar un acuerdo con mentiras; eso nunca era bueno. Sin embargo, tampoco estaba seguro de que decir la verdad fuera la mejor opción. Ya sabía el concepto en que ella los tenía.

—Mi nombre es Alec; Alexander, para ser más específicos.

—Entenderá lo incorrecto que sería llamarlo por su nombre, por favor, dígame su apellido.

Soltando un suspiro que pareció de resignación, Alec tomó aire y se preparó para lo que fuera que viniese.

—Allen. Mi nombre es Alexander Allen.

La mano de ella cayó como un peso muerto, y por primera vez en todo lo que la conocía, su rostro mostró una verdadera expresión: la del horror. Sus ojos se abrieron lo inmensurable y su boca quedó entreabierta.

No podía ser. No podía ser.

Acaba de hacer un pacto con el diablo.

No, era peor que eso: acaba de hacer un pacto con un Allen.

Capítulo 3

«Un Allen».

El apellido se repetía una y otra vez en su cabeza, buscando la forma de que el cerebro lo digiriera. Un Allen. Tenía en frente a *otro* Allen que había arruinado *otra* propuesta de matrimonio.

¡Por el amor de Dios! ¿Sonaba eso tan solo un poco creíble? Tres propuestas arruinadas, ¡tres!, y esas tres por miembros de la misma familia. Definitivamente algún pecado suyo debió haber disgustado mucho a Dios para que le hiciera eso, siendo lo peor que, en esta ocasión, la ofensa era más grave.

Sintiendo cómo la rabia atravesaba cada conducto de sus venas, Georgiana se levantó y envaró los hombros en toda su capacidad. Hizo un esfuerzo monumental por volver a moderar su expresión y el único signo de coraje que se permitió mostrar fue la mirada fulminante que le dirigió.

—Espero que haya disfrutado del juego, señor Allen. Si ya ha terminado de burlarse de mí, me marchó —dicho eso, se giró y comenzó el camino de regreso.

—Lady Georgiana —la llamó, pero la mujer no le hizo caso y siguió caminando con la pose de una reina a la que nada le afectaba.

Alec, mucho más rápido, la alcanzó y se colocó en frente para bloquearle el paso.

—Yo no me estaba burlando de usted —dijo con sinceridad—, temía que al decirle mi apellido saliera corriendo.

—Hubiera sido una reacción de lo más normal —replicó ella. Abría y cerraba la mano en un gesto que supuso era para intentar mantener la compostura—. No conforme con haberme coaccionado para contarle mis infortunios, todavía ha tenido el descaro de ofrecerme su ayuda. Debe haberse reído bastante, pero no me gusta el papel de bufón, señor Allen, así que, por favor, déjeme pasar.

—Le juro que no fue nunca mi intención reírme de usted —insistió, bloqueando cada intento de ella por salir—, y si le ofrecí mi ayuda ha sido porque me he sentido culpable. No solo por mi intervención esta noche, sino por lo que mi familia le ha provocado. No lo sabía.

—¿No? —repitió, sorprendida—. Bien, eso carece de importancia —dijo volviendo al tono indiferente—. Rechazo su amable oferta, señor, y por supuesto retiro la mía. Déjeme pasar.

—Lady Georgiana...

La mujer pasó por su lado y esta vez él no la bloqueó. Había sido muy tonto por su parte no decirle su identidad desde un principio, o quizás había sido tonto comentársela al final, pero Alec no era partidario de las mentiras.

La observó alejarse y se dijo que igual intervendría. Inconscientemente se lo debía. Solo tenía que buscar la forma de hacerlo sin causarle ningún problema.

Georgiana regresó al salón sintiendo cómo su cuerpo bullía de frustración y coraje. Lo peor era que su madre esperaba que regresara comprometida con el duque, y dado que este no había permanecido fuera el tiempo suficiente para elaborar una propuesta, ya lady Londonderry debía imaginarse cómo había terminado todo. Y no solo eso, sino que cuestionaría el motivo por el que ella había permanecido más de lo debido afuera.

Oh, que día tan horrible.

Decidida a enfrentar lo inevitable, entró con disimulo al salón de baile. No tardó en encontrar la mirada de reproche de su madre en la otra esquina del salón, pero antes de que pudiera ver si esta se acercaba, una figura conocida se interpuso en su camino.

—Georgiana, Georgiana —dijo Derek, haciendo un chasquido muy poco educado—, otra propuesta rechazada. Madre está furiosa.

Georgiana suspiró.

—Ayúdame a aplacar sus ánimos, Derek. La verdad es que hoy no estoy para sus reproches.

Si alguien podía conseguir que lady Londonderry moderara su humor, ese era Derek, cuya sonrisa siempre había sido la debilidad de la mujer que les dio la vida.

—No sé que está pasando contigo, querida, pero te diré una cosa: si hubieras aceptado esa propuesta, habría sido yo quien te regañase. Podrá ser un duque, pero es muy mayor para ti, hermana. Anda, ve, sonríe, y consigue un baile con un respetable caballero, que yo entretendré a madre.

—Como si los caballeros se me acercasen —replicó con sorna—. Si no estoy sentada en el lugar de las floreros es porque mi dignidad se niega, pero mis pies ya reprochan tanto tiempo parada sin ninguna actividad.

—Vamos, no seas pesimista. Solo es una mala racha. Anda —animó su hermano y procedió a interponerse en el camino de su madre.

Georgiana suspiró resignada y sonrió. Tenía que seguir adelante.

—Yo tampoco comprendo cómo una joven tan bien parecida sigue soltera —comentó Jack mientras ojeaba su periódico—, pero supongo que es debido a los rumores.

Esa última frase logró captar el interés de Alec, quien, sentado en uno de los cómodos sillones

de Brook's, arqueó una ceja esperando que su amigo de toda la vida, Jackson, futuro vizconde de Bearsted, le diera más información.

Jackson sonrió haciéndose de rogar y dejó en su regazo el periódico de ese día que, no sabía por qué, estaba ojeando en la noche. Tomó la copa que había dejado en la mesa y bebió un sorbo, causando en Alec cada vez más impaciencia.

—No es algo que pueda confirmar —dijo su amigo en voz baja, como si fuera una confesión de la que nadie más debía enterarse—. Una vez escuché mencionar que incluso la perfecta lady Georgiana tenía más defectos que su característica arrogancia y su fría actitud; solo que, como dije, no es algo de lo que esté completamente seguro. Surgió en una conversación, aquí mismo, y fue de forma rápida porque los participantes no querían que el rumor llegara a oídos del hermano de la joven; sabes que a Dereck Birch nadie lo quiere de enemigo.

Alec asintió. El hermano de lady Georgiana, Dereck Birch, conde de Londonderry, podía parecer una persona afable y de buen trato, cosa que no era mentira. Sin embargo, era una persona influyente y al que nadie quería echarse de enemigo. Se comentaba que era vengativo, y una historia que rondaba desde hacía años no ayudaba a desmentir el rumor.

—Ya veo. ¿Puedo saber por qué se rumorea eso? —inquirió con aparente indiferencia.

Jackson se acercó un poco más a él y dijo, en tono confidencial:

—No estoy muy seguro. Tampoco sé quién ha esparcido los rumores, pero... Creo que puedes hacerte una idea. —Movi6 las cejas en un gesto significativo e hizo un movimiento extraño con sus manos.

—En realidad no tengo la menor idea —replicó Alec con parsimonia.

Jackson bufó.

—Pues... Ha rechazado tres maravillosas propuestas de matrimonio, y si lo ha hecho es porque debe ocultar algo. Ninguna dama, por más arrogante que sea, despreciaría a un conde, luego a un marqués, y ahora a un duque, a menos que no sea tan perfecta como dicen, y si no es tan perfecta es porque... ya sabes, no... —Siguió moviendo las manos como si ellas pudieran decir lo que él no se atrevía.

—¿No es pura? —aventuró, y cuando Jackson asintió, el adorable rostro de Alec se transformó en un máscara de coraje—. ¿Están insinuando que lady Georgiana no es doncella? —interrogó más alto de lo que hubiera deseado, pero no podía creer semejante tontería. Lady Georgiana, la mujer más correcta de todo Londres, ¿impura?

Jackson miró a ambos lados, preocupado porque alguien los hubiera escuchado. Cuando pareció convencerse de que no era así, se volvió hacia Alec.

—Baja la voz, hombre —reprochó—. Se supone que es un secreto.

—Un secreto a voces, más bien —dijo irónico.

—Es un secreto entre los que frecuentamos el club —insistió Jackson—. Ya te dije que nadie

quiere que Dereck Birch se entere.

—Dudo que no lo sepa —rebatíó Alec—. Un chisme de esa magnitud no se puede ocultar; de hecho, me sorprende que la sociedad entera no hable de eso.

—Cada persona que lo sabe jura por su honor que no se lo dirá a nadie —explicó Jackson—. Ni yo se lo he dicho a mi esposa; ya que sé que, con lo cotilla que es, se entera medio Londres en una fiesta. Tienes que guardar el secreto, Alec. Es solo un rumor, una teoría sin fundamento.

—Es un rumor que está acabando con las posibilidades de matrimonio de una dama.

—Vamos, ¿por qué te importa tanto? No me digas que estás interesado en ella. —Esta última teoría la formuló con tal preocupación que divirtió a Alec. No lo había visto con ese semblante, ni siquiera cuando, sin querer, atravesó el abanico de lady Bearted en aquella práctica de tiro—. ¿Qué pasó con la viuda?

Alec sonrió amargamente.

—Se acabó de forma definitiva hace poco. Sobre tu otra pregunta... La respuesta es no. No estoy interesado en lady Georgiana. —Al menos no de la forma que él estaba pensando. Solo era la necesidad de resarcir todo lo que le había causado.

Jackson se relajó con la respuesta.

—Bien, porque esa dama jamás podría hacerte feliz, Alec. Es demasiado fría, no le han puesto «la dama de invierno» solo por diversión.

—No, lo han hecho por envidia —corrigió—, pero eso no importa ahora, no estoy interesado en ella —se apresuró a decir cuando vio que su amigo volvía a mirarlo con recelo—. Solo sentía curiosidad.

Jackson evaluó su expresión por unos segundos antes de asentir, conforme.

—Bien, pero recuerda, amigo mío: el frío del invierno puede congelar hasta el corazón más cálido, y el hielo puede volverse pedazos al mínimo toque.

—¡Esto es inaudito! ¡Oh, Dios! ¿Qué habré hecho yo en esta vida para tener una hija tan desagradecida? No puedo creer que no pienses en tu pobre madre, Georgiana. ¡Por eso te quedarás soltera! —vaticinó la mujer mayor—. ¡Por ser una mala hija, Dios te castiga no trayéndote más pretendientes!

Georgiana suspiró y esperó con paciencia a que su madre terminara de desahogarse. Había logrado posponer los regaños, gracias a Dereck, hasta que llegaron a casa. Pero una vez en esta, lady Londonderry había acompañado a su hija a la habitación y ahí había empezado todo. Georgiana había perdido incluso las ganas de defenderse. Intentó decirle que el duque había reconsiderado su propuesta y al final no había aparecido en el lugar, pero la condesa no la creyó

y, debido a experiencias anteriores, supuso que ella había sido la causante. Así pues, solo se limitaba a escuchar mientras la regañaba.

Cuando lady Londonderry al fin se fue, Georgiana se dejó caer de espaldas en la cama y suspiró. ¿Acaso no entendía que ella sí quería casarse? No era su culpa que la mala suerte de aquellas criaturas malditas se le hubiera pegado.

Recordó con una mueca el acontecimiento de esa noche. No podía creer que hubiera sido otro Allen el causante de incrementar sus desgracias, eso ya era increíble. Lo peor de todo era que había llegado a sentir simpatía hacia él en el rato en que estuvieron hablando.

Qué tonta. Él solo estaba jugando con ella. ¿Qué otra explicación había, si no?

Soltó un bufido poco femenino y se dijo que era mejor olvidar el tema, pero no pudo. Dio varias vueltas en la cama, recordando su proposición.

¿Ayudarla? ¿Estaría hablando en serio? Para darle el beneficio de la duda, a ella no le pareció que mintiera; de hecho, parecía incluso avergonzado de verdad porque su familia fuera la causa de sus problemas.

No era para menos, por supuesto. Cualquiera persona con un mínimo de decencia se hubiera sentido avergonzado por todo lo que le habían hecho, pero hasta ahora, él era el único que quería resarcirla.

Tal vez podría...

¡No! Era una locura. ¿En qué estaba pensando? No debía caer en ese juego.

Cerró los ojos, decidida a dormir y olvidarse de todo. Sin embargo, los recuerdos de los regaños de su madre la invadieron, y las pocas ganas de tolerarlos toda la vida le causaron escalofríos. Además de que ella no deseaba quedarse soltera. Tenía que casarse y tenía que hacerlo lo más pronto posible. El problema era que ya no se le acercaban ni las moscas, y aquel Allen había sembrado la duda de si sería por las dos (ahora posiblemente tres) propuestas rechazadas, o se debería a otra cosa.

¿Podía ser posible?

Con un gruñido de rendición, Georgiana volvió a cerrar los ojos y, solo para que sus pensamientos no siguieran molestándola, se dijo que tendría una conversación más con ese Allen.

Total, su suerte actual no podía empeorar.

Capítulo 4

—Necesito hablar con usted.

Como único signo de haber escuchado el susurro en su espalda, Georgiana cerró lentamente el abanico, luego lo abrió solo cinco varillas de él y, en un gesto desenfadado, señaló el balcón. Alec no necesitó más para saber que se verían en el balcón en cinco minutos. Si le sorprendió que hubiera accedido tan rápido, prefirió no cuestionarlo y se dirigió al lugar acordado.

Georgiana esperó pacientemente los cinco minutos, y a pesar de que cada vestigio de sentido común le gritaba que no fuera, que no era correcto y que podía verse involucrada en problemas, inició el camino hacia el balcón una vez confirmó que su madre estaba entretenida con la anfitriona.

Durante el trayecto, caminó de forma desenfada, con normalidad, siempre vigilando que nadie la viera ni le prestara atención, pues aunque ya no era el mejor partido de la temporada, siempre había una que otra lengua chismosa ansiosa de encontrar algo con lo que llamar la atención de los demás.

Cuando llegó a las puertas que comunicaban el salón con el balcón, entró y se camufló con las sombras y la noche. Localizó al hombre en una esquina donde casi no llegaba luz y dudó un momento antes de acercarse y compartir esa... intimidad.

Estar a solas y a oscuras con un hombre normal era poco decoroso, incorrecto y un tanto peligroso. Estar a solas y a oscuras con un Allen... era casi un suicidio.

Sabía Dios qué podría pasar.

Negó con la cabeza ante esos pensamientos y, dejando a un lado su vena dramática, se acercó con lentitud hasta que logró ver mejor su silueta. Estaba recostado en la baranda con los brazos cruzados, y sus labios formaron una media sonrisa al verla.

—Gracias por aceptar verme.

—No tenemos mucho tiempo —cortó—. Yo... —Se aclaró la garganta para ver si las palabras se animaban a salir—, yo también necesito hablar con usted. Pero hable usted primero —añadió al ver que el hombre arqueaba una ceja.

Alec se pasó las manos por los cabellos y consideró la mejor forma de decir lo que tenía pensado. No era un tema que pudiera soltarse así nada más. Era algo delicado.

—Bien... Sé que dijo, con justos motivos, que nuestro trato quedaba cancelado, pero... de todas formas me he tomado la libertad de investigar un poco su... situación. —Esperó alguna reacción enojada de su parte, y al ver que a mujer solo lo miraba con curiosidad, se relajó—. Primero prométame que no se va alterar.

—Yo nunca me altero —replicó ella, ofendida. Alec se dijo que había sido una pregunta tonta. Lady Georgiana Birch jamás perdía la compostura.

—Bueno, la misma noche del baile de lady Darling, hice una visita a Brook's, donde me encontré con un viejo amigo. Después de una conversación en la que la introduje con disimulo, me confesó la existencia... de... umm... ciertos rumores.

—¿Rumores? —inquirió Georgiana, con toda su atención en él—. ¿Qué clase de rumores?

Él se removió, inquieto, y miró para todos lados buscando un punto donde pudiera posar su vista; un punto en que ella no estuviera.

—La clase de rumores que arruinarían a una dama —contestó, evasivo.

—Hay muchos tipos de rumores que arruinarían a una dama.

—Del tipo que podría arruinarla irremediablemente.

Georgiana quiso gritar que hablara de una vez, pero los modales de nuevo se impusieron. Respiró hondo y dijo:

—¿Podría ser, por favor, más específico?

Esta vez fue Alec el que tomó aire antes de hablar.

—Se dice que ya no es usted doncella —soltó con rapidez, antes de arrepentirse.

El cerebro de Georgiana tardó cinco segundos en asimilar la información. Luego, su boca se abrió del asombro y sus ojos formaron un círculo perfecto.

—¿Qué?! —exclamó, más alto de lo conveniente—. ¿Está usted jugando conmigo?

—Jamás...

—Claro que debe estarlo —interrumpió la mujer, cada vez más azorada—. Esto es una infamia. Si lo que... —Georgiana se calló al ver que él le hacía un gesto de silencio y respiró hondo para tranquilizarse.

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura».

—Si lo que afirma fuera cierto —continuó ella, más tranquila—, yo ya estaría excluida. Ese tipo de rumores no se quedan en un solo lugar. Se esparcen más rápido que la pólvora.

—Desconozco cómo no se ha vuelto un escándalo —admitió Alec—, pero creo que tiene que ver con el miedo a su hermano.

—Dereck mataría al que se atreviera a difamar mi nombre de esa forma —aseguró ella, cada vez más indignada—. ¿Está seguro de lo que dice? ¿No es un malentendido?

—Mi amigo no miente en ese tipo de cosas, pero si lo desea, puedo investigar más a fondo... ¿O tal vez quiera dejar el asunto en manos de su hermano?

—A menos que quiera ver correr sangre, no es algo factible. —Ella se aclaró la garganta y abrió la boca para hablar, pero su lengua precisó de varios intentos antes de que pudiera decir—: Yo... Creo que aceptaré su ayuda. Si no es mucho inconveniente para usted, por supuesto.

—Estaré encantado. Se lo debo, ¿recuerda?

Con muchas cosas en la cabeza para siquiera dar un réplica adecuada, ella se recostó en la baranda frente a él y empezó a abanicarse con intensidad.

Alec, al ver que parecía bastante afectada, decidió bromear un poco, aun a riesgo de enardecerla más con su siguiente comentario.

—Estoy seguro que sabe qué significa ese movimiento rápido del abanico, lady Georgiana. Si sigue haciéndolo, me empezaré a ilusionar.

Georgiana cerró rápidamente el abanico en un claro «no» y se sonrojó al ser consciente de que había estado diciendo, de forma inconsciente, «te amo con intensidad».

Alec esperó que replicara con algo cortante como era su costumbre, pero se limitó a decir:

—Así que está familiarizado con el lenguaje del abanico. Deben comunicarse así y a menudo con usted. —Estuvo tentada de preguntar si se lo había enseñado la viuda o alguien mucho antes, pero se calló para no pecar de impertinente.

—Digamos que conozco los mensajes generales. Siempre pueden ser útiles. ¿Y usted, lady Georgiana? ¿Por qué los conoce?

—El abanico es un arma infalible de coqueteo. Toda dama que se precie debe conocerlos.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios y Alec se alegró de haber conseguido distraerla, pero no fue por mucho tiempo. Pronto volvió a suspirar, bajó la cabeza para disimular su preocupación, y colocó las manos en la baranda.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con ternura, alzándole con suavidad el mentón.

Como si no haberlo apartado no hubiera sido suficiente respuesta, los ojos de lady Georgiana se vieron incapaces de disimular la congoja que los atormentaba. Aquellos iris verdes parecían sostener una lucha para no desbordar todo el sentimiento contenido, y estaban fracasando miserablemente.

—Mi reputación está pendiendo de un hilo —respondió ella con forzada tranquilidad. Debía estar haciendo un gran esfuerzo para que su tono de voz saliera así de neutro—. Si hay rumores, no tardarán mucho en hacerse de conocimiento público. Mi madre se morirá de un infarto si por mi culpa queda manchado el apellido, y mi padre se revolcará en la tumba.

El cuerpo de ella había empezado a temblar, a pesar de que en su rostro se veía la lucha por mantener la calma.

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura», se repitió una y otra vez, pero los nervios estaban ganándole la partida a la fuerza de voluntad. Era demasiado complicado de creer para ella que todo lo que se había esforzado en resguardar se estuviera tambaleando. Su reputación no podía irse a pique. No podía. Era lo único que le quedaba y lo que tanto tiempo logró en conseguir. Exceptuando lo de Dereck hacía unos años, su apellido jamás había sido víctima de una murmuración; al menos, no una negativa. Siempre había sido dicho con admiración, o hasta con envidia, pero jamás con el regocijo que provocaba saber que estaba en un escándalo.

Tenía que hacer algo.

—Tranquilícese —pidió—. Tal vez sea mejor averiguar qué tan fundamentado está el rumor y el nivel que ha alcanzado.

—¡No tiene ningún fundamento! —chilló ella, a solo un paso de romper la barrera entre la compostura y la histeria—. Jamás he hecho nada para que se ponga en tela de juicio mi... virtud. Siempre me he comportado de forma decorosa. Es usted, de hecho, el primer caballero con el que me veo a solas, el primero que me... —Se calló bruscamente cuando se dio cuenta de lo que estuvo a punto de decir: «que me besó».

Se maldijo por su indiscreción.

¿Cómo había estado a punto de revelar eso? ¿Por qué su inconsciente lo sacó a colación[Office13]?

Él bajó la cabeza, avergonzado, y Georgiana supo que no hubo necesidad de terminar la frase: lo había entendido. Por suerte, no hizo ningún comentario y pudo controlar su sonrojo rápido, aunque la sensación extraña de aquel beso volvió a aparecer cuando, inevitablemente, su mente regresó a aquella noche y recordó con detalles lo que sería, por varias razones, inolvidable.

Georgiana aún no comprendía qué le había pasado y, de pronto, la presencia del hombre había empezado a incomodarla... No, esa no era la palabra; no estaba segura de qué le pasaba, pero la fría noche dejó de afectarla y sintió calor. Se abanicó nuevamente, esta vez con más lentitud y cuidando la forma, intentando que nada en su cuerpo la delatara.

—A veces los rumores no necesitan fundamento, se crean solo por el perverso placer de afectar a alguien más. No se preocupe, se solucionará: ya lo verá.

—Sería bueno tener su optimismo.

—Es algo que se aprende cuando se vive con constante mala suerte. Siempre pensar que algo bueno pasará. —Le guiñó un ojo en un gesto amistoso y tomó su mano para depositar un suave beso en ella—. Todo saldrá bien.

De pronto, más acalorada por el contacto que sus guantes fueron incapaces de amortiguar, Georgiana asintió; solo para no alargar más el asunto. Empezó a caminar nuevamente hacia la entrada, pero antes de pasar al salón, se paró y susurró con sinceridad:

—Gracias.

Solo esperaba no arrepentirse.

Capítulo 5

—No comprendo —dijo Richard Allen, removiendo el contenido de su copa—. ¿Ahora quieres cortejar a lady Georgiana?

—Quiere *ayudarla* —aclaró Julian—, que, en mi opinión, es peor. ¿Eres consciente, Alec, de lo que eso puede significar para los demás? Probablemente la pobre mujer termine peor.

Alec se recostó en la butaca de cuero del estudio de su hermano Julian, conde de Granard, y dio un sorbo a su propia bebida. Había decidido contarles todo por si alguno le era de ayuda en alguna ocasión. Tenía plena confianza en sus hermanos; sabía que ninguna cosa que les dijera saldría de allí.

—Siento que se lo debo. Por el amor de Dios, contando la mía, nuestra familia le ha arruinado tres propuestas de matrimonio. ¿Tienes idea de lo grave que es eso, Julian? Si yo hubiese sido ella, nos hubiera mandado a asesinar.

Julian asintió, admitiendo que era algo por lo que en verdad se les debía guardar rencor. Richard, en cambio, con su característico humor y actitud despreocupada, se encogió de hombros.

—Yo la protegí de una posible muerte. Es culpa de *su* mala suerte que ella haya estado en el lugar equivocado. Angeline, por su parte, creo que solo fue víctima de la mala suerte y lord Coventry también tuvo mucho que ver.

Alec resopló ante esa manera tan natural de justificarse. Desde tiempos inmemorables, el apellido Allen había sido la excusa idónea para, en cierta forma, disculpar todos los infortunios y problemas que pudieron haber causado a los demás. No era completamente mentira, ya que en la familia corría la historia de un antiguo maleficio hecho al primer conde de Granard y todos sus descendientes, pero tampoco era razonable adjudicarle toda la culpa al apellido...

Aunque la tuviera.

—Yo creo que debes hacer lo que quieras, Alec —continuó Julian—. Solo, por favor, piensa un poco en esa pobre alma. No necesita más mala suerte.

—No la tendrá —se empecinó este—, quiero que deje de tenerla. Sé lo que hago.

Los hermanos se lanzaron una mirada de duda, pero no replicaron más y rezaron por la mujer.

—Dereck, ¿crees que estoy perdiendo encanto?

Dereck Birch lanzó una mirada incrédula a su hermana, que en ese momento se abanicaba con extrema lentitud y miraba casi con envidia a las parejas que danzaban en el centro del salón.

—No sé si eso es posible de perder, querida, pero es preocupante que estés perdiendo el amor

propio. ¿Cuándo, en todos sus años de vida, Georgiana Birch se ha cuestionado su encanto?

Georgiana dejó de abanicarse y miró al suelo reprendiendo su tonta pregunta, aunque no dejó de cuestionarse la respuesta.

—Tengo miedo —le confesó a su hermano, no sin antes asegurarse que no hubiera oídos agudos cerca—. No quiero quedarme soltera, Dereck.

Dereck miró con cariño infinito a aquella mujer, que era para él una de las cosas más importantes de su vida. No había nadie más, ni siquiera su madre, que mereciera su aprecio tanto como Georgiana, quien, a pesar de mostrar siempre un semblante indiferente y frío, era una gran persona.

—Todos y cada uno de los hombres de este salón son unos tontos solo por no venir a pedir tu mano en este momento. Y lo tontos, querida hermana, no merecen mujeres inteligentes como tú.

Georgiana sonrió sin poder evitarlo.

—¿Intentas devolverme mi autoestima, querido hermano? Si es así, está funcionando. La pregunta anterior resulta hasta ridícula.

Dereck sonrió. Iba a decir algo más, pero sus ojos se desviaron hacia una esquina del salón y, luego de murmurar algo en voz baja, se fue. Georgiana no pudo identificar bien el objeto del interés de su hermano, solo que llevaba un llamativo vestido rojo. Sin embargo, su identidad careció de importancia cuando alguien más atrajo su propio interés.

Aprovechando que su popularidad había desaparecido y no tenía nada que hacer, Georgiana se acercó y, con disimulo, se colocó al lado de su objetivo. Movi6 su abanico con moderaci6n y dijo en tono casual.

—Que calor est1 haciendo estos d1as, y la aglomeraci6n de gente hoy no ayuda en lo absoluto.

La viuda Adkins le lanz6 una mirada solo para confirmar su identidad, y luego asintió.

—Ya debe estar familiarizada con la generosidad de lady Jersey al expandir invitaciones. Dentro de poco invitar1 a doctores y abogados, y a las hijas de estos. Pronto la alta sociedad se debatir1 entre disfrutar de una buena fiesta o evitar mezclarse con gente de clase m1s baja. Mí difunto esposo diría que cada vez vamos peor.

Georgiana sonrió como tan acostumbrada estaba a hacerlo, y tuvo que morderse la lengua para contener una réplica mordaz hacia el comentario. Era bastante desagradable que la gente considerara a personas de honrosos trabajos indignas de mezclarse con su sangre azul, cuando esa gente habían trabajado m1s en su vida que todos los que asistían a esas fiestas. Lamentablemente, Georgiana ya había aprendido que en ese tipo de conversaciones no se podía decir lo que de verdad se pensaba, y menos en ese momento, cuando su misi6n dependía de la simpatía de la mujer.

Por un momento se detuvo a pensar qué habría visto el se1or Allen en ella para que estuviera dispuesto a proponerle matrimonio; adem1s, por supuesto, de la exuberante belleza que la mujer,

de unos veintiocho o treinta años, poseía. Cabellos rubios brillantes recogidos en laboriosos peinados que enmarcaban la descendencia aristocrática de sus rasgos, y su cutis, que casi parecía tallado. Su figura, con la esbeltez de quien no ha tenido hijos, se presumía en los ajustados vestidos que la caracterizaban: en ese momento, llevaba uno color perla que hacía imposible no desviar nuevamente la mirada a ella.

Era de ese tipo de personas que sí tenían oportunidad de volver a casarse. Más que ella misma, pensó con ironía.

—Un hombre muy sabio, el señor Adkins, lástima que ya no esté con nosotros. ¿Cuatro años, no?

La viuda asintió, aunque no mostró la melancolía que, por norma, debían mostrar todas. Ni siquiera un suspiro triste en su memoria.

—¿No ha pensado en volver a casarse, señora Adkins? Es usted joven y hermosa, aún puede tener hijos.

La pregunta pudo haber sonado un poco indiscreta, pero considerando que esa no era una virtud por la que las grandes damas se caracterizaban, a Georgiana no le pareció una falta de educación y la mujer tampoco se lo tomó como tal.

—Con sinceridad, lady Georgiana, creo que prefiero una respetable vida de soltera. No sé si quiero volver a atarme a un matrimonio.

—Entiendo —dijo en tono de comprensivo—, debe de extrañar mucho a su esposo. Es normal.

La viuda esbozó una pequeña sonrisa forzada, pero no respondió a su pregunta y Georgiana refunfuñó por dentro. Ella quería más información y la mujer no se la iba a dar.

Pensó en cómo podría sacar nuevamente el tema a colación, pero un cosquilleo en su nuca la instó a girar la cabeza. El señor Allen estaba recostado en una de las columnas de la otra esquina y la miraba.

Georgiana desvió la vista de inmediato.

La viuda, al parecer ajena al intercambio de miradas, murmuró una disculpa y se alejó, dejando a Georgiana frustrada por no haber podido obtener la información deseada.

Volvió a alzar la vista y se percató de que el hombre se le acercaba con disimulo. Apenas habían pasado dos días desde su última conversación, pero ella se encontraba un poco ansiosa por verlo.

Por supuesto, se debía a la información que pudiera proporcionarle.

—Qué hombres más tontos los invitados a esta fiesta. ¿Cómo es posible que su carné de baile no esté lleno?

Georgiana miró su carné casi vacío y se ruborizó, pero se recompuso con rapidez. Contuvo la pequeña sonrisa por el comentario del hombre. Se sentía bien ser halagada, y se sentía mejor cuando esos halagos venían de alguien externo y no de su hermano, que casi estaba obligado a

decirlos.

—¿Acaso los hombres hoy han decidido subirme la autoestima?[[Office14](#)]

—No se puede subir algo que ya se encuentra por la nubes, querida. Solo me limito a decirle la verdad.

Esta vez sí se permitió una leve sonrisa, aun sabiendo que cualquier gesto de su parte podría generar murmuraciones alrededor; de hecho, era bastante consciente de que la conversación por sí sola con ese hombre era bastante peligrosa para su reputación, no solo porque era un Allen (que eso ya era bastante escandaloso) sino porque llevaba tanto tiempo sin ser cortejada que los ojos avariciosos de chisme siempre estarían ansiosos de captar nuevas noticias con las que regodearse.

Sin duda, que Lady Georgiana Birch aceptara cerca de ella a un Allen era un plato jugoso, considerando su intachable apellido.

—Y... ¿Se encuentra usted entre esos tontos?

Apenas salió la frase de su boca, Georgiana se horrorizó.

¿Qué acababa de decir? ¿Acaso le había lanzado una indirecta para que la invitara a bailar? Oh, tonto inconsciente y sus métodos de coqueteo. Estaba tan acostumbrada a aprovechar cada frase dicha por los caballeros para llevarla a su favor, que casi no se había dado cuenta de lo dicho. Si a eso le sumáramos la cantidad de tiempo que llevaba deseando bailar, su cerebro casi no le había pedido permiso para hablar.

Sí, eso fue lo que pasó.

—Quise decir que... Bueno... —Intentó explicarse al ver la cara de desconcierto del hombre, pero al darse cuenta de que balbuceaba, calló.

«Oh, Georgiana, cállate y afronta las consecuencias», se dijo. Esperó que el hombre saliera de su asombro para poder escuchar una respuesta de su parte.

Él parpadeó unas cuantas veces y procesó por unos minutos la información antes de decir:

—Ese calificativo no va conmigo, lady Georgiana. ¿Me concede la siguiente pieza?

Georgiana pudo haber dicho que no con cualquier razón; después de todo, otra infalible arma de coqueteo era rechazar varias veces a un caballero para atraer más su atención. Sin embargo, puesto que tenía muchas ganas de bailar, y a riesgo de poner su nombre en boca de todos, se encontró diciendo:

—Será un placer.

Alec anotó su nombre en la siguiente pieza, que, se percató después, había resultado ser un vals. Aún estaba algo sorprendido por la indirecta de la mujer, y aunque fue consciente de que ella misma no había querido decir lo que dijo, no pudo obviar la propuesta (como debió haberlo hecho al saber que ella no había querido decirlo) y se encontró pidiéndole de un baile, casi esperando que ella, por obvias razones, lo rechazara. Que no lo hiciera lo dejó más anonadado aún que la propuesta.

La miró a los ojos y le ofreció su mano cuando la música cesó y los compases del vals empezaron a sonar. Lady Georgiana la aceptó, y no supo si fue idea suya, pero el contacto provocó algo raro dentro de sí.

Empezaron a deslizarse por la pista de baile. Georgiana era consciente de que todas las miradas estaban sobre ellos, incluida la de su madre, que debía de estar al borde de un ataque. Sin embargo, a pesar de que debía haberse puesto nerviosa porque su nombre estaría de boca en boca, no lo hizo. Al contrario. Se sentía... tranquila, y poco importaba que su cerebro repitiera una y otra vez la locura que era estar en los brazos de ese hombre bailando el vals; unos brazos que transmitían calidez, calma, y la hacían olvidarse por unos minutos de la realidad.

Georgiana se asustó cuando fue consciente del efecto hipnotizante que tenía su solo contacto. Tenerlo cerca provocaba que sus propios músculos se relajasen, que su cerebro cortara temporalmente la función de pensar y que algo dentro de sí ansiara su cercanía. No sabía qué le pasaba, jamás había experimentado algo semejante; menos por un simple vals.

Parecía ebria, fuera de sí.

«Dios mío».

—¿Le sucede algo?

Georgiana negó con la cabeza, diciéndose que debía mantener la compostura. Debía ser el tiempo que llevaba sin bailar un vals lo que producía eso.

—La vi hablando con la viuda Adkins —le comentó él en tono casual, pero algo dentro de sí delataba su curiosidad. Ella se preguntó a qué nivel llegaba su interés.

—Lamento notificar que esta primera conversación no ha dado los frutos deseados —confesó en voz baja—. Me dijo que no quería volver a atarse, pero no pude indagar en los motivos.

Alec asintió.

—No tiene por qué hacerlo.

—Insisto —dijo ella—, se lo debo.

—Yo le debo más —apuntó él, y ella no lo contradujo. Era cierto, él le debía más, pero Georgiana era ese tipo de personas que no aceptaban caridad. Era demasiado orgullosa.

—De todas formas, el chisme es algo de lo que disfrutó, al igual que toda la alta sociedad. Es más un placer que otra cosa.

Él sonrió con su forma de quitarle importancia al asunto.

—Si usted lo dice...

La mirada de él se desvió al rincón donde se encontraba la viuda hablando con otras mujeres. Georgiana, sin reconocerse a sí misma, fue incapaz de detener su lengua cuando preguntó:

—¿La ama?

No sabía de dónde había salido la valentía para cometer semejante indiscreción, pero se alegró de que el leve signo de sorpresa que mostró él se diluyera rápidamente y no pareciera ofendido, o

no habría soportado la vergüenza.

«¿Qué te pasa, Georgiana? Tú no eres así», se recriminó, aunque prestó especial atención a la respuesta.

—No lo sé. Creo que tampoco tengo muy clara esa definición, lady Georgiana.

Ella estuvo a punto de pedirle que fuera más claro, pero la prudencia, bendita fuera, hizo acto de presencia y no se lo permitió.

Siguieron moviéndose al compás de la música y ella disfrutó bastante de estirar por fin los pies. Hacía mucho que no bailaba un vals. Últimamente solo la sacaban a bailar su hermano y los conocidos de este, pero eran cuadrillas o minués, nunca un vals, que era de las piezas que más disfrutaba.

—¿Ha tenido alguna novedad? —preguntó rato después, cuando los bajos acordes indicaron que se aproximaba el fin de la música.

Él hizo un poco de presión en la mano que tenía en su cintura y la trajo más de lo decente hacia sí. El cuerpo de ella, por extraño que pareciese, no opuso resistencia y lo dejó hacer, aun a sabiendas de que al día siguiente estaría en todas las columnas de chismes si alguien más se percataba del detalle.

Sintió de pronto su aliento cerca de su oído, y la voz ronca que susurró:

—Aquí no, en la biblioteca en media hora.

Dicho eso, se separó con tal brusquedad que algo dentro de ella lo lamentó. La llevó hacia donde se habían encontrado, y desapareció, dejándola con la sensación de que se estaba metida [\[Office15\]](#) en un grave problema.

Capítulo 6

Georgiana Birch era plenamente consciente de que si seguía arriesgando su reputación de esa manera al verse a solas con ese hombre, tarde o temprano, y debido a la mala suerte que parecía caracterizarlos a ambos —a él en mayor medida—, algo malo sucedería. Sin embargo, puesto que había un asunto importante de por medio, no solo decidió arriesgarse, sino que también contó los minutos para desaparecer del salón. Al fin y al cabo, no era como si tuviera a alguien que acaparara su atención, pero ella sí acaparó la de varios.

Después del baile con el señor Allen, fueron muchas las miradas que se dirigieron a su persona por al menos diez minutos. La gente estaba ansiosa por descubrir qué había detrás de esa danza, y Georgiana vio cómo muchas se debatían entre acercársele o no. Lo harían, claro que sí: algunas esa misma noche, otras la visitarían al día siguiente, pero ninguna se quedaría con la duda. Era algo que no podían dejar pasar.

Pensó que tendría que tener mucho cuidado a la hora de escabullirse si no quería causar más controversia. También debía estar segura de que su madre estaba distraída, pues después del baile tampoco le quitaba la vista de encima. Georgiana era consciente de la reprimenda que se le avecinaba, pero sorprendentemente no estaba en absoluto acorrajada por ello. Hacía tiempo que las palabras de su madre no causaban ningún efecto en su persona. Se había vuelto demasiado fría para eso.

En el momento en el que supo que había pasado la media hora, Georgiana inició un lento caminar fuera del salón, fingiendo que tomaba la dirección al servicio de damas y escrutando en cada momento a las personas, en especial a su madre, para confirmar que no la vieran. Cuando hubo desaparecido del campo de visión de todos, se dirigió a la biblioteca.

Ella ya había estado antes en esa casa porque mantenía cierta relación de amistad con la hija del anfitrión, por lo que no le supuso ningún problema encontrar la biblioteca. La puerta estaba entreabierta, lo que confirmó que su cita ya se encontraba ahí.

Por un momento se sintió como una niña traviesa a punto de cometer una tontería, y la idea le causó gracia. Jamás, en todos sus años, imaginó hacer algo semejante, y ahí estaba: a punto de encontrarse con un Allen. Su padre debía estar revolcándose en la tumba por arriesgar de esa manera la reputación de su apellido.

Mirando a todos lados para asegurarse de que nadie era testigo de su imprudencia, Georgiana entró en la biblioteca y cerró la puerta tras de sí. No tardó en ubicar al señor Allen, quien se encontraba mirando por la ventana al jardín.

En cuanto la vio, se giró hacia ella y sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Nunca me la imaginé como el tipo de dama que accedería dos veces a citarse con un caballero a solas. La situación la tiene muy preocupada de verdad.

—Demasiado —admitió con una brusquedad causada por temor a lo que él pudiera decirle—. Por favor, dígame si ha descubierto algo más.

Alec se pasó una mano por el cabello, frustrado.

—Temo que más de lo mismo. Algunos caballeros afirman que usted no es conveniente porque se han extendido «rumores», solo que algunos desconocen de qué tipo y solo se mantienen lejos por precaución.

«Rumores». Esa palabra podía causar más efectos de lo que se esperaba. Los rumores en la sociedad lo eran todo y, en la mayoría de los casos, causaba [\[Office16\]](#) la ruina de las personas y de los apellidos.

Miró al señor Allen cuestionándose, por un momento, si le estaría diciendo la verdad o solo le había gastado una broma. Esta última posibilidad era muy cruel, pero incluso preferible a lo que se avecinaba de ser cierto lo que le dijo. Los rumores jamás se mantenían por tiempo indeterminado en un solo sitio. Corrían y se expandían como el viento. Eran como una epidemia. Georgiana casi rogaba que todo fuera producto de una broma cruel, pero al mirarlo a los ojos, ante ella transparentes, llegó a la conclusión de que ese hombre era incapaz de mentir. Al menos a ella.

—Estoy arruinada —declaró sin poder ocultar su pesar. Por primera vez, su semblante siempre indescifrable mostró verdadera congoja; tanta, que a Alec se le encogió el corazón.

—No hay que ser tan negativos —aseguró—, no sabemos cuánto tiempo llevan circulando este tipo de rumores y aún no han salido a la luz, podemos pararlos antes de que salgan.

—¿Cómo? —preguntó, ya sin emoción alguna. Parecía... vacía—. Si mi ruina no ha llegado aún es porque el ser divino ha decidido prolongar mi dicha para que el golpe sea más duro. Ahora que lo sé, solo prolonga mi agonía. Se sabrá; por supuesto que se sabrá.

—Nadie podrá confirmar nada si el que lo expandió no lo dice abiertamente, y hasta ahora nadie sabe quién es.

—¿Y eso qué importa? Que se confirme o no carece de importancia. Ante la sociedad estaré manchada. Es mi ruina.

—Podemos hacer algo —insistió con tanta perseverancia que ella se sorprendió—. Podemos descubrir quién ha esparcido todo y obligarlo a desmentirlo.

—Matar al causante de la enfermedad no hará que la epidemia desaparezca, señor Allen.

—No puede ser tan negativa.

—Ni usted tan optimista —replicó con una sonrisa carente de humor—. No hay nada que hacer.

Alec, terco por naturaleza, se negó a aceptarlo; más cuando vio que ella iniciaba una lucha para no desmoronarse ahí mismo. Que viviera eternamente en escándalos no significaba que no

comprendiera la posición de otras personas por querer mantener su buen nombre. Él era invitado y «aceptado» en la sociedad por ser hermano de un conde y tener sangre azul y dinero, pero era perfectamente consciente del rechazo de muchos a lo que él representaba. Con el tiempo, uno aprendía que la aceptación de los demás carecía de relevancia en la propia vida, pero no creía que eso fuera algo que lady Georgiana, una mujer que toda su vida ha sido educada en las más estrictas normas sociales, aceptara con facilidad. Su apellido y su prestigio lo eran todo, y estar a punto de perderlos no debía ser fácil.

—Hay algo —habló él, consiguiendo que ella le dedicara una mirada que, aun cuando parecía indiferente, brillaba con un pequeño atisbo de esperanza. Aunque negara que hubiera solución para que en el futuro el golpe fuera menos fuerte, una parte de su ser se resistía a dejar ir la esperanza—. Cásese antes de que todo se sepa. Cásese con un buen partido que le dé un apellido que la proteja.

No supo por qué, pero pronunciar esas palabras le dejaron un sabor amargo en la boca.

Por un mínimo momento, sus ojos se brillaron con esperanza, pero fue tan efímera que creyó habérselo imaginado.

—¿Qué cree que he estado intentado hacer todo este tiempo? —le increpó—. Ya le dije que lo he hecho todo y las únicas propuestas decentes que me han llegado, su familia se ha encargado de echármelas por la borda. Nadie se me acerca con ganas de cortejarme, estoy hundida.

«No pierdas la compostura, Georgiana. No pierdas la compostura», se repitió cuando su autocontrol amenazó con derrumbarse.

No lo haría. Si se iba a hundir, que fuera con dignidad.

—Tiene que haber alguien —se empeñó él—. Yo la ayudaré a encontrarlo. Quizás haya estado haciendo algo mal todo este tiempo y no lo supiera.

El comentario, aunque fue inocente, la ofendió.

—Sé perfectamente cómo atraer la atención de alguien —protestó con altanería—. No creo que usted pueda darme mejores consejos que los que he aprendido durante mi vida.

—No quise decir eso —la tranquilizó él—. No dudo que usted posee el encanto necesario para atraer a un caballero. Simplemente acoto que, a veces, las mujeres creen que la mente masculina funciona de determinada forma en todos... y no es así. Puede que haya algo que no esté tomando en consideración.

—¿Como qué? —cuestionó con cierta frialdad.

Alec lo pensó un momento, midiendo con cuidado sus palabras.

—Por ejemplo... ¿Ha dejado claro a los caballeros en los que ha centrado su atención que está interesada en ellos?

—Por supuesto —declaró, de nuevo ofendida porque dudaran de la educación que le habían inculcado—. Madre dice que siempre se debe mostrar interés o ellos no se atreverán a proseguir.

Por supuesto, jamás se debe mostrar una desesperada.

—Y ahí está el detalle —puntualizó él, consiguiendo que ella arrugara ligeramente el ceño—. Puede que no lo note, lady Georgiana, pero su desesperación es algo que trasluce aunque usted no lo quiera. Eso suele repeler a los hombres.

Ella frunció aún más el ceño. Ya parecía importarle poco estar arruinando su siempre indescifrable semblante.

—No comprendo.

—Los hombres suelen huir de las mujeres desesperadas porque son las más propensas a tenderles trampas matrimoniales o a exasperarlos con sus persecuciones. Si transmite desesperación, lady Georgiana, huirán de usted. Créame; cuando hay un grupo de caballeros reunidos, siempre habrá alguno que se quejará de esas mujeres que no hacen más que perseguir a un hombre en busca de marido. Siempre acotan que es un verdadero fastidio que no sepan hacer otra cosa. A veces, a los hombres les gustan los retos, aquellas que parezcan inalcanzables. ¿Recuerda su primera temporada, lady Georgiana, cuando entraba en cada salón como si no hubiera nadie que estuviera a su altura? Todos se le acercaban.

—Sigo entrando de esa forma en las fiestas —acotó ella con soberbia—, es mi marca.

Alec no pudo evitar reírse ante tanta arrogancia. Juraba que jamás había conocido, ni conocería, a una mujer con tanto amor propio.

—Pero todos saben que busca marido con urgencia y usted misma lo deja ver.

Georgiana se puso una mano en la barbilla y consideró la situación un momento. ¿Sería posible que aquel hombre tuviera razón? ¿Que ella, lady Georgiana Birch, ya no demostrara la confianza en sí misma que tanto la caracterizaba y ese fuera el motivo de su desgracia?

Se negó a creerlo.

—No tiene sentido —afirmó—. Si ese fuera el motivo de mi soltería, ¿qué pasa con los rumores? Aunque volviera a creerme la reina de la temporada, seguirán sin acercarse. Además, todos empezaron a tildarme de inalcanzable desde el momento en que «rechacé» dos maravillosas propuestas de matrimonio. Si lo que usted dice es cierto, ¿por qué no estoy en estos momentos rodeada de pretendientes?

—Dígame una cosa: cuando su no anunciado compromiso con lord Coventry se rompió, ¿siguieron llegando ofertas?

—Naturalmente. Un solo rechazo no fue tan grave, el número dos fue lo que provocó mi ruina. Ahora, tres ni se diga.

—¿Está segura?

—¿Qué quiere decir?

—Tengo entendido que su padre murió a casi nada de ser negada la propuesta de lord Carisbrooke.

—Así fue —contestó, sin entender.

—Tuvo entonces que guardar un año entero de luto, y cuando regresó, estaba aún más desesperada por encontrar marido porque sabía que la edad se le estaba pasando.

Georgiana empezaba a comprender.

—¿Insinúa, acaso, que no regresé siendo la misma?

—Insinúo que regresó un poco más apurada por buscar marido, y eso lo saben todos, lo que ya no la hace tan... fascinante. Puede que algunos no se acerquen por los rumores, pero si aún no lo sabe todo Londres, significa que los otros no se acercan porque no la ven interesante. No se vaya a ofender, por favor —se apresuró a añadir al ver que ella empezaba a arrugar el ceño—; solo pido que intente llevar las cosas con un poco más de despreocupación. No dé a entender jamás que su objetivo es buscar marido, más bien demuestre que está feliz como está; activará la curiosidad masculina y siempre aparecerá alguno que la encontrará fascinante y se decidirá a conquistarla por el simple y solo placer de alcanzarla. Después será cuestión de tiempo que lo demás se desarrolle.

»Pruébelo, lady Georgiana. Y si le funciona..., sabe dónde encontrarme. Le ofrecí mi ayuda y estoy dispuesto a dársela. Solo tiene que aceptarla. —Dicho eso, el hombre desapareció, dejándola absolutamente desconcertada.

Georgiana tardó varios minutos en organizar sus pensamientos.

¿Podría tener un poco de sentido aunque fuera lo que el hombre había dicho? Su madre siempre decía que había que mostrarse interesada, pero jamás desesperada; sin embargo, eso de hacerse la inalcanzable nunca lo había considerado.

Recordó su primera temporada, cuando sabía que debía casarse pero no había prisa en hacerlo. Georgiana se había limitado a disfrutar de los bailes y coquetear sin mayor fin que la diversión. Fue declarada una de las joyas de 1819 gracias a la gran cantidad de caballeros que se le acercaban, cosa que ahora no sucedía.

No pudo creer que de verdad se encontrara reconsiderando la idea, y menos creíble le pareció que estuviera encontrándolo posible. ¿Valía la pena seguir su consejo y ver en qué acababa todo? Siendo sincera, necesitaba casarse rápido ahora que aún no se había hecho público el rumor, o ya no podría hacerlo más. Y puesto que todo lo intentado anteriormente había sido inservible, no perdía nada con probar con otro método.

Sonrió ante lo absurdo de la circunstancia. Ella, lady Georgiana Birch, estaba a punto de seguir el consejo de un Allen. Si se huía de ellos como a la peste, sus consejos debían ser desechados sin pensarlo dos veces, pero ahí estaba, a punto de seguir uno y rogando por que mantener una especie de relación con ese hombre no fuera a llevarla a un callejón sin salida, donde se vería envuelta en muchos, *muchos* líos.

Capítulo 7

«Te has vuelto loca, Georgiana», se repitió ella por enésima vez durante el día, pero eso no impidió que le entregara una carta a un lacayo con la dirección del señor Allen escrita.

Durante el resto del baile, Georgiana se paró a considerar lo que el hombre le había dicho y, diciéndose que no perdía nada, puso a prueba la técnica de la indiferencia en Almack's la noche siguiente.

Por excelencia, Almack's era el lugar donde las mujeres solteras iban a buscar pareja y los caballeros a buscar esposa, y en lugar de actuar como una debutante más presionada por su madre para cazar al mejor partido, Georgiana decidió ignorar a los caballeros esa noche. Si cruzaba la vista con uno, la mantenía un segundo ahí antes de apartarla. Rio y charló con algunas «amistades» ya casadas y el resultado fue sorprendente. ¡Al menos tres caballeros la invitaron a bailar! No se podía decir que fuera un cantidad gigante, ni siquiera comparable con la de su primera temporada, pero dadas las circunstancias era un avance significativo.

Georgiana estaba feliz, y su madre, quien el día anterior la había reprendido duramente por bailar con el señor Allen, casi saltaba en una pierna. Había sido un día productivo, pudo decirse, y aunque le costara admitirlo, se lo debía a él. Así pues, no solo se vio en la obligación de mandarle una nota de agradecimiento, sino que, además, después de horas y horas de repetirse que no era en lo más mínimo correcto y que se había vuelto loca, también decidió citarse con él.

No pudo haber tenido idea más absurda, pero extrañamente no se arrepentía de haberlo hecho, y se justificó diciéndose que era por su propio bien. Podía ser que el hombre no fuera tan desagradable como el resto de sus familiares y la ayudara en lugar de perjudicarla. El problema radicó cuando fue a definir el lugar de encuentro.

Su casa estaba descartada, por supuesto; si a su madre le llegaban los rumores, moriría de un infarto. Él vivía en una residencia de soltero, por lo que estaba más que eliminada esa opción. Lo ideal sería un paseo por el parque, donde se encontrarían por «casualidad»; sin embargo, no solo era un lugar poco apto para hablar de ese tipo de cosas, sino que, además, despertaría murmuraciones. Acorralada, Georgiana solo pudo pedirle que se escaparan un rato en el almuerzo de la señora Holland para hablar.

Era bastante consciente de que arriesgar su reputación de esa manera por tercera vez era jugar con fuego. Si seguía desapareciendo de esa forma, las personas no tardarían en sospechar; pero era la opción mas viable que se le ocurrió en su momento, y la única que aún tenía en mente, aunque se estuviera arrepintiendo de enviar la nota.

Casi salió corriendo a detener al lacayo y decirle que había cambiado de opinión, pero no lo

hizo. Primero, porque aunque le doliera el orgullo, sabía que necesitaba ayuda. Segundo, porque una parte de ella, muy pequeña —y que Georgiana jamás admitiría que existía—, quería volverlo a ver.

Durante esos días había llegado a considerar al hombre una persona simpática y agradable. Seguía teniendo cierto recelo hacia su apellido, y aún no podía perdonarle del todo la propuesta arruinada, pero no era mala persona. Si era sincera, ninguno de los Allen lo era. Ellos, simplemente, tenían mucha mala suerte para que alguien cuerdo se les acercara. Por eso Georgiana tenía estar perdiendo el sentido común al establecer una tercera cita con él a solas.

La cuarta, en realidad, si contaba la primera vez que se vieron.

Suspiró mientras veía al lacayo llevar su carta. Tuvo la sensación de que acababa de meterse por voluntad propia en la boca del lobo, y solo esperaba salir ilesa.

Alec tuvo que leer al menos cuatro veces la nota para asegurarse de que la dama no solo agradecía su ayuda, sino que, además, concertaba otra cita clandestina en el almuerzo de la señora Holland, del que ni siquiera recordaba tener invitación. Se le hacía difícil imaginar a lady Georgiana escribiendo eso, pero pudo comprender hasta cierto grado el porqué. Sin embargo, el que ya no estaba seguro de seguir con eso era él. [\[Office17\]](#)

Por motivos obvios, Alec se sentía en la obligación de ayudarla, pero consciente de su mala suerte, ese día se empezó a preguntar si sus hermanos no tendrían razón y al final terminaría poniéndola en una situación peor. No obstante, tampoco pensaba retirarse del todo. Estaba dispuesto a descubrir quién había iniciado todo, así fuera para enseñarle por qué no se debe hablar mal de una mujer.

Volvió a releer la carta y al final se dijo que no podría decirle que no. De hecho, la forma de escribirla, a pesar de que quería mostrar agradecimiento, estaba redactada de tal manera que demostraba lo poco que consideró su respuesta a la hora de citarse: ella dio por hecho que él aceptaría, y tenía razón. A lady Georgiana Birch nunca nadie le negaba nada. Pero intentaría que fuera la última vez. Ya habían sido muchas las ocasiones en las que Georgiana se había citado con él y había salido ilesa, no se le podía pedir al destino que mantuviera su misericordia, menos cuando de él y su apellido se trataba.

Nadie sabía cómo lo conseguía, pero cada vez que la señora Holland realizaba un almuerzo, el día solía amanecer soleado y con un clima agradable, aunque hubiera llovido, como fuera el caso de ese año, los cuatro días anteriores. Los grandes jardines de la casa ubicada a las afueras de Londres estaban llenos de lodo, pero nada que perturbara al que tuviera botas o botines. En cambio, las flores, bañadas por un singular rocío, le daban al lugar una sensación

bastante acogedora .

Alec había descubierto que sí tenía invitación, pero sospechaba que el único motivo era porque la señora Holland tenía cuatro hijas solteras y siempre invitaba a la mayor cantidad de hombres libres que hubiera en sociedad. Por supuesto, también tenía que invitar a damas para nivelar y aparentar, aunque todos sabían sus intenciones y eran pocos los que se atrevían a ir.

Él nunca lo había hecho... hasta ahora.

Observó a la causante de que tuviera que sonreír con paciencia a las señoritas Holland, y se dijo que ese día se encontraba bastante hermosa, más que de costumbre.

No había nadie en todo Londres que pudiera afirmar que lady Georgiana Birch no era hermosa, pero ese día, con un vestido azul cielo de escote considerable y el sombrero con un arreglo de rosas y plumas que cubría su rostro, tenía la apariencia de un hada del bosque que deseaba deslumbrar con su imagen.

La observó por un buen rato. Él sabía que ella se había dado cuenta de su presencia, porque sus miradas se habían encontrado en varias ocasiones e incluso se había saludado con una inclinación de cabeza a distancia. Alec suponía que esperaba el mejor momento para acordar el encuentro, y precisamente por eso no le quitaba la vista de encima. Tenía el abanico en la mano.

Después del almuerzo, cuando casi todos se habían aglomerado en el jardín principal o en la terraza, sentados en grupos para bajar la comida, la mujer abrió el abanico casi por completo, veinte varillas; y señaló con desenfado el invernadero.

Él no necesitó más para dirigirse hacia allá.

Veinte minutos después, ella apareció.

—Imagino que mi propuesta debió haberlo sorprendido —comentó ella, acariciando distraída unas rosas a su izquierda—, pero fue menester confesar personalmente, aunque mi orgullo replique, que usted tenía algo de razón. Ayer, en Almack's, mi situación sufrió un cambio... bueno.

Ella no lo miró en ningún momento y Alec comprendió que no era del tipo de personas acostumbradas a agradecer algo, menos cuando se trataba de algo que en un principio creyó absurdo.

—Aún no comprendo del todo esta estrategia y por qué funciona, contraria a todo lo que nos han enseñado desde jóvenes, pero creo que prefiero no cuestionármelo mientras siga dando resultados. Por ello, y arriesgando más de lo que debería, he decidido aceptar su ofrecimiento de ayuda, señor Allen. Si aún está en pie, por supuesto.

Georgiana se giró para mirarlo a la cara y se encontró con un rostro que estaba intentando no mostrar mucha incredulidad. Lo entendía; ni siquiera ella misma podía comprender cómo había conseguido hablar. Ciertamente que esa fue la idea al citarlo ahí, pero jamás creyó que las palabras fueran a salir. Después de todo, admitir de manera indirecta que necesitaba ayuda (ayuda de un Allen, lo que era peor) para conseguir lo que debía obtener con facilidad debido a la educación

que recibió solo para ello, no era tarea fácil. Eran tantas las objeciones de su orgullo y vanidad que Georgiana no se hubiera sorprendido si al final no hubiera asistido a la cita o simplemente hubiese ido para agradecer y cortar de raíz lo que fuera que empezaron a tener.

Jamás pensó que fuera posible extender esa «relación» tan larga.

—Es de mala educación dejar con la palabra en la boca a una dama, señor Allen —dijo ella, impaciente.

—Lo lamento —se disculpó, moviendo ligeramente la cabeza para despejarse y ordenar sus ideas—, me ha tomado usted por sorpresa. ¿Dice que acepta mi ayuda?

—Si aún está en pie —acotó ella, de pronto incómoda.

—Por supuesto, solo que... No me lo esperaba. Estaré encantado de ayudarla. Sin embargo, debo advertirle que no soy avezado en relaciones amorosas de índole seria. Los consejos que le ofrezco solo son lo que en mi opinión podría funcionar.

—Correré el riesgo. Yo, por mi parte, estaré encantada de ayudarlo con la viuda si ese es aún su deseo.

Él no respondió de inmediato, su cara se había vuelto una expresión inescrutable.

—No se tome la molestia. Invertir tiempo en imposibles es una de las peores decisiones que un ser humano pueda tomar, e invertir el tiempo de lo demás en eso es bastante egoísta.

Si a Georgiana la dejó anonadada su respuesta, no lo dejó entrever.

—Me sugiere que tenga paciencia, pero es usted el que se da por vencido con demasiada facilidad. ¿No hace uso de sus propios consejos, señor Allen? ¿No cree que vale la pena intentarlo?

Georgiana se sintió extraña dándole ánimos. Primero, porque en la idea de él y la viuda Adkins había algo que no le terminaba de cuadrar. En su humilde opinión, esa mujer era demasiado enrevesada y frívola para un hombre como él, que, a pesar de conocerlo poco, podía afirmar que era sincero en sus sentimientos. Segundo, nunca había sido de las que daba apoyo; ella también era demasiado fría para eso.

—Casi nadie hace nunca uso de sus propios consejos, lady Georgiana. Es una verdad universal. Siempre le sirven a todos, menos a uno mismo. —Él le regaló una sonrisa tierna y ella estuvo a punto de ceder, más por gusto propio que porque debiera hacerlo.

Sin embargo, ese lado que se sentía en deuda se vio en la obligación de decir:

—Esas son palabras típicas de alguien pesimista. Confíe un poco en mí, señor Allen, así como yo estoy confiando en usted, que es más difícil. Al final espero los dos salgamos beneficiados. — Georgiana empezó a caminar un poco e introdujo la punta de su bota en un gran charco que se había formado en medio del invernadero. Casi todo el lugar estaba lleno de charcos de ese estilo debido a la gran cantidad de tierra que poseía el sitio. Por ello no había casi nadie dentro—. Entonces, ¿tenemos un...? ¡Ahhhh! —gritó cuando, al dar la vuelta, resbaló. Por suerte, logró

enlazarse a tiempo al cuello del señor Allen, pero la posición en la que quedaron no podía decirse que fuera menos peligrosa que de la que acababa de salir.

Demasiado cerca para considerarse correcto, sus torsos estaban pegados y sus rostros demasiado juntos. Presa de un encanto, no pudo hacer más que fijar la vista en su boca, rememorando de repente todos los recuerdos de aquel beso. No era correcto y ella lo sabía, pero su sentido común decidió abandonarla al verse ignorado y la dejó a merced de todos aquellos sentimientos que, sin un control, podían ser muy peligrosos.

Su cuerpo empezó a calentarse y, por instinto, deseó estar más y más cerca; solo el hecho de no saber qué le pasaba impidió que reaccionara a aquellas órdenes ciegas que algo dentro de sí querían imponer. No obstante, a pesar de no haber sucumbido a ese deseo, no podía afirmar que sucediera lo mismo con las repentinas ganas que tenía de besarlo, ganas que se incrementaron cuando él también posó la vista en su boca.

Después, Georgiana se diría que había perdido el juicio, pero en ese preciso momento no fue capaz de formular ninguna negativa cuando, inevitablemente, sus bocas se acercaron, poco a poco, cubriendo cada vez más el espacio que los separaba, hasta que un sonido los puso en alerta.

Se separaron con tal brusquedad que ella perdió el equilibrio y trastabilló hacia atrás. Cuando su bota se hundió en el hueco que formaba el barro, no pudo seguir manteniéndose de pie y cayó. Él intentó sostenerla, pero lo único que consiguió fue hacerle compañía al resbalar él también.

Cubiertos de lodo, alguno de los dos (muy posiblemente él) soltó un maldición, y para coronar el pastel, se escuchó otra voz. [\[Office18\]](#)

«Maldita sea», pensaron al unísono.

Se tensaron esperando lo inminente.

Capítulo 8

Los pasos se escuchaban cerca, muy cerca; tanto, que la pareja en el lodo apostaba que en segundos aparecerían. Ninguno de los dos se quiso mover por miedo a atraer la atención más rápido, e incluso contenían la respiración como un reflejo del organismo por pasar inadvertido.

Desde su posición, vislumbraron el borde de un vestido verde. Georgiana cerró los ojos como si así pudiera mitigar la futura vergüenza. Sin embargo, los jadeos horrorizados no llegaron. Abrió lentamente los parpados para encontrarse con que ya no se veía nada, pero solo pudo estar tranquila cuando escuchó:

—Mejor vayamos a otro lado, Camille; este sitio está lleno de barro y nuestros bellos zapatos se ensuciarán —dijo una voz femenina. Los pasos empezaron a sonar distantes.

La pareja solo pudo agradecer al cielo que les tuviera piedad, aunque ahora el verdadero problema radicaba en cómo explicarían que ambos estuvieran llenos de barro. Uno solo sería extraño, pero se podría pasar por alto. Los dos llamarían demasiado la atención y el resultado podría ser el mismo que si los hubieran encontrado juntos.

Él se levantó y la ayudó a hacer lo mismo. Georgiana vio con pesar cómo uno de sus mejores vestidos de día estaba lleno de horribles manchas marrones. También pensó, con ironía, que cerca de esa gente siempre terminaba bañada de algo, aunque si le daban a elegir prefería la vez que cayó a la fuente.

—Lo lamento —dijo Alec.

—¿Por qué? —preguntó, ausente, mirando su bello vestido y determinando si tendría salvación —. No fue su culpa.

—En realidad sí. El apellido —se explicó—. Puedes echarle la culpa a él de cualquier cosa mala que suceda.

Georgiana se había olvidado de ello. No pudo hacer más que darle la razón. Normalmente no era una persona supersticiosa, pero todos lo sabían: Allen igual a problemas. Debió recordarse eso varias veces antes de hacer su propuesta.

—Entiendo si quiere echarse para atrás —se apresuró a añadir él al ver que ella no respondía.

La respuesta lógica hubiera sido «sí», pero algo tenía Georgiana ese día; algo que no la dejaba pensar con claridad.

—No, todo sigue en pie. ¿Tenemos un trato, señor Allen?

—Tenemos un trato —asintió él.

—Ahora bien... ¿Qué haremos con respecto a esto? —Señaló sus ropas.

Alec se quedó pensando un momento, pero no se le ocurrió nada que no los pusiera en un

aprieto. Uno de los dos tendría que irse de la fiesta sin ser advertido, y el otro, aparecer en ella y hacer ver todo como un accidente. Lo mejor sería que apareciera él para ahorrarle a ella la humillación, pero era más difícil para ella desaparecer de la fiesta. Además, siempre había la posibilidad de que alguien los viera y de todas formas se divulgara el rumor.

Estaban en problemas.

—Georgiana, ¿qué te ha pasado? ¿Y qué haces a solas con el señor Allen?

Georgiana se tensó cuando escuchó la voz de su hermano y se giró con lentitud, dando tiempo a su semblante de volverse indiferente.

—Querido Dereck. Qué oportuno. No te imaginas... He venido a dar un paseo por el invernadero y me he encontrado con el señor Allen. Hablábamos de las magníficas rosas cuando, tonta de mí, he resbalado. Él intentó ayudarme y solo ha conseguido caer también. Verás que nos encontramos en un pequeño aprieto.

Dereck les dirigió a ambos una mirada inquisidora, pero ninguno de los dos mostró algo que los delatara, así que al conde no le quedó más opción que aceptar momentáneamente su palabra.

—No era correcto que se quedaran solos —acotó, aunque eso era obvio—. Iré por un abrigo y te sacaré de aquí. Señor Allen...

—Eh... Sí, me marcho —se apresuró a añadir Alec.

—En realidad, iba a pedirle que se quedara un momento más con mi hermana mientras voy por el abrigo. De más está decir que si escucha a alguien que no soy yo entrar, se escondan. —Dicho eso, desapareció por la puerta principal del invernadero.

—No nos ha creído nada, ¿no es así?

—En lo absoluto —confirmó ella—, pero no hará preguntas indiscretas.

—Es un alivio. Sobre todo para usted.

Georgiana asintió y observó el aspecto del hombre. Era un poco mejor que el suyo, eso sin duda. Al menos él no tenía barro hasta en el cabello, aunque su ropa era igual de insalvable. Se ruborizó al recordar que nada de eso hubiera pasado si no hubiera cedido a la tentación del beso que se le presentó. Georgiana no podía comprender cómo había podido perder el control de esa manera, cómo había desatendido las advertencias de su cerebro hasta el punto de estar dispuesta a recibir de nuevo sus labios.

¡Era un Allen!

Y aunque no lo fuera, eso no era correcto y ella nunca hacía nada incorrecto.

Lo más sensato sería echarse para atrás en todo ese asunto que no tenía ni pies ni cabeza y muy posiblemente terminara mal. Total; lo peor que podría pasar si lo hacía sería continuar soltera. En cambio, si seguía adelante con esa locura, podría ser que encontrara marido, pero también que, antes de ello, su integridad física y mental fueran sometidas a una dura prueba. Ella no estaba segura de poder superar algo así, pero ya habían hecho un trato y lady Georgiana Birch no era una

cobarde.

Solo esperaba no terminar reprochándose esa repentina valentía.

—¿Asistirá a la fiesta campestre anual de lady Pembroke?

Todos los años, lady Pembroke realizaba en su casa de campo una reunión donde las personas más influyentes de la alta sociedad disfrutaban de diversas actividades y la compañía de otros. Solían quedarse allí una semana, más o menos, y mientras los caballeros practicaban caza y tiro, las damas solían compartir chismes jugosos y animarlos. El objetivo primordial de esas fiestas siempre había sido buscarle marido a sus cuatro hijas solteras, aunque hacía ya seis años que una se había casado y enviudado de forma repentina. Otra decidió partir a un convento hacía dos años, y ahora solo quedaban dos hijas, de edad bastante avanzada, que buscaban esperanzadas un marido. En otras palabras: era un lugar idóneo para atrapar a un caballero, pues eran invitados la mayor parte de los solteros aceptables de Londres. Normalmente, lady Pembroke solía invitar personas con título, pero también a aquellas cuyos familiares cercanos tuvieran uno. Él era hermano de un conde y cuñado de otro; a pesar de su apellido, debían de haberlos invitado.

—Creo que me ha llegado una invitación —confirmó él, aunque se abstuvo de mencionar que no había pensado ir. Acababa de cambiar de opinión.

—Bien, ¿nos... vemos allí? —preguntó para confirmar, y él asintió.

En ese momento regresó Dereck con un abrigo que cubría todo su desastroso vestido. Ella se quitó el sombrero que había protegido gran parte de su cabello y aceptó el pañuelo para limpiar las manchas de la cara. Si alguien la veía de lejos, podría ser que no notara nada extraño.

Se despidieron del señor Allen con cortesía y desaparecieron del lugar.

Alec regresó a la fiesta y se marchó rápidamente para dar la menor cantidad de explicaciones posibles, solo diciendo que había resbalado y caído en el lodo por accidente. Por supuesto, no todos le creyeron, pero nadie pudo especular nada al final.

—¿Por qué tenemos que ir? —Protestó Clarice Allen, haciendo un mohín—. ¿Por qué *yo* tengo que ir? ¿No se supone que debo estar encerrada hasta que me presenten en sociedad?

Julian soltó un suspiro de cansancio. Sentado en la cabecera de la mesa, el conde de Granard, quien sorprendentemente aún no tenía canas que tiñeran su castaño cabello, miró con sus pacientes ojos verdes a su hermana y explicó:

—A lady Pembroke le gusta evaluar quiénes serán las futuras debutantes, y debes ir porque el año pasado rechazamos la invitación y no sería correcto hacerlo de nuevo. Necesitamos mantener los contactos con la sociedad hasta que todas las mujeres de la familia se casen.

—No me digas que aún conservas la esperanza —se burló la joven de quince años,

jugueteando con su tenedor.

—Nada pierdo con tenerlas. ¿Alguna otra objeción?

—Sí —dijo esta vez Edwin, el mellizo de Clarice—, ¿Por qué *yo* tengo que ir?

—Porque habré perdido el juicio si te dejo solo en casa —declaró Julian—. Todos iremos.

Los mellizos hicieron un gesto enfurruñado, pero luego de lanzarse una mirada cómplice, se encogieron de hombros. Alec pensó en lo conveniente que sería llevarlos en comparación con dejarlos allí.

Los mellizos Allen fueron conocidos a la edad de ocho años por haber liberado a los perros de caza en el almuerzo de lady Milford y asustar a todos; desde entonces, la sociedad los miraba con expresiones que iban desde el recelo hasta el horror. Todos creían que cuando Edwin se fuera a Eton, el dúo se volvería menos peligroso, pero nadie contó con que el joven solo durara siete meses en la escuela antes de ser expulsado por algo relacionado con un incendio.

—¿Irá también el señor Evanson? —preguntó Clarice.

El señor Evanson era el tutor de los mellizos. Sí, de ambos, pues Clarice Allen, quien nunca se caracterizó por tener ideas normales, se empeñó hasta puntos inimaginables en recibir la misma educación que su hermano. Las institutrices que se contrataban siempre fueron espantadas con una facilidad sorprende, y solo una duró más de un mes: la que estaba ahora casada con su hermano Richard.

Sorprendentemente, el señor Evanson, que era un joven de apenas veinticinco o veintiséis años (el único que se había presentado para el puesto) no se opuso a dar clases a una mujer, y ahora ambos recibían la misma educación, para escándalo de quien se enterara y afirmara que una mujer no podía ser educada en la misma dificultad que un hombre.

—Mejor le damos esa semana de vacaciones —dijo su hermano, luego de pensarlo un momento.

—Será una semana muy aburrida —vaticinó Clarice.

—No lo creo. No sé si lo han notado, pero en las fiestas campestres de lady Pembroke siempre suceden cosas interesantes.

Todos los presentes se giraron y asintieron dándole la razón a Angeline, actual condesa de Coventry, y la primera causante de los incidentes que sufrió Georgiana.

—¿Cómo no van a suceder, si casi siempre asistimos? —comentó Alec, causando que los mellizos rieran—. Me sorprende que sigan invitándonos; al menos, después de que Richard y Arleth armaran aquel escándalo hace dos años.

La susodicha se ruborizó, pero su hermano se limitó a encogerse de hombros.

—Es culpa del apellido.

Los demás resoplaron y lord Coventry, sentado al lado de él, le murmuró algo a Angeline que solo Alec pudo escuchar debido a la cercanía. Dijo: «Entonces es una excusa general». Angeline

le dio un manotazo, pero luego sonrió y asintió.

—Este año se puede quedar tranquila, no asistiremos —continuó Richard.

Arleth tenía cuatro meses de embarazo y ya se le empezaba a notar lo suficiente para que no pudiera salir de casa por un buen tiempo. Era de mal gusto aparecer en eventos sociales con el vientre hinchado.

—Pero asistirá Alec —acotó Clarice—. Todavía queda la esperanza de que algo interesante pase.

Alec iba a responder algo, pero Edwin se adelantó:

—Asistiremos nosotros, Clarice. Si no pasa nada interesante, me cambio el apellido.

Clarice asistió con bastante seriedad, como si él tuviera toda la razón y fuera inadmisibile que ella no se hubiera acordado de eso.

—¿Por qué asistes, Alec? ¿Sabes que lady Pembroke te tendrá siempre un ojo encima? —preguntó Julian, con una mirada inquisidora que los demás imitaron.

Alec no dejó entrever nada en su semblante que lo delatara.

—Pensé que quizás un cambio de aires estaría bien.

Sus hermanos, que tenían cierto conocimiento de dónde estaba metido Alec, no le creyeron del todo, pero los demás no sospecharon nada. Por suerte, nadie comentó nada más al respecto y la cena continuó todo lo normal que se podía llevar una cena con los Allen.

Alec solo puso rezar para que no fuera él el causante de un próximo escándalo, y si lo era, que lady Georgiana no estuviera incluida.

Capítulo 9

Las casa de los condes de Pembroke se caracterizaba por ser una de las mansiones más grandes de toda Inglaterra, motivo por el cual la cantidad de invitados superaba con creces el número común. Alec se presentó con su familia y observó con cierta congoja el número exorbitante de personas que rondaban la entrada, eso sin contar el gran número de criados con equipajes que se encargarían de sus señores. Definitivamente, iba a ser otro año con mucha actividad en la casa. Al menos la mitad de la alta sociedad se encontraba ahí, y la otra mitad, bueno, no debía de haber aceptado la invitación con las dos semanas de antelación que exigía la anfitriona.

Dos semanas. Ya habían pasado dos semanas desde aquel encuentro con lady Georgiana y no había sabido nada más de ella. Supuso que la joven no se quiso arriesgar a enviarle otra carta cuando ya habían quedado en verse ahí. Alec tampoco había aparecido en todo ese tiempo en los eventos, se había tenido que ocupar de otros asuntos y, además, estaba reuniendo fuerza de voluntad para lo que se le avecinaba.

Cuando por fin pudieron entrar en la gran mansión, los condes le dieron la bienvenida y pidieron a unos criados que les indicaran cuáles serían sus habitaciones. Una vez en ellas, descasaron y se prepararon para la gran cena de apertura .

Alec no tardó en localizar a Georgiana esa noche. Apenas algo le indicó su presencia, sus ojos la ubicaron y se posaron en ella, que, a unos metros suyos, llevaba un hermoso vestido de seda blanco con bordado plateado en el escote y las mangas. Como si sintiera su mirada, ella se giró y lo saludó con una inclinación de cabeza que él correspondió.

La cena transcurrió de manera rápida debido a lo cansados que se encontraban muchos invitados por el viaje. De hecho, la gran mayoría se retiró apenas esta terminó, y fueron pocos los que se quedaron a charlar en el salón principal. Según el cronograma pautado por lady Pembroke, el día siguiente habría un gran baile que daría oficialmente inicio a la fiesta, y Georgiana se dijo que ese sería el momento ideal para comenzar la búsqueda de marido, pero primero debía hablar con el señor Allen, para saber cuál de todos los caballeros presentes era consciente de los «rumores» y cuál aún podía considerarla decente.

Georgiana tenía que admitir que durante todos esos días había vivido con el constante miedo de amanecer y encontrarse repudiada por la sociedad. Era consciente de que sus días de júbilo acabarían tarde o temprano, y no saber cuándo la ponía cada vez más nerviosa. Se había encontrado con lord Michel, uno de sus antiguos pretendientes y, aunque este la había saludado con cortesía, Georgiana había visto en sus ojos algo extraño al mirarla, como recriminación, acusación; además, se había comportado con mucha distancia. Supo entonces que debía ser él uno

de los que escuchó el rumor. Eso, o su imaginación le empezaba a jugar malas pasadas.

Localizó al hombre con el que había hecho un pacto del que empezaba a arrepentirse. Estaba cerca de la chimenea hablado con el duque de Rutland, el marqués de Aberdeen y lord Coventry. No era correcto acercarse a tantos hombres sin ningún acompañante, pero puesto que tres de ellos estaban casados y que ahí estaba el que era su antiguo casi prometido, Georgiana aprovechó que se encontraba a poca distancia de ellos para hacer el encuentro casual. Había quedado con una buena relación con lord Coventry; podía usarlo de excusa y luego ya vería cómo pactar uno de esos encuentros que ya se volvía comunes con el señor Allen.

—¿Por qué tantos hombres reunidos sin la compañía de una dama, señores? ¿Debemos acaso temer las féminas alguna conspiración hacia nuestra persona? —comentó Georgiana con tono coqueto cuando llegó al grupo.

Todos los presentes dirigieron su atención a ella, aunque Georgiana solo fue verdaderamente consciente de la de uno de ellos.

—De ninguna manera, mi señora. No somos tan estúpidos para planear una conspiración contra semejantes personajes. Si el rey hubiera dejado la guerra en manos de ustedes, Napoleón se hubiera rendido el primer día —dijo el duque de Rutland, el primero en saludarla con un beso en la mano. El hombre era, por naturaleza, un bribón encantador.

—Temo que las damas se han aburrido de nosotros y han decidido hacer cosas más interesantes —habló el marqués de Aberdeen, imitando el gesto del duque.

Georgiana se dirigió a lord Coventry.

—¿También se han aburrido de usted, lord Coventry?

—Yo diría más bien que me han dado un respiro —respondió él, saludándola igual que los otros.

Georgiana sonrió y centró su atención en el señor Allen.

—Ya que usted no tiene a quién aburrir, señor Allen, supongo que ha decidido acompañar a estas pobres almas desconsoladas.

—Ese es el trabajo de los amigos, lady Georgiana —corroboró el hombre, plantándole un casto beso en el dorso de la mano. A diferencia de los anteriores, este provocó un leve cosquilleo en toda la zona tocada.

—Y usted, milady, ¿cómo es que se ha visto en la obligación de venir a saludar a estas miserables almas? ¿Acaso se ha aburrido de los demás y dijo «voy a probar con este grupo a ver si tengo mejor suerte»? —preguntó en broma el duque.

—En lo absoluto. Ando en busca de mi hermano porque se me antoja pasear por los jardines, ahora que no hay tanta gente, pero el muy desconsiderado creo que lo presiente y se ha escondido con toda intención. Poco le importó dejarme aquí sola, pues mi madre ha ido a descansar.

—Qué poca consideración hacia su persona, milady —dijo Alec, entendiendo la indirecta—,

sobre todo cuando hace una noche preciosa.

—¿Verdad que sí? Ideal para pasar al menos media hora fuera. Escuché que los rosales de lady Pembroke son una belleza. Pero en fin... En otra ocasión será. Un gusto, caballeros; me retiro para que continúen conspirando.

Los caballeros asintieron con una inclinación de cabeza como despedida y Georgiana se alejó, no sin antes dedicar una extensa mirada al señor Allen para confirmar su cita.

Quince minutos después, Alec se despidió del grupo y se dirigió a los jardines; específicamente a los rosales que quedaban en la parte trasera de la casa. Tuvo la leve impresión de que sus amigos sospecharon algo, pero ninguno, ni siquiera el duque —cuya imprudencia era popular—, mencionó algo.

Después de quince minutos más en los jardines, apareció ella.

Alec pensó con diversión en lo comunes que se estaban volviendo esas citas clandestinas, y cada vez temía más por la reputación de la dama. La última vez casi los atraparon; en alguna podría pasar algo desagradable.

—Es bueno saber que es ese tipo de personas capaces de captar indirectas, señor Allen. Cada vez me sorprende más.

—Sorprendido me encuentro yo por su particular forma de darlas, lady Georgiana. Maneja usted con excelencia el arte de la manipulación.

—Es algo que toda dama debe saber —contestó con indiferencia.

Alec la miró fascinado. Georgiana Birch no era como las otras damas, que se escondía bajo una capa de timidez e inocencia con el fin de llamar la atención. No. Ella no se molestaba en ocultar su personalidad manipuladora ni su arrogancia.

—Supongo que sabe por qué lo he citado aquí.

—Me hago una idea, aunque agradecería que se explicara con exactitud.

Incómoda, Georgiana empezó a caminar de un lado a otro en un intento de parecer despreocupada. Se detuvo a mirar los magníficos rosales de lady Pembroke. Esa noche, el jardín estaba solo, pues muchos o estaban dentro para protegerse del frío o descansaban del viaje.

Suspiró y se preparó para hablar. No era fácil para ella llevar esa conversación, sobre todo cuando llevaba esas dos semanas cuestionándose su cordura.

—Mañana es el gran baile de bienvenida, y es... Creo que es la oportunidad perfecta para llamar la atención de alguien. Me gustaría, primeramente, que me dijera el nombre de aquellos caballeros enterados del «rumor» para evitarlos en la medida de lo posible. Luego, quisiera... quisiera más consejos de su parte.

Ella no se giró en ningún momento y Alec supo que debía estar batallando con su orgullo, lo que le daba una idea del nivel de desesperación que la sometía. Una mujer como lady Georgiana Birch podía perder todo menos el orgullo y la dignidad.

Alec la admiró en silencio. Eran pocas las personas que conocía con ese temple, esa determinación. Era una verdadera lástima que intentara disimularlo ante la sociedad, y era aún peor que quisiera casarse con alguien que la mantendría con esa máscara.

—¿Puedo hacerle una pregunta, lady Georgiana? —Cuando ella giró y asintió, élinterrogó—: ¿Por qué no cree en el amor?

Si a ella le sorprendió la pregunta, no lo demostró. Su rostro estaba tan inescrutable como siempre.

—Nunca dije que no creyera en él, simplemente no me veo capaz de sentirlo.

—¿Por qué? —insistió.

Georgiana suspiró.

—¿Un sentimiento de total incondicionalidad hacia el otro? ¿Una irresistible atracción? ¿La necesidad de tener siempre esa persona a tu lado hasta el punto de cometer locuras inimaginables? Me parece demasiado inverosímil, señor Allen. No es que mi carácter frío sea capaz de sentir algo semejante por alguien que no sea yo misma. Además, padre siempre decía que el amor era para las señoritas ilusas y que me quedaría soltera si pensaba así. Madre también suele repetirlo mucho.

—¿Y usted cree eso? —indagó, acercándose.

Georgiana se encogió de hombros.

—No puedo afirmarlo, pero no importa porque jamás tuve esos ideales. Que siga soltera es algo que se debe a otros asuntos.

—¿Sabe, lady Georgiana? —dijo él, dando un paso más hacia ella y examinándola con tal profundidad que Georgiana tuvo la impresión de que leía todos y cada unos de sus pensamientos, y adivinaba aquellos sentimientos que ni ella misma se admitía—. Creo que tiene miedo. Dice usted ser demasiado fría para sentir ese tipo de cosas, pero yo creo más bien que no quiere depender tanto de una persona. Piénselo. ¿De verdad no le gustaría estar con alguien que despertara su más recónditos sentidos? ¿No le gustaría tener alguien a quien profesar afecto y saber que es recíproco? ¿A quien le tuviera confianza? ¿Con quien no tuviera que ponerse una máscara de docilidad o fingir que le gusta algo solo para complacerlo? ¿No se ha imaginado, ni por un segundo, cómo sería su vida si esperara a la persona correcta?

A esas alturas, Alec ya se encontraba muy cerca y el temple de Georgiana empezó a tambalearse. Su cercanía la ponía nerviosa, no la dejaba pensar bien y no sabía por qué. Era como si su cuerpo no funcionara de la misma forma cuando él estaba cerca.

—Si me pongo a esperar a esa persona, señor Allen, no me casaré jamás. O, al menos, no en un buen tiempo.

—¿Sería eso tan malo? —interrogó en un susurro.

—Por supuesto. No hay nada peor para una mujer que quedarse soltera. Es el peor golpe a la

vanidad y el mejor motivo para ser blanco de burlas. Desde niñas se nos enseña que el motivo de nuestra existencia es casarnos, tener hijos y ser buenas esposas.

—¿Y nunca se ha replanteado ese motivo? ¿Jamás se ha cuestionado qué tanto sentido tiene?

Alec vio la confusión en su rostro y se maldijo por estar dando rienda suelta a sus pensamientos, pero no podía evitarlo. Cuando la escuchó tan decidida a llamar la atención de alguien al día siguiente, su cerebro lanzó la pregunta casi automáticamente [\[Office19\]](#), pues siempre se había preguntado cómo era que una mujer como ella no pudiera aspirar a algo más. Cómo no podía pensar en el amor; en alguien que la valorara en todas sus facetas.

Podía ser que venir de una familia donde el sentimiento predominaba hubiera hecho a Alec más susceptible a este, y no indiferente como al resto de la sociedad. Comprendía perfectamente el punto de ella. Era su educación: fue lo que le enseñaron, pero no podía aceptarlo. Había algo en ella, algo que todavía no podía identificar, que le decía que Georgiana Birch no era como todos creían. No era fría, no era indiferente, simplemente se refugiaba en esos dos sentimientos. Primero, porque era la única forma de que no te destrozara la sociedad; y segundo, para mantenerse a sí misma bajo control y poder ser lo que los demás esperaban que fuera.

Necesitaba a alguien que la dejara ser ella misma.

Alec bajó un poco la cabeza y la miró a los ojos queriendo descifrarla, queriendo saber lo que pensaba, pero la mirada de ella solo mostraba lo mucho que la habían confundido sus palabras. Sin poder evitarlo, bajó a la mirada a su boca y empezó a maldecir interiormente. No era la primera vez que sentía la tentación de besarla, no era la primera vez que escuchaba al diablo en el hombro izquierdo susurrarle que lo hiciera, que saqueara sus labios, que saciara su necesidad; pero el sentido común de Alec era consciente de que no podía hacerlo, que no debía ni pensarlo. Sin embargo, su sensatez quería tirarse sola por la borda, porque no podía evitar elucubrar en su mente con probar de nuevo el sabor de esos labios que, desde aquel incidente la primera vez, venían atormentándolo.

En el fondo, ese era otro motivo por el que mantenerse lejos: la poca capacidad que tenía para no tener pensamientos indecorosos cuando ella se encontraba cerca. Alec podía decirse que era comprensible. Se trataba de una de las mujeres más bellas de toda Inglaterra, pero en realidad, él, que nunca había sido de ese tipo de personas que perdían el control con facilidad, se encontraba en graves dificultades para mantenerse al margen. Los tuvo en el invernadero cuando la hubiera besado si no hubiesen escuchado un ruido, y en ese preciso momento solo quería saquear su boca, hacerla experimentar algo que le diera una idea de quién podía ser esa fría mujer. Descubrirla.

—Yo puedo ayudarla, lady Georgiana, y darle todos los consejos que considere pertinentes, pero usted es la que debe decidir si eso es lo que quiere hacer con su vida.

La frase había sido dicha con el fin de distraerse él mismo y concentrarse en la conversación,

pero no funcionó. Al contrario, aumentó la necesidad. Vio que ella era el vivo retrato de la confusión, y en lugar de alejarse para que sopesara sus palabras, se acercó aún más, empujado por una fuerza invisible que podía más que él.

En pocos segundos, se encontró maldiciendo interiormente antes de apoderarse de su boca.

Georgiana no supo cómo reaccionar, pero cuando salió del estupor, sin duda no hizo lo que debió hacer. En lugar de apartarlo, abofetearlo y exclamar indignada, se dejó besar. Una necesidad la impulsó a llevarle los brazos al cuello, como si estuviera esperando eso. Dejó que sus labios acariciaran los de ella y, curiosa, se atrevió a mover los suyos también, instada por el pedido de su cuerpo a corresponder, a probar. Sabía que luego se arrepentiría, pero en ese preciso instante solo podía besarlo, probar sus labios, beber de ellos como alguien a quien han privado de agua durante un mes. Era algo casi sobrenatural lo que le sucedía, y su cuerpo empezaba a sentir mucho calor. Sus pulmones llevaban aire con dificultad y su corazón latía acelerado. Esos síntomas eran preocupantes, pero no impidieron que se pegara más a él, que desechara el sentido común, y que siguiera besándolo.

Fueron los segundos más largos y deliciosos de su aburrida existencia, y cuando él se separó, agitado, ella no pudo hacer más que mirarlo casi con súplica, sin querer razonar todavía lo que acababa de hacer por miedo a romper la magia.

Alec sacudió la cabeza como si no pudiera comprender algo y luego la miró con tal intensidad que la mantuvo atrapada en su sitio.

—Lo siento. Lo siento mucho —dijo después de unos segundos en los que pudo analizar todo con detenimiento—. En verdad lo siento —repitió, antes de marcharse casi corriendo.

Esta vez estaba metido en un buen problema.

Capítulo 10

Georgiana vio al hombre desaparecer y no pudo salir de su estupor por al menos dos minutos enteros. Sin embargo, lo que más la sorprendía no era haber sido besada nuevamente, sino su reacción al beso y su poca disposición a acabarlo. Era sorprendente la forma en que su cuerpo reaccionó, y era aún más asombroso cómo quedó deseando más.

Se había vuelto loca, concluyó Georgiana, negando con la cabeza e intentando despejarse. Había tenido razón desde un principio: esa había sido una mala idea, y no hacerle caso a su sentido común fue la peor decisión que había tomado en toda su vida.

Aún desconcertada, se dirigió a paso lento a la mansión, sin ni siquiera tener cuidado de verificar si alguien la veía o no. Cuando entró, localizó a su perdido hermano y le informó que subiría a descansar. Lo mejor sería olvidarse de ese hombre y continuar ella sola su plan. Era lady Georgiana Birch; claro que podía hacerlo.

Joyas, vestidos caros, y litros de perfume eran las principales características del baile de la noche siguiente. Ya casi todos los invitados habían llegado y ahora todos buscaban hacerse ver con sus mejores galas. Georgiana apareció ataviada con un hermoso vestido color lila de encaje plateado, escote redondo y ajustado a la cintura. Entró en el salón como siempre solía hacerlo, con elegancia, soberbia, pero esta vez mirando a todos por encima del hombro. Decidió quedarse con el consejo de no parecer desesperada y le funcionó, pues a la media hora, cuando hablaba con lady Margaret, lord Michel la invitó a bailar.

Georgiana fingió considerarlo y, al final, asintió con cierta indiferencia. El hombre le dirigió una mirada extraña que causó cierto recelo, pero no le tomó mayor importancia y accedió al vals.

Alec observó cómo la mujer rubia bailaba con soltura en brazos de lord Michel y sintió una envidia que no lo caracterizaba en lo absoluto. ¿Por qué, de pronto, deseó ser él quien compartiera el baile con ella? Como aquella ocasión, donde tenerla en sus brazos fue una experiencia tan satisfactoria que era imposible de describir.

Estaba en problemas. Estaba en graves problemas, dedujo Alec, desde la noche anterior. Esa obsesión empezaba a sobrepasar los límites de lo normal. No era correcta. No era sensata. Debía olvidarla.

—Si la sigues mirando así, querido, la gente empezará a sospechar.

Alec se giró para encontrarse cara a cara con Dana. No había hablado con ella desde hacía tantos meses que ya no se acordara. Posiblemente la última vez que le dirigió palabra fue para decirle que su relación había terminado.

—No, no. No intentes decirme que no sabes de lo que te hablo. —Se adelantó la mujer al ver

que él iba a responder con algún comentario indiferente—. Tu mirada lo dice todo.

—¿Qué deseas, Dana? —cuestionó en voz baja para asegurarse que nadie les prestara atención.

—Nada, querido, solo advertirte que cambies la cara o te delatarás.

Alec desvió la vista y volvió a concentrarse en la pista de baile, aunque esta vez sin mirar nada en específico. No le guardaba rencor a Dana en lo absoluto; ella no había hecho más que decirle la verdad y no ilusionarlo más. De hecho, ahora que hablaba nuevamente con ella, se daba cuenta de que su presencia no le afectaba como creyó que lo haría. No sentía... nada. Absolutamente *nada*.

Sorprendente. Quizás nunca estuvo enamorado como creyó.

—Siempre has sido muy susceptible a estas cosas, Alec —continuó la mujer, esta vez con un leve tono de ternura en su voz—. Demasiado bueno. Enamoradizo.

—No soy enamoradizo —protestó el hombre, y ella sonrió.

—No en el sentido estricto de la palabra. Pero cuando te obsesionas, es difícil que lo olvides. Cuidado, Alec —advirtió pasándole la mano por la mejilla en una tierna caricia—. No creas que a pesar de todo no te aprecio. Esa mujer no es para ti, y no lo digo guiada por los celos o por egoísmo. Simplemente es un consejo.

Ella le guiñó un ojo y se alejó, dejándolo pensativo.

Georgiana observó por el rabillo del ojo cómo la viuda Adkins acariciaba la cara del señor Allen y le guiñaba un ojo antes de irse. Por lo visto, ya ninguno de los dos necesitaba del otro. Era obvio que acaban de reconciliarse y concertar alguna cita romántica.

«Es como todos», pensó con sorna, intentado concentrarse en lord Michel. La besaba el día anterior y ahora aceptaba gustoso regresar con la otra.

Pero ¿por qué le molestaba? A ella eso no le afectaba en lo absoluto, no, señor: ellos no tenían nada y lo de la noche pasada no fue más que un error, uno del que ya aprendió y, por ende, no repetiría más.

Sonrió a un comentario que dijo lord Michel, pero lo cierto era que no había escuchado nada. Su mente estaba demasiado ocupada intentando convencerse de que no le afectaba en lo absoluto, pero fracasaba miserablemente.

¿Qué diablos le pasaba?

—¿Qué dice, lady Georgiana?

Georgiana parpadeó, consciente de que debía dar una respuesta. Lamentablemente, no supo cuál.

—Disculpe. Estaba distraída. ¿Qué me preguntó?

—¿Desea dar un paseo por el jardín? —volvió a decir con paciencia—. A solas —añadió en voz más baja.

—¿A solas? —repitió, asombrada—. Eso no es correcto, lord Michel.

—Solo será un momento —insistió el hombre—. No me niegue ese placer.

Georgiana pensó en que era toda una hipócrita en negarle el paseo a lord Michel cuando ya se había citado varias veces a solas con otro caballero. Se vio tentada de aceptar solo para borrar el recuerdo de las otras citas, pero el sentido común se impuso.

No volvería a cometer ese error, ya había visto a dónde la llevaban.

—Lo lamento, lord Michel, no es correcto. Si desea pasear, puedo hablar con mi madre; estará encantada de acompañarnos.

La mirada que le dirigió lord Michel la asustó. Era una mezcla de malicia y decisión. Georgiana deseó terminar el baile en ese instante y escapar a un lugar seguro, pero la educación se impuso y se obligó a terminar la pieza, diciéndose que estaba siendo paranoica, conjetura que se esfumó cuando el hombre dijo:

—Me niega ese placer a mí, lady Georgiana, pero se lo concede a otro.

Georgiana se tensó pensando que habían descubierto su incursión nocturna con el señor Allen, pero las palabras siguientes superaron sus temores y trajeron a colación otros.

—Eso suponiendo que solo conceda paseos por el parque, pues a mis oídos han llegado otro tipo de aventuras.

La cara de Georgiana pudo haber desanimado a uno menos valiente. Era el retrato de la indignación y la rabia.

—Espero haber malentendido sus palabras, lord Michel. Me apenaría mucho comentar a mis familiares que un hombre con usted, con fama de caballero, anda difamando mi nombre de esa forma.

El hombre mostró un leve vestigio de preocupación, pero ya fuera la valentía de la juventud o que era imprudente por naturaleza, continuó:

—No soy yo, lady Georgina. Es algo que se comenta desde hace tiempo y que solo quería confirmar.

Furiosa y al borde de un ataque de histeria, Georgiana se zafó de sus brazos y abandonó la pista de baile ante la incredulidad de todos. No le importó que todas las miradas estuvieran en ella. No le interesó que su madre ahogara un grito de horror: solo quería huir y refugiarse en algún sitio donde nadie fuera testigo su pérdida de control.

Caminó con paso apresurado hasta que logró llegar a sus habitaciones. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en la puerta, dejando que su cuerpo resbalara hasta quedar agachada.

Sus peores temores estaban volviéndose realidad. El hombre no duraría mucho callado, lo sabía. Pronto, quizás esa misma noche, el rumor se esparciría y su ruina sería inminente. Su cuerpo comenzó a temblar y ella intentó en vano controlarse.

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura», se repetía una y otra vez, pero su mantra ya no parecía tener efecto ante el escándalo que se avecinaba. Estaría arruinada y todo por culpa de alguien desconocido, alguien que solo decidió un día hacerla víctima de un acto

perverso y poner su nombre en boca de todos.

Sintió ganas de llorar al pensar en que todo lo que había construido se desmoronaría en segundos. Sería la causante de la mancha en su apellido y de la ruina de su familia, y todo ¿por qué? Que ella supiera, jamás había cometido un pecado tan grave para merecer eso. Siempre había sido buena, obediente. ¿Por qué la castigaban de esa forma?

Alguien tocó la puerta, pero ella no respondió. No tenía ganas de escuchar los reproches de su madre o las preguntas insistentes de Dereck. Quería estar sola y prepararse mentalmente para lo que se avecinaba. Sin embargo, el de fuera no le dio ese placer. Siguió tocando hasta que Georgiana se cansó. Quiso gritarle que semarchara, pero su control le impidió semejante pérdida de compostura.

—No me siento bien —declaró con tono forzado—. Por favor, váyase.

Siguieron tocando hasta que Georgiana suspiró y abrió la puerta para convencer personalmente al inoportuno de que la dejara en paz. Cuando lo hizo, no pudo ser mayor su sorpresa al ver de quién se trataba.

Alexander Allen aprovechó su desconcierto para entrar y cerrar la puerta tras de sí. La observó con tal preocupación que, si no hubiera estado tan asombrada porque el hombre hubiera entrado en su dormitorio, se hubiera sentido conmovida.

—¿Estás bien? —le preguntó con tanta ternura que Georgiana quiso desmoronarse y dejar, por primera vez en su vida, que alguien la consolara. Pero no lo hizo. No lo haría.

—¿Cómo se le ha ocurrido entrar a mi cuarto? —reclamó, fingiendo enfado—. ¿Tiene idea del lío en que nos podemos meter? No necesito más problemas.

—Georgiana... —dijo, arrastrando las palabras.

La mención de su nombre causó en ella un efecto que no pudo definir, como si toda la vida hubiera estado esperando algo similar. Pero no se dejó conmovir, sobre todo cuando recordó que él había regresado con la viuda.

—Lady Georgiana —corrigió—. Estoy segura de que tiene mejores cosas que hacer, señor Allen. La viuda Adkins debe de estar esperándolo.

No era su intención que su tono fuera amargo, pero lo fue y se lo reprochó.

¿Dónde quedaba su característica indiferencia cuando la necesitaba?

—¿De qué me estás hablando? —preguntó, frunciendo el ceño. Y seguía tuteándola.

—Sabe perfectamente bien de qué. Por favor, retírese.

—No. —Se empecinó—. ¿Qué sucedió? ¿Por qué huiste así? Jamás lo harías.

El recuerdo de la desagradable escena amenazó nuevamente con desmoronarla. Sus barreras estaban cada vez más débiles, a punto de caerse y dejarla vulnerable.

—Solo me siento un poco mal, eso es todo.

No la creyó. Lo vio en sus ojos, como también vio que no se pensaba ir hasta que descubriera

toda la verdad. Georgiana tuvo ganas de maldecir, pero era una dama. Sabiendo que de todas formas no perdía nada, habló, en el fondo, deseando desahogarse.

—Tuve un pequeño inconveniente con lord Michel. Yo... Estoy arruinada. —Su cuerpo comenzó a temblar en un intento fallido de contener las lágrimas de desesperación.

Georgiana Birch no recordaba la última vez que había llorado por algo y, sin duda, no quería hacerlo frente a ese hombre en específico. Pero no pudo evitarlo. Todo lo que tenía se le venía abajo por un motivo desconocido. Lo intentó, de verdad que lo intentó, pero podía ser que se debiera a que andaba sensible o a que ya le era insostenible la pose de dama fría, que se deshizo en lágrimas.

—Mi familia, mi reputación, mi apellido... —murmuró respirando hondo intentado controlarse.

Alec no necesitó más para saber que estaba mal, muy mal, así que, por instinto, pasó un brazo por sus hombros y la trajo hacia así. Ella no se resistió a su contacto, otra razón para afirmar que se encontraba mal.

—Shh, tranquila. Todo estará bien.

Georgiana no dijo nada, se limitó a soltar lágrimas silenciosas hasta que su cuerpo liberó toda la tensión. Cuando se hubo tranquilizado un poco y fue consciente de la posición en la que se encontraba, se separó un poco.

—Lamento este espectáculo, señor Allen, no sé qué me pasó. No es correcto que siga aquí. Además, la viuda debe estar esperándolo.

«Maldita sea, Georgiana, ¿Por qué sigues hablando con sorna?», se regañó al escuchar su tono. Y ¿por qué estaba empeñada en sacarlo a colación? Parecía una mujer celosa, nada más lejos de la verdad.

—Sigo sin comprender de qué me está hablado —dijo él—. La viuda Adkins y yo no hemos regresado, y creo que las posibilidades de que suceda se han vuelto ya nulas.

Georgiana iba replicar con lo que vio durante el baile, pero calló a tiempo. A ella no le interesaba. Si le decía la verdad o no, debía carecer de importancia.

—Por favor, váyase. Necesito estar sola.

—Encontraremos una solución —dijo él para tranquilizarla—. Lo prometo.

Había tanta sinceridad y determinación en sus palabras que Georgiana no pudo sentirse más conmovida. ¿Por qué motivo querría ayudarla? ¿Sería culpa por aquellos incidentes? ¿Habría algo más de por medio? Le parecía inverosímil que tanta generosidad y apoyo viniera de una sola persona; menos de un hombre. Lamentablemente, si algo se aprendía con varios años en sociedad, era que las personas no hacían favores si no los beneficiaban a ellos también.

Le hubiera gustado creer, para no alimentar más la simpatía que sentía hacia él, que había algo detrás de tan buenas intenciones. Pero no. Alec Allen era casi transparente cuando lo deseaba. Si no quería ocultar algo, no lo hacía y dejaba que todo el mundo pudiera ver en su interior. La

quería ayudar. ¿Por qué? Sabría solo Dios. Pero a pesar del... incidente de la noche anterior, Georgiana no podía quitarle el crédito de ofrecerle lo que hace años nadie le ofrecía: ayuda.

Viéndose en la necesidad de expresar algo, lo que fuera, que mostrara aunque fuese una cuarta parte de lo que sentía, Georgiana abrió la boca esperando que las palabras adecuadas salieran de ella. Sin embargo, antes de que pudiera emitir sonido, la puerta se abrió y una voz asombrada exclamó:

—¿Se puede saber que diablos está pasando aquí? Georgiana, ¿qué hace este hombre en tu habitación?

Capítulo 11

Alec y Georgiana se giraron con una lentitud sorprendente hacia Dereck, quien cerró la puerta a sus espaldas y se recostó en ella esperando una muy buena explicación que ambos aún estaban elaborando.

—¿Y bien? —instó al ver que ninguno respondía—. Espero haya una buena explicación para esto.

—Querido Dereck, ¿el sentido de la oportunidad y tú volvieron a pelearse? —dijo Georgiana, recuperando su indiferente y sarcástica actitud.

—Georgiana... —dijo el hombre con un tono que delataba su pérdida de paciencia. A ella no parecía afectarle su tono de advertencia, ya fuera por la confianza que le profesaba o porque literalmente no lo quedaba otra opción.

—No hay ninguna buena explicación para esto —admitió—, pero te aseguro que no es nada de lo que estás pensando.

Dereck le lanzó una mirada interrogante esperando que se explicara mejor, pero ella no lo hizo, así que posó su mirada en Alec para ver si este satisfacía su curiosidad.

Alec suspiró.

—Ha sido culpa mía —confesó—. Yo he venido sin permiso, pero porque... —Lanzó una mirada a Georgiana, que parecía algo incómoda—. ¿Por qué no le dices? Creo que él pude solucionar todo mejor que yo.

Georgiana soltó un sonido muy poco femenino y se pensó varios minutos si involucrar a más gente en ese asunto.

—De todas formas se enterará —insistió él.

—Habla ya, Georgiana —dijo Dereck, impaciente.

Georgiana suspiró, pero su tono de voz contenía su innata soberbia cuando dijo:

—Temo que me encuentro en un pequeño problema, hermano.

Dereck miró a Alec y sonrió con ironía.

—No me imagino por qué. Pero te diré algo, Georgiana, estarás en un gran problema si lo que me vas a contar no justifica la presencia del señor Allen aquí. Habla —ordenó.

Entre Georgiana y Alec, le explicaron a Dereck la serie de rumores malintencionados que estaban circulando y el comentario de lord Michel durante el baile. Al parecer, su hermano se había enterado rato después del espectáculo que había armado Georgiana al dejar al hombre abandonado en medio de la pista, y fue cuando decidió ir a buscarla.

Dereck escuchó con atención y, cuando el relato finalizó, el brillo en sus ojos dejaba muy poco

que adivinar sobre lo que pensaba. Nadie que no lo conociera consideraría a Dereck Birch una persona violenta; casi siempre de sonrisa fácil y afable carácter, podía parecer alguien tranquilo, pero lo cierto era que a nadie le gustaba verlo enojado. Sufría un cambio radical y el perfecto caballero daba paso a un demonio de expresión indescifrable. Georgiana admitía tener miedo cuando lo veía molesto: una sola ocasión le bastó para saber que no era conveniente estar cerca de él.

—¿Cómo se han atrevido a difamar tu nombre de esa manera?! —bramó el conde, con un tono tan alto que bien pudo haber escuchado toda la mansión—. Lo mataré —aseguró.

—Dereck, cálmate, por favor. A madre no le hará gracia que termines en la horca. Un escándalo más no es lo que necesita.

Pero Dereck Birch no la escuchó. Estaba fuera de sí. Demasiado molesto para apelar al sentido común.

—¿Quién ha comenzado todo? —preguntó a Alec—. Por Dios que me encargará de que se muerda la lengua y desmienta el asunto. ¿Cómo diablos no ha llegado esto a mis oídos?

Precisamente porque la gente intuía que se pondría así, pensó Alec, mirando al hombre con cautela. Para la mayoría, el caballero poseía una educación intachable; sin embargo, desde hacía años corría un rumor que ponía en tela de juicio esa afirmación. [\[Office20\]](#)

Alec ya no necesitaba confirmación de dicho rumor.

—Desconozco quién es el causante —respondió con calma, como si de alguna forma pudiera transmitírsela—. Se ha esparcido entre todos los caballeros, eso es todo lo que sé.

—Maldita sea —masculló antes de abrir la puerta y mirar alrededor—. Salga —ordenó a Alec—. Y si los vuelvo a ver en un situación semejante a la de hoy o la del invernadero, juro que yo mismo empiezo a organizar la boda.

Georgiana se tensó y observó cómo el Señor Allen salía del lugar seguido de Dereck. Sin embargo, antes de salir, su hermano dijo:

—Tranquila, Georgie, todo se solucionará.

—No vaya a cometer una locura, lord Londonderry —aconsejó Alec, intentando igualar el paso del hombre que caminaba como a quien lo llevaba el diablo—. Piense con la cabeza fría.

—¿Que piense con la cabeza fría? —repitió, casi ofendido—. Ese hombre ha insultado a mi hermana y amenaza con arruinarla. No puedo permitir eso.

—No, claro que no —concordó Alec—, pero sea lo que sea en lo que está pensando, no es la solución. Tiene que calmarse.

Dereck detuvo su avance y miró a Alec con una mezcla extraña de molestia e interés.

—No puede evitar un escándalo armando otro escándalo —se explicó este—. En su estado actual de molestia, es lo que irremediablemente sucederá. Llamará la atención, la gente se preguntará cuál ha sido la ofensa, y tarde o temprano esta se esparcirá aún más rápido que si el

mismo lord Michel habla.

De mala gana, Dereck admitió que él tenía razón, pero la sangre le hervía de coraje e indignación, y no se veía capaz de razonar con nadie en ese momento; menos con lord Michel.

—¿Qué propone? —preguntó, haciendo un esfuerzo por calmarse.

Alec lo pensó un momento y luego sugirió un plan.

—¿Ahogándose en alcohol por el desprecio de una mujer, amigo? No creo que sea para tanto.

Lord Michel terminó de tomarse su trago y miró a Alec con indiferencia y cierta molestia.

Alec lo había hallado en el despacho de lord Pembroke, donde algunos caballeros jugaban a las cartas o disfrutaban de una copa para escapar de las presencias femeninas. Estaba sentado algo retirado de los demás, con una mirada sombría que delataba lo mucho que le molestaba lo sucedido hacía un rato.

—No me emborracharía por una mujer, señor Allen; menos por una como lady Georgiana.

El tono despectivo crispó la paciencia de Alec. No entendía por qué una vena saltaba cada vez que alguien se atrevía a ofenderla. Supuso que se debía a que, como caballero, hablar mal de una mujer era una de las cosas más bajas en las que alguien podía caer. Comprendía por qué Dereck Birch se había negado a mirarlo a la cara hasta que recuperara por completo el control sobre sí.

—¿A qué se refiere? —indagó, fingiendo desinterés—. Lady Georgiana es una de las mujeres más hermosas de toda Inglaterra. Si alguien tiene permitido hacer un desplante semejante, es ella, aunque eso ponga en duda su educación.

—¿Acaso no ha escuchado los rumores? —inquirió con una sonrisa que casi podía catalogarse de perversa.

Alec fingió ignorancia.

—No.

La sonrisa del hombre se amplió, pero su rostro cambió rápidamente a un semblante de fingida indecisión.

—No sé si deba ser yo el que lo diga —dijo en voz baja, moviendo la copa con parsimonia en su mano. Quería sembrar la duda, manipular la situación a su conveniencia, y Alec decidió fingir que lo lograba por el momento.

—Por favor, no vaya ahora a dejarme con la duda. Prometo tratar el asunto con absoluta discreción.

El hombre volvió a sonreír, esta vez con disimulo.

—Si insiste... —Se acercó un poco más y bajó la voz una octava—. Pues se comenta que la dama no es tan intachable como quiere hacernos creer.

Alec se fingió sorprendido.

—¿Cómo es eso posible?

Lord Michel se encogió de hombros y tomó de nuevo de su copa, disfrutando de ser el transmisor del chisme.

—Me lo han dicho muy buenas fuentes. Confieso que me he sentido tentado de advertir a todos los aquí presentes, pero hasta ahora no me decido.

Alec tuvo que contenerse para no manifestar su rabia. Se dijo que ya era suficiente de juegos.

—¿Cree que sea buena idea?

—El asunto ha permanecido mucho tiempo en silencio, y todo ¿por qué? ¿Por miedo a Dereck Birch?

—¿No le tiene usted miedo?

El hombre soltó un bufido.

—No es más que un hombre, en el fondo demasiado correcto para cometer alguna imprudencia.

—¿Eso cree? Si es tan correcto, ¿no piensa que puede querer retarlo a un duelo por semejante blasfemia al nombre de su hermana?

Lord Michel lo miró como si ya se estuviera arrepintiendo de haberle contado todo.

—No es una blasfemia, solo la verdad.

Alec sonrió, una sonrisa tan perversa como la de él hacía un rato.

—Espero que piense lo mismo cuando lo estén atravesando con una bala —comentó con desenfado, disfrutando cuando el hombre se tensó—. Piénselo, Lord Michel: hará daño, y ¿a cambio de qué? ¿De la muerte? No hay mejor tirador en todo Londres que lord Londonderry.

—¿Mejor que usted, señor Allen? —inquirió intentando desviar la conversación, pero Alec no se dejó.

—Ni yo quiero averiguarlo —respondió, fingiendo cautela—. ¿Recuerda lo que se comenta que pasó hace años?

—Son solo rumores —replicó el hombre, aunque cada vez se veía más nervioso.

—Yo no me fiaría de ello —insistió Alec—. Solo es un consejo, amigo. No se meta en problemas por una dama. ¿Que tarde o temprano saldrá a la luz el rumor? Puede ser, pero no será usted el que sea enterrado por divulgarlo.[\[Office21\]](#)

Alec se fue, pero un último vistazo al hombre le confirmó que, por el momento, el rumor seguía encarcelado. Era un cobarde, y los cobardes no tomaban ese tipo de riesgo.

—Creo que le debo una, señor Allen —comentó Dereck Birch al día siguiente, cuando todo parecía transcurrir con normalidad—. Mi hermana y yo le estamos agradecidos.

Alec asintió con la cabeza como respuesta y, sin poder controlarlo, su vista se desvió a la joven dama que hablaba con unas mujeres en el balcón, donde se estaba sirviendo el desayuno. Ella se giró como si sintiera su mirada, y después de murmurar algo a las mujeres con las que se encontraba, se dirigió hacia ellos.

A Dereck le bastó ver la mirada que se dirigían para hacer de pésima carabina y alejarse. Aunque Georgiana se percató de que fue tras una mujer de vestido rojo, reconoció con preocupación.

Ojalá no fuera lo que estaba pensando.

—Creí que dijo que la próxima vez que nos viera solos empezaría a organizar la boda —dijo Alec en tono burlón, viendo alejarse al conde. Tomó la mano de ella para depositar un casto beso de saludo, pero, sin quererlo, se demoró más de lo debido.

Georgiana intentó no mostrar la turbación que le provocó el leve contacto y se encogió ligeramente de hombros.

—Creo que se ha dado cuenta de que no tiene malas intenciones.

»Me han comentado que le debo un favor, Señor Allen.

—Al contrario: yo solo he saldado uno pendiente.

—¿Significa entonces que no puedo seguir contando con su ayuda y sus consejos?

Alec se sorprendió.

—No me diga que aún los desea. No creo que sea buena idea...

—Somos personas adultas, señor Allen —interrumpió ella—. Confío en que ese tipo de cosas no volverán a pasar.

Y posiblemente ahí radicara uno de los mayores problemas: en que ninguno de ellos dos podía afirmar resistirse.

A pesar de que no era correcto, no era sensato y estaría mintiendo de la forma más descarada posible, Alec se encontró diciendo:

—Por supuesto. —Simplemente no podía decirle que no.

Ella asintió y se alejó. Él solo pensó en que acaba de salir de un problema, y eso solo significaba que se avecinaban cien más.

Capítulo 12

—¿No ha considerado siquiera un poco lo que le dije la otra noche? —preguntó Alec mientras empezaban a alejarse de los demás, que estaban bastante concentrados en una competencia de tiro en donde las Loughy ya se hacían con el trofeo.

Por primera vez había pactado una cita de día en lugar de en la noche. Alec estaba seguro de que estaban cometiendo un error, pero lady Georgiana, con su característica arrogancia, había notificado la hora en lugar de sugerir. A Alec podría haberle molestado esa parte de su personalidad, pero en realidad solo le causaba cierta gracia y admiración. Nada mejor que una mujer con confianza en sí misma.

Ahora, mientras todos intentaban ocultar su desaprobación porque cinco mujeres estuvieran compitiendo con otros nueve caballeros, ellos se habían escapado de la vigilancia de la sociedad para internarse en el pequeño bosque de la propiedad, donde difícilmente serían encontrados.

—Quedamos en comenzar de nuevo y olvidar todos los detalles de esa noche, señor Allen —dijo ella, aparentando indiferencia—. Pero para que se quede tranquilo, estoy segura de lo que deseo.

Alec no dijo más. Sabía que convencerla de lo contrario era inútil, así que solo intentó resignarse en silencio. Seguía sin agradarle la idea de que se lanzara a un matrimonio superficial que con poca probabilidad le reportaría alguna alegría, pero ¿qué podía hacer?

—Bien. —Cedió él, recostándose en uno de los árboles cuando ya estuvieron lo suficiente lejos para tener privacidad—. Supongo que lo primero que quieres saber es el nombre de aquellos que conocen el «rumor».

Georgiana asintió.

—No creo poder soportar una situación semejante a la de lord Michel.

Recordarlo solo hacía que se estremeciera. Se ruborizó al recordar su pérdida de control la noche anterior y lo vulnerable que se había visto. Estaba totalmente avergonzada por esa falta de compostura, pero se había sentido tan mal... Su mundo, todo lo que conocía, estuvo a punto de caer y volverse pedazos. Su hermano pudo haberse visto también involucrado en un escándalo si no fuera por ese hombre que tenía enfrente.

Por primera vez, un Allen le había resuelto un problema en lugar de causarlo.

—Ese hombre es un imbécil —declaró él con rotundidad—. Todo el que se atreva a hablar mal de ti lo es. Aunque la corona se la lleva el que ha inventado el rumor.

¿De dónde salió defenderla con tanta vehemencia? No lo supo, pero a Georgiana le conmovió bastante su gesto. Nunca nadie la había defendido así, aparte de su hermano, por supuesto. Se

sentía bien saber que le importaba lo suficiente a alguien, aunque prefería no cuestionarse los motivos por los que ese hombre había pasado de deberle una remuneración por todo lo que su familia —o su apellido— había causado a preocuparse con sinceridad por ella.

—La primera persona que me habló del rumor fue Jackson, futuro vizconde de Beasterd. ¿Ha oído hablar de él?

—Escuché que en una ocasión usted casi asesina a su madre. Me sorprende que se dirijan la palabra.

Alec se mostró avergonzado.

—Fue un accidente —se justificó—. Jackson lo sabe. En fin. Como estaba diciendo...

»Él me dijo que no sabía quién había comenzado todo, pero que gran parte de los miembros del club lo sabía, solo que, con motivo de que tu hermano no se enterara, habían jurado mantener el secreto. Seguí indagando y descubrí que al menos la mitad de los asistentes a Brook's lo saben y una cuarta parte los que van exclusivamente a White's también; de hecho, hay apuestas sobre si te vas a casar o no, aunque, por supuesto, no escriben su nombre y solo la mencionan como Lady G. Le puedo decir algunos nombres, pero, sinceramente, lady Georgiana, siento que no está haciendo lo correcto.

No pudo evitar decirlo. Había quedado en resignarse, pero no lo logró. Algo dentro de sí se revelaba contra la idea y le instaba a que intentara convencerla, aunque pareciera misión imposible.

—¿Alguna vez se ha puesto a pensar en la felicidad que podría obtener si esperase un poco? El destino puede tenerle reservado algo importante.

Georgiana contuvo un resoplido porque no era correcto.

—No creo en el destino, y lo único que obtendré si espero es la reprimenda eterna de mi madre y la compasión de la futura esposa de Dereck, que se verá en la obligación de tolerar a una cuñada solterona. ¿Por qué insiste con el tema?

Indiferente. Su tono siempre era indiferente, aunque cada poro [\[Office22\]](#)pidiera una liberación. Alec se preguntó cómo sería verla molesta, gritando; así fuera expresando su descontento por la continua insistencia de él.

Fue a decir algo más, pero unas gotas de lluvia lo distrajeron.

—Creo que es mejor que regresemos.

Ella estuvo de acuerdo, y emprendieron el camino de regreso. Sin embargo, la llovizna no tardó más de un minuto en volverse un verdadero aguacero. Como si eso no fuera suficiente, el camino se volvió lodoso y las nubes taparon cualquier vestigio de sol. De pronto, los árboles parecían todos iguales y el camino estaba confuso.

Se habían alejado demasiado.

—Maldita sea —masculló Alec cuando se dio cuenta de que les iba a ser imposible regresar a

la casa. Al menos, no sin una pulmonía. Arrastró a Georgiana bajo un árbol para que las frondosas hojas los protegieran aunque fuera un poco del agua que parecía bajar cada vez más abundante.

—Tal parece, señor Allen, que terminar mojada o sucia se está volviendo costumbre cuando uno de ustedes se encuentra cerca. Lamentablemente, esta vez no puedo echar la culpa a nada más que mi falta de sentido común por haber elegido para la cita un lugar tan propicio a accidentes de este estilo.

Alec no supo si reír o asombrarse por la falta de emoción en su voz. Sarcasmo, eso era lo único que había, pero ni un deje de la histeria que se esperaba en casos similares. Por supuesto, una mujer que no era dada a ataques de histeria era un tesoro, pero a él en verdad le empezaba a molestar.

—¿Eso es una cabaña? —preguntó, aunque más para sí mismo, cuando divisó algo a varios metros de él.

Georgiana siguió su mirada y achicó los ojos para intentar ver mejor entre la lluvia que difuminaba el paisaje. Sí, efectivamente, era una cabaña y estaba unos cien metros de ellos.

—Vamos —instó él, tomándola de la mano.

El contacto provocó que parte del helado frío se disolviera como por arte de magia. Georgiana aún no lograba comprender cómo un roce de ese hombre podía descomponer el estado natural de su cuerpo de esa manera. Pareciera que su piel anhelaba su contacto y produjera la reacción como alegría por haberlo recibido.

Era absurdo.

Llegaron a la cabaña, y solo la necesidad de refugio borró todo rastro de prudencia en Georgiana. Pasear con un caballero a solas era incorrecto; estar con ese caballero encerrada por tiempo indeterminado en una cabaña, aún peor. No obstante, recordó que ese caballero ya había estado en su habitación y se dijo que, de todas formas, no tenía otra opción.

Una vez dentro, examinó con meticulosidad el lugar. La cabaña no se encontraba en estado deplorable, por lo que supuso alguien debía utilizarla con frecuencia, o podía ser que estuviera en uso en ese mismo momento. Un pequeño catre se encontraba en una esquina del lugar, y encima de él había sábanas aparentemente limpias. Al lado estaba una jofaina que tenía un poco de agua, y enfrente, una chimenea que su acompañante analizaba, supuso que para ver si podía prenderla.

—Parece un lugar habitable —comentó ella mientras continuaba observando a su alrededor—. ¿Qué pasará si el dueño llega y nos encuentra aquí?

—Le diremos que buscábamos refugio —respondió él con sencillez, como si el tema en realidad no fuera importante—. ¡Ajá! —exclamó cuando localizó unas cerillas en una pequeña mesa que estaba en el centro de la estancia junto con una vela.

Prendió la chimenea con ella, y el frío empezó a disiparse.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella con voz aguda al ver que él se estaba desabotonando el chaleco.

Eso era lo más cerca a la histeria que la había visto.

—Evito una pulmonía —respondió.

Georgiana se giró cuando vio que empezaba a desabotonarse el cuello de la camisa.

—Esto es inadecuado.

Alec suspiró.

—Lo sé, pero quiero preservar en lo medida de lo posible mi salud. Y usted... —Calló un momento, midiendo sus palabras—, debería hacer lo mismo, aunque sea con el vestido.

El jadeo horrorizado de ella le divirtió. Estaba perdiendo la compostura.

—No me he vuelto loco —continuó, antes de que ella pudiera emitir palabra—, solo digo que es lo más conveniente. Si quiere, puede cubrirse con esa sábana. Prometo no mirar mientras se deshace del vestido.

Pasaron varios segundos hasta que ella abandonó su posición tensa y miró la sábana que se encontraba tendida en la cama.

—No vaya a mirar —advirtió, acercándose al catre para tomar la sábana.

—Prometido —respondió él, girándose hacia la chimenea para darle la espalda.

Ella se giró para asegurarse de que él no la miraba, pero lo único que consiguió fue quedar asombrada y un tanto hipnotizada por la visión de su torso desnudo. Se sonrojó hasta la raíz del pelo. Era la primera vez que veía a un hombre sin camisa, pero la vergüenza no evitó que sus ojos hicieran lo correcto y se desviarán; al contrario, la curiosidad, fiel compañera de la naturaleza humana, la instó a quedarse ahí, recorriendo con los ojos cada contorno de su espalda, observando con fascinación las luces que el fuego provocaba en su piel. Se veía brillante, tentadora; tanto, que sintió deseos de acercarse y tocarla.

Un calor se extendió por todo su vientre, y la asustó tanto la necesidad de sentirlo que regresó abruptamente a la realidad.

Sorprendida por su pérdida momentánea de voluntad, Georgiana se deshizo con brusquedad del empaçado abrigo de paseo y comenzó a desabotonarse los botones delanteros del vestido, siempre echando un vistazo para comprobar que él no la mirase, pero a su vez intentando no perder nuevamente el control de sí misma.

Cuando la pesada tela cayó alsuelo , inmediatamente cubrió su cuerpo con la fina tela de la sábana, que si bien no era tan gruesa como para aplacar el frío, serviría. No pensó ni por un momento en quitarse la ropa interior. Primero, porque le sería imposible deshacerse del corsé ella sola; y segundo, porque entre el abrigo y el vestido, esta no se había mojado tanto.

—¿Listo? —preguntó él cuando dejó de sentir movimiento.

—Sí —respondió ella en un murmullo, apretando con fuerza lo único que tenía para guardar el

decoro.

Alec, viendo que no soltería la sábana ni bajo amenaza de muerte, le hizo el favor de colocar el vestido y el abrigo en una silla frente a la chimenea para que secara rápido. Georgiana agradeció el gesto en voz baja, mientras su mente trababa de no pensar en las posibles consecuencias que le traería que no regresaran rápido a la casa. El disturbio debió haber llevado a todos dentro, y temía que se dieran cuenta de la ausencia de ambos. Serían muchos los problemas si eso sucedía.

—No puedo creer que esté pasando esto —comentó ella, tomando asiento en una de las pequeñas sillas que se encontraban alrededor de la mesa.

—Yo sí —dijo él, encogiéndose de hombros—. A estas alturas de mi vida nada me sorprende.

—No lo dudo —concedió ella con sorna—. Su tranquilidad habla por sí sola.

—Sin embargo, la suya plantea muchos interrogantes. —Se acercó con lentitud hasta llegar a la mesa, se apoyó en ella y inclinó su cuerpo hacia Georgiana—. Todo lo que ha pasado, lo que está pasando y ni siquiera ha chillado para liberar su frustración. ¿Nunca pierde la compostura?

Georgiana recordó con vergüenza una ocasión en que lo hizo, y que él estaba presente. Sin embargo, supuso que se refería a ceder a la histeria.

—No es mi naturaleza. —Fue lo único que dijo, pues aunque intentaba no mostrarlo, su cercanía empezaba afectarla. Era como si cada poro del cuerpo de él exhalara algo que la distraía, y estando como estaba sin camisa, era aún peor para su concentración.

—¿Nunca ha sentido deseos de gritar? ¿De maldecir? ¿De liberar toda la rabia que siente por dentro? —cuestionó con insistencia.

—Por supuesto que lo he sentido —admitió—, pero he mantenido la compostura como una dama. Fue lo que me enseñaron.

Alec suspiró, como si hubiera temido esa respuesta.

—Eso es triste.

—¿Perdón? —inquirió, confusa.

—Es triste que viva reprimida. Se termina acostumbrando.

—No comprendo —dijo ella, desconcertada—. No me voy a poner a gritar como una loca cada vez que algo malo me suceda, creerán que estoy desquiciada.

—No digo eso, sino que... En este momento, ¿no está preocupada por lo que pueda pasar si tardamos en regresar? ¿No quiere maldecir mi mala suerte o reprocharse su decisión de citarse conmigo? ¿No está ni un poquito histérica?

—La histeria no resuelve el problema —replicó ella con calma.

—Pero libera frustración o estrés. ¿Nunca ha sentido ganas de liberarse, aunque sea una vez?

Georgiana consideró la pregunta, pero no llegó a ninguna conclusión.

—No comprendo a qué viene esta conversación.

—Grita —pidió él—. Grita ahora que no hay nadie más que yo para escucharte.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó, cada vez más desconcertada.

—Grita —insistió—. Piensa en cuando mi hermana te arruinó la primera propuesta, en cuando Richard te arruinó la segunda y cuando yo hice lo mismo con la tercera. Piensa en lo frustrante que es estar obligada a casarte rápido. Piensa en que estás aquí, conmigo, cuando no para de llover y tu reputación está en juego.

Georgiana empezó a negar con la cabeza, creyendo seriamente que el hombre había perdido el juicio.

—¿Quiere que le vea el lado negativo a mi vida?

—Quiero que libere ese lado negativo. ¿No siente tensión, lady Georgiana? ¿No siente el cuerpo pesado, un cuerpo que lucha por mantener la calma cuando lo que desea es liberarse?

Georgiana no respondió. El cerebro analizaba sus palabras y, ante cada una, su cuerpo parecía más pesado, como si quisiera darle la razón o simplemente el conocimiento de ello la hiciera ahora consciente de que en verdad estaba en lo cierto. En ese preciso momento, se encontraba bastante frustrada por su situación y las repercusiones que esta pudiera tener.

—Grite —volvió a decir—. Grite fuerte y libérese. Grite por sus intentos fallidos, por las propuestas arruinadas y porque todo va de mal en peor.

Animada por una fuerza desconocida que quería seguir las órdenes de su boca, porque sabía que era lo que necesitaba, porque deseaba en el fondo hacerlo, Georgiana entreabrió los labios, pero la fuerte educación empezó a debatirse con el deseo, imposibilitándole emitir cualquier sonido.

—Hazlo —susurró como un diablo tentador cerca de su oído.

Cuándo se había acercado no lo sabía, pero no importaba; estaba demasiado concentrada debatiendo si ceder o no a la tentación. ¿Qué perdía? Nada. ¿Qué ganaba? Posiblemente nada tampoco, sería una acción sin importancia que, aparte de él, no tendría testigos.

—Hazlo —repitió con una voz que bien podía ser la que utilizó el diablo para tentar a Eva.

Al final la tentación ganó, y recordando todos aquellos momentos de su vida en los que tuvo que mantener la calma cuando solo quería despotricar en voz alta, Georgiana gritó. Fue un sonido fuerte, prolongado, que venía desde lo más profundo de la tráquea y que resonó por todo el lugar, haciendo eco.

Cuando terminó, con la respiración jadeante como si hubiera invertido mucha energía, miró un punto indefinido de la cabaña; luego, ante el asombro de Alec, se echó a reír.

—No lo puedo creer —dijo entre carcajadas—. No me puedo creer que lo haya hecho. —Se levantó y lo miró a los ojos—. Fue divertido—admitió—, y sí, me siento mejor.

Alec sonrió con satisfacción.

—Y yo estoy encantado de haber visto a lady Georgiana Birch perder, por primera vez, la compostura.

Ella volvió a reír y, sorprendiéndose a sí misma, dijo:

—Puede... Puede llamarme Georgiana si lo desea. Solo en privado, por supuesto.

Él se asombró. No tanto porque le hubiera pedido que la llamara por su nombre a secas, sino porque aún planeaba que se vieran en privado. Por otro lado, ese hecho le causó cierta alegría. No sabía cómo, pero se había vuelto un tanto dependiente de su presencia. Le gustaba verla, admirarla... aunque eso pudiera traerle problemas.

—Georgiana... —pronunció como una caricia, o al menos así lo sintió ella—. ¿Puede ser Geo? ¿O Georgi? ¿Te han dicho alguna vez que tu nombre es muy largo?

Alec rio cuando se percató de que ella quería darle un manotazo pero sus palmas estaban muy ocupadas sosteniendo la sábana.

—No accederé a tanto.

—Tenía que intentarlo —dijo, encogiéndose de hombros—. Entonces... ¿Me llamarás tú también Alec?

Ella lo pensó un momento, y luego asintió.

—Está bien.

—Georgiana... —musitó con tono aterciopelado. Se acercó a ella hasta que casi nada separaba sus cuerpos—. Georgiana...

«No lo hagas. No es correcto», gritaba el sentido común de ambos, pero fue ignorado por las dos partes, pues los ojos de cada uno ya habían caído en el hechizo de los del otro. Estaban atrapados, y el deseo arrasador se esparcía por sus cuerpos con la misma rapidez que un veneno poderoso, buscando contaminar todo para que, al final, la rendición del cuerpo fuera inevitable. Las alertas que debieron escuchar fueron opacadas por el sonido del corazón, que latía frenético de anticipación.

Al final, la tentación fue inevitable, y como dos pecadores, cedieron a la tentación y unieron los labios a los del otro... pero, al contrario de los causantes del pecado original, disfrutando bastante del sabor de la manzana.

Capítulo 13

Un minuto, dos o tres. Ninguno de los dos sabía cuánto tiempo después del beso tardarían en arrepentirse de él, en reprochárselo y en preguntarse en qué habían pensado; pero en ese preciso momento, cuando sus labios se rozaban buscando la calidez del otro, solo querían disfrutar y rezar para que el instante fuera eterno.

El deseo apoderándose de ambos los instaba a mover con intensidad los labios, que devoraban los otros como si fuera menester sentirlos en toda su expansión, explorar cada rincón, saborearlos, beberlos como si fuera el elixir de la vida eterna.

En algún punto, la agonía de sentir más cerca el cuerpo del otro fue tal que Georgiana soltó la sábana que antes agarraba con tanto ímpetu y no se preocupó en lo más mínimo cuando esta cayó al suelo, dejándola solo en en ropa interior. Al contrario: liberarse de la tela solo provocó que su cuerpo satisficiera la necesidad de sentir mejor el del otro.

No se reconoció así misma cuando disfrutó del contacto de la piel desnuda del pecho de él, y tampoco cuando posó, sin ningún recelo, las manos en su hombros, deseando interiormente pasarlas por todo su cuerpo pero temiendo que no fuera lo correcto.

Las respiraciones eran cada vez más entrecortadas, y el oxígeno, escaso. Pronto tendrían que separarse, pero cada fibra de su ser se negaba en rotundo.

—Georgiana... —musitó él cuando, al final, ganó la necesidad de aire y se tuvo que alejar. No obstante, trasladó los labios a su barbilla, depositando besos suaves por ella y todo el mentón—. Oh, Georgiana.

Su nombre, pronunciado con ese tono aterciopelado y lleno de deseo, de anhelo, fue como una caricia que deseaba seguir recibiendo. Sonaba tan bien que la sumió más en el estado de inconciencia en el que se encontraba su mente. Su cuerpo era el único que mandaba en ese momento, y su cerebro se sometía como esclavo a las órdenes de este, dejando a un lado la parte racional.

—Alec —susurró ella, queriendo saber decir cada sílaba del nombre [\[Office23\]](#) como él lo hacía, como si así pudiera obtener la cercanía que deseaba.

—¿Qué me estás haciendo? —murmuró casi con tormento, antes de volver a tomar posesión de sus labios. Esta vez, tomándola por la cintura y acercándola a él.

Georgiana hubiera seguido perdida en las sensaciones si no hubiera sido consciente del bulto que presionaba contra su vientre. Asustada por lo desconocido, se separó y permitió que la realidad la envolviera, haciéndola consciente de que, otra vez, había perdido el control.

Inmediatamente, recogió la sábana y cubrió su cuerpo. Luego se dio la vuelta para que él no

podiera ver su sonrojo y descubriera su turbación.

No dijeron nada. Ambos cedieron al silencio sepulcral que se instaló, temiendo una palabra mal dicha que pudiera dictaminar fácilmente su destino.

Pasaron al menos una hora así, en completo silencio, mirando cualquier punto donde no estuviera el otro; sus cerebros, asimilando lo ocurrido y volviendo a tomar el control de sus acciones.

Georgiana sintió que él se movía y, cuando por fin se atrevió a echar un vistazo, se percató de que se había puesto la camisa y el chaleco. Con paso lento, intentando no encontrárselo en su camino, llegó frente a la chimenea y tanteó su vestido y su abrigo. El primero se había secado por completo por el fuego, el segundo, sin embargo, aún estaba húmedo debido a su grosor.

—¿Puedes, por favor...?

Alec asintió y se giró. Ella se colocó el vestido rápidamente y luego se acercó a la pequeña abertura que servía de ventana para confirmar que la lluvia ya había cesado por completo.

—Deberíamos irnos —sugirió en voz baja, incluso temblorosa. Seguía afectada; muy afectada.

Él asintió.

Salieron de la cabaña y empezaron a caminar. No habían dado ni siquiera diez pasos cuando una figura a caballo comenzó a acercárseles. No tardaron en reconocerla.

Georgiana soltó un suspiro de cansancio.

—Déjenme adivinar —pidió Dereck Birch en tono sarcástico—. ¿Esto tampoco es lo que parece?

Georgiana no respondió y el hermano suspiró.

—Prefiero no saber nada más. —Fue lo único que dijo antes de emprender el camino de regreso.

Cuando llegaron a la mansión, Georgiana se dio cuenta de que Dios había decidido apiadarse de ella y de que su hermano era el mejor de todos. Dereck le comentó que le había dicho a su madre, y a todo el interesado en saber, que ella se había sentido indispuesta y por eso había desaparecido de la competencia de tiro para ir a reposar a su cuarto. Por otro lado, nadie fue consciente de su llegada, pues todos estaban exaltados y comentaban cómo había podido llegar ese ratón al vestido de lady Grace durante el almuerzo, que *casualmente* estaba sentada al lado de Clarice Allen. También se cuestionaban el vino derramado en el pantalón del joven lord Anderson, que también por pura casualidad se encontraba al lado de Edwin Allen. Fue todo un revuelo que convirtió el almuerzo en un desastre, pero Georgiana se dijo que, por primera vez, el apellido la había salvado en lugar de causarle problemas.

Cuando se estaba arreglando para la cena, pensó, por primera vez en el día (pues se había negado las otras veces a hacerlo) en lo sucedido en la cabaña. Su piel aún tenía muy presente el tacto de él, y sus labios todavía anhelaban su contacto. Se sentía como una pecadora, una

libidinosa por haber cedido a esas tentaciones y, además, por haberlo disfrutado.

Georgiana sentía que había algo que estaba pasando por alto. ¿Cómo era posible que el hombre pudiera causar todo eso en ella? ¿Podía provocar ese efecto cualquier hombre, o solo él? Intentó imaginarse en una situación similar con otro, pero no pudo. Su cabeza simplemente no concebía la imagen.

Agotada de tanto pensar, bajó dispuesta a tolerar otra velada; en esta ocasión, ni siquiera con ánimos de buscar marido. Por algún motivo sentía que no encontraría a alguien. Se sentía marcada.

Estaba tan distraída que, una vez abajo, en vez de dirigirse al comedor, se desvió hacia el salón donde solía tomarse el té. Cuando se dio cuenta, estaba por volverse, pero una imagen le causó curiosidad.

Dentro se encontraba una mujer, ya anciana, que vestía una llamativa falda roja y una blusa amarilla bastante holgada. Tenía en los dedos muchos anillos y de su cuello colgaban varios collares. Estaba sentada en una de las pequeñas sillas individuales repartidas por el lugar.

—Si lady Pembroke se entera de que han burlado su estricta vigilancia para traerme hasta aquí, se molestará mucho —dijo la mujer mayor a dos jóvenes que conocía muy bien—. ¿No saben que teme que robe algo? —indagó la anciana con voz burlona.

—No la hubiera traído a la entonces —replicó la joven castaña.

—Representamos un buen espectáculo —se justificó la anciana con indiferencia.

Georgiana no necesitó oír más para saber quién era la mujer. Había escuchado a lady Pembroke mencionar que había contratado a una gitana que se rumoreaba veía muy bien el futuro. Ella no creía en esa tontería, y muchos de los presentes seguro tampoco, pero era divertido escucharlo. Lady Pembroke había tenido la suerte de que justo en ese momento los gitanos se encontraran cerca. Eran tan nómadas que conseguir a un grupo determinado era muy difícil.

—A ver, díganme. ¿Qué quieren? —preguntó la anciana con voz dulce—. Necesito regresar antes de que termine la cena.

—Como no se nos dejará asistir al espectáculo, queremos que nos lea el futuro —dijo Edwin Allen.

—Queremos saber a qué nos enfrentaremos —concordó Clarice Allen.

La gitana rio y Georgiana negó con la cabeza. Estaba por darse la vuelta e irse, pero algo, quizás [\[Office24\]](#)curiosidad, la instó a quedarse. Tal vez pudiera advertir a todos si la gitana predecía la futura destrucción de Londres a manos de esos dos.

Acercándose y cuidando de no ser vista, esperó.

—Está bien. ¿Quién quiere ir primero?

—Yo —dijeron al unísono. La mujer mayor volvió a reír.

—Las damas primero, joven —dijo, extendiendo la mano hacia Clarice para que esta pudiera poner la suya encima. Ella lo hizo—. Dime tu nombre.

—Clarice Allen.

—Clarice Allen —repitió la mujer, observando con curiosidad la mano—. Te veo un futuro muy complicado, muchacha —vaticinó concentrada en su palma—. Eres decidida, sabes lo que quieres y no dudo que lo vayas a conseguir..., aunque también sabes que no puedes hacer todo lo que en verdad desearías, porque para eso se necesitará un tiempo que no te alcanzará. Sin embargo, la satisfacción de un pequeño avance dejará tu nombre en la historia.

—Eso es genial —dijo la joven, emocionada.

—Tres hombres, Clarice. Tres hombres importantes veo en tu futuro —continuó la mujer—. Uno de ellos vendrá para ponerte a prueba, querida niña, y no debes dejar que lo que sea que suceda, te marque. Los otros vendrán para hacerte creer de nuevo. Ambos te amarán incondicionalmente, querida niña, y darán la vida por ti, pero solo uno te dará la felicidad absoluta. Solo uno está hecho para ti, Clarice, pero repito: la felicidad solo llegará si no permites que el primero te marque. No lo dejes, Clarice, no le des esa satisfacción.

La melliza arrugó tanto el ceño, que parecía haberse chupado un limón.

—No entiendo.

—Ya lo harás. —Fue lo único que dijo antes de soltarle la mano—. Te toca, muchacho.

Edwin le entregó la mano con algo recelo por el futuro que había sido dicho a su hermana.

—Edwin Allen —dijo en voz alta. La anciana asintió.

—Edwin Allen. ¿Te gustan los escándalos, no es así?

—Sí —admitió el joven sin arrepentimiento.

—Pues te alegrará saber que cometerás uno que no se olvidará mientras tengas vida.

—¡Estupendo! —exclamó el joven con regocijo.

La anciana negó con la cabeza.

—Pagarás un precio alto por ese escándalo, Edwin, pero es necesario para lo que seguirá después. El ser supremo no te abandonará del todo, y te tiene deparado un buen futuro. Dos mujeres, Edwin.

—Al parecer, Clarice, nos toca pareja por partida doble —se burló el joven. La anciana le dio un manotazo.

—Dos mujeres —repitió—. Una te hará sufrir y la otra te devolverá la esperanza, aunque no quieras recuperarla.

—¿Me puede decir el nombre de la buena? Preferiría ahorrarme el sufrimiento.

La anciana lo miró con reproche.

—Sin sufrimiento no se aprenden lecciones en esta vida —dijo la anciana—. Es algo que necesitarás y que no podrás evitar. Pero no te preocupes, al final todo saldrá bien. Cuidala mucho, Edwin.

—¿A quién? —preguntó, pero la mujer lo ignoró.

—Eso es todo. ¿Quiere usted, milady, una consulta privada?

Georgiana tardó un momento en percatarse de que hablaba de ella y se puso pálida.

¿Cómo...?

—No tema, pase sin miedo.

Tal era su conmoción que no huyó cuando debió hacerlo y fue atrapada por los mellizos, que abrieron la puerta. Roja como un tomate por haber sidodescubierta, Georgiana no supo qué decir.

—Anímese —dijo Clarice sin hacer ningún comentario respecto a la situación en la que fue encontrada—. ¿No quiere saber su futuro?

—No creo en esas cosas. —Negó ella.

—He escuchado antes esa frase —dijo la anciana—. Vamos, ¿qué pierde? Como mucho se divertirá con los desvaríos de una vieja.

Georgiana no pudo creerlo cuando de verdad consideró la idea. Era absurdo.

—Hágalo —insistió el mellizo—. Le aseguro que no puede ser peor que sufrir por una mujer y pagar caro un escándalo, posiblemente cortesía del apellido.

—O de quedar marcada por un hombre —añadió Clarice, soltando un bufido—. Yo, Clarice Allen, marcada por un hombre... Creo que primero se congela el infierno.

Georgiana comenzó a negar con la cabeza, pero al final la curiosidad pudo con ella y asintió, con recelo.

Se adentró en el pequeño salón seguida de los mellizos, que cerraron la puerta tras de sí.

—Usted escuchó nuestro futuro —dijo Clarice como justificación a la mirada de reproche de ella—. Es justo que escuchemos el suyo.

Georgiana optó por ignorarlos.

—Su nombre —pidió la mujer, tomándole la mano. Era una mano fría que le causó un estremecimiento.

—Lady Georgiana Birch —musitó con cautela.

—Lady Georgiana Birch. Mujer sensata y de buen juicio. Tu mayor temor es el escándalo, y tu mayor anhelo, el matrimonio. —Ella intentó no demostrar lo sorprendida que se sentía—. Déjame decirte, muchacha, que ambos llegarán juntos y de la mano. Pobre joven, lo que has pasado... reprimida toda una vida y sometida a ser perfecta.

Georgiana sintió la tentación de quitar la mano. Estaba asustándose. Sin embargo, la mujer no la dejó y la apretó con fuerza.

—No te preocupes, se acabará pronto. Felicidad, lady Georgiana: eso es lo que se acerca. Vas a tener que aprender a confiar en el destino y a creer en aquello que no crees si quieres que todo sea más fácil. No temas lo que sucederá, muchacha. Recuerda: al final, solo habrá felicidad.

Le soltó la mano y Georgiana se quedó paralizada.

Los mellizos, por su parte, miraron asombrados cómo la mujer se retiraba mientras ella,

asimilaba todas las palabras.

Al menos, se dijo con ironía, se iba a casar.

Capítulo 14

Cuando Georgiana llegó al comedor aún se encontraba conmocionada por las palabras de la gitana. No creía en eso, por supuesto que no lo hacía, pero no dejaba de sorprenderse por lo atinada que esta había resultado.

¿Cómo era posible?

«Tu mayor temor es el escándalo, y tu mayor anhelo, el matrimonio».

«Ambos llegarán juntos y de la mano».

Georgiana le tenía especial temor a esa última frase. El escándalo, aquello que más temía, que más repudiaba, llegaría si en verdad la mujer tenía un don especial para adivinar el futuro. Sin embargo, si se casaba después de todo, no podía ser tan malo.

Se mantuvo algo ausente durante toda la cena e intentó no mirar con demasiado interés a la gitana cuando empezó a leerle la mano a todos los que lo deseaba. No obstante, Georgiana sí se percató de que la anciana no parecía igual de concentrada que cuando habló con ella o con los mellizos, y que sus palabras eran vagas y sus predicciones no muy interesantes. No animó a nadie participar, solo a la duquesa de Rutland, la marquesa de Aberdeen, la condesa de Granard y la baronesa Clifton. La primera rechazó el ofrecimiento con una sonrisa cálida y poco característica de ella. La segunda sí aceptó, animada ante la mirada de incredulidad de su marido, y fue advertida de que tendría años venideros muy felices. Georgiana creyó que lady Granard afirmaría no creer en ese tipo de cosas, pero para su sorpresa solo se negó, y lo hizo con un tono como si temiera las palabras de la anciana. La baronesa, por su lado, también accedió encantada y una bendición fue vista en su futuro.

Cuando el espectáculo con la gitana concluyó, los que quisieron se quedaron en el salón y escucharon a las jóvenes casaderas interpretar notas de su preferencia, que servían de fondo para aquellos que quisieran bailar un rato. Georgiana, casi obligada por su madre, se sentó también frente al piano e interpretó un soneto de Mozart. La música se le daba bastante bien desde pequeña, y podía decir con orgullo que maravillaba a todos con cada nota.

Cuando estaba tocando sintió varias miradas sobre ella, pero solo una fue capaz de distraerla. Por curiosidad, o quizás fuera el instinto por lo que ya no podía sentirlo cerca sin querer mirarlo, se giró.

Ahí estaba su mirada ámbar, cálida y penetrante posada en ella, como si no hubiera nada más interesante o maravilloso que ver... O al menos así lo sintió ella. Tuvo que luchar por no perder el hilo de lo que estaba haciendo, y además, luchó por apartar la vista para que los demás no se percatasen de su debilidad por él.

Sí, eso era. Debilidad. Georgiana empezaba a preocuparse por no poderse negar todo lo que su cuerpo pedía con respecto a él; lo que quería con respecto a él. Sabía que no era correcto, pero aún deseaba su compañía y sus besos como se deseaba todo lo prohibido.

De vez en cuando lanzaba una mirada de reojo a su persona para seguir encontrándolo con la vista fija en ella. Casi podía leer admiración en esos ojos, incluso aprecio. Podría haber creído que de verdad era así si en ese momento la viuda Adkins no se hubiera acercado, hubiese colocado de forma coqueta la mano en su hombro, y él no hubiera sonreído a lo que dijo.

El repentino ataque de amargura le hizo equivocarse en una nota y tuvo que esforzarse por recuperar el ritmo de la música. Desvió la vista para no tener más distracciones, pero el coraje ya se había esparcido por su cuerpo y el final de la melodía careció del encanto con el que había comenzado.

Cuando terminó, se levantó, e incapaz de permanecer ahí, se disculpó y regresó a su habitación, sin poder comprender por qué estaba molesta.

Intentado conciliar el sueño, se dijo que se debía a la decepción. Sí, estaba decepcionada porque el beso, o los besos que habían compartido, en realidad no habían significado nada para él. Y no debió significar nada porque, si no, no estaría sonriéndole a la viuda y posiblemente restaurando su relación con la mujer.

Recordó cuando él le mencionó que era improbable que eso sucediera, y casi se rio por la ironía. Aunque lo negara, él debía de estar enamorado de ella. Si no, no hubiera querido proponerle matrimonio en aquella ocasión o retomar su relación. Los hombres solo se casaban por voluntad propia por dos motivos: interés y, en escasas ocasiones, amor. Sabía que el señor Allen no era una persona interesada, así que quedaba la segunda opción.

«No me interesa», se dijo con indiferencia. «No me interesa que regrese con ella, no me interesa que se case con ella; que sean muy felices». Igual ella también se casaría.

Se repitió eso, pero no pudo dormirse y llegó a la conclusión de que sí le interesaba. Maldita fuera; sí le interesaba, porque no entendía cómo alguien que pudo besarla con tanto ímpetu, con tanta pasión, pudiera retomar la relación con otra así de rápido mientras ella se daba golpes en la cabeza.

«Hombre tenía que ser», se dijo con amargura. Luego reprochaban la frialdad de una mujer. ¿Cómo planeaban que una fuera cálida cuando sabía el tipo de personas a las que se enfrentaba? Ser fría era la única manera de no salir herida en el proceso. Por suerte, gracias a sus padres, Georgiana había aprendido esa lección de joven, y ahora nada le podía afectar.

Cuando se durmió, lo hizo con el propósito de olvidarse de todo lo referente a él. Ya le había traído muchos problemas después de todo, mejor no tentar a la suerte con más. Ella misma conseguiría marido y, en unos años, todo lo vivido con él no serían más que recuerdos de un tiempo de imprudencia.

El baile de máscaras cerraría de manera oficial la fiesta en la residencia de campo. Después de varios días realizando distintas actividades para que sus invitados mataran el tiempo, los anfitriones optaron por una mascarada para cerrar con broche de oro. Esa noche, todos los presentes, engalanados con sus mejores trajes, lucían máscaras llamativas decoradas con pedrería artificial y plumas. Georgiana había optado por vestir toda de blanco, máscara incluida, asemejando su aspecto al de un hermoso cisne erguido en su máximo esplendor. Era consciente de las miradas de envidia de las jóvenes y la de lujuria de los caballeros que, a pesar de su admiración, no se le acercaban mucho; sin embargo, había una mirada en específico que la hacía regocijarse de su belleza, y era la de aquel caballero con máscara negra que en ese momento ignoraba a la viuda que tenía danzando en sus brazos, solo para mirarla a ella.

Georgiana jamás se había considerado una persona maliciosa o que albergara sentimientos de envidia hacia los demás, pero no podía negar que algo en su interior sentía satisfacción porque fuera ella el centro de su mirada y no la viuda Adkins. No entendía el origen de ese perverso placer, pero tampoco podía erradicarlo. Su vanidad, siempre bastante por encima de lo común, sonreía satisfecha por el logro y se henchía de orgullo.

Admitía que en esos dos días transcurridos desde el incidente de la cabaña, sus sentimientos habían representado una fuente de preocupación. Georgiana presentía que nada no era tan poco importante como deseaba creer; era imposible que lo que el hombre le inspiraba fuera pasajero. Su mente no era dueña de su cuerpo cuando él estaba cerca. Que algo fuera incorrecto no se alzaba como un inconveniente para realizarlo. Su sentido común desaparecía a su lado y, en esos momentos mágicos, no le interesaba estar cometiendo un error. Porque eran errores. Georgiana no podía ni debía permitirse esas libertades. Primero, porque él no era un candidato apto para el matrimonio (su madre se infartaría solo de escuchar su nombre) y, segundo, porque le imposibilitaría estar concentrada para buscar marido, que, cabía acotar, ya no era el principal de sus objetivos.

¡Hasta eso había conseguido el desgraciado! Hacerla dudar sobre la misión de toda su vida. Con sus palabras, con su interpretación romántica de las cosas, la dejaba inconscientemente cuestionándose el asunto. Esos dos últimos días no había hecho más que preguntarse si no tenía razón y estaba a punto de desperdiciar su vida. Incluso rechazó al único hombre que le había pedido un baile esa noche.

Observó que la danza terminaba y ellos se separaban. La viuda le murmuró algo a Alec y, con una sonrisa, se fue. Georgiana no pudo evitar preguntarse amargamente si no habrían concertado una cita.

—¿Por qué esa cara de haber comido algo agrio, hermana? Madre me acaba de preguntar que si querías espantar a tus pocos pretendientes.

Georgiana fulminó con la mirada a Dereck, quien vestido completamente de negro, parecía la representación encarnada de la oscuridad. La imagen de ambos juntos resultaba hasta cómica.

—¿Cuáles pocos? Que yo sepa no hay ninguno —dijo con desdén.

—Madre no quiere verlo así. Pero volviendo al tema, ¿por qué la cara de matrona amargada?

—Estoy aburrida —dijo con indiferencia.

—Yo diría que más bien parece celosa.

Georgiana dio un respingo.

—¿De qué o quién podría estar yo celosa? Los celos significan posesión o envidia, querido hermano, y carezco de la última y desconozco el significado de lo primero.

Dereck sonrió.

—Si tú lo dices... Permíteme un consejo, Georgiana: nunca permitas que nada se interponga entre la felicidad y tú. Si encuentras algo o alguien que podría hacerte feliz, sabes que cuentas con mi apoyo, aunque padre se revuelque en la tumba y a madre le dé un infarto. —Dicho eso, su hermano se alejó y emprendió el camino hacia una mujer... vestida de rojo.

¡Maldita fuera! Al parecer, el apellido quería marcarlo de una u otra forma.

Sintiendo una repentina necesidad de estar sola, Georgiana desapareció de la fiesta y salió un rato al jardín. El aire frío de la noche le causó un estremecimiento cuando hizo contacto con sus brazos desnudos, pero eso no fue impedimento para que siguiera su camino. No había nadie fuera; todos estaba dentro, disfrutando.

Cuando llegó a los rosales, su memoria sacó a colación aquella noche que marcó mucho más de lo que hubiera deseado. Tocó sus labios, casi sintiendo la calidez de los otros, y cerró los ojos, confundida, sin saber qué le pasaba.

Todo era su culpa. Jamás debió haber aceptado que «la ayudara». Nunca debió seguir con los encuentros después de lo sucedido en ese mismo lugar. Sentía que había perdido algo de sí misma.

Rememoró nuevamente lo sucedido hacía dos días. El beso, el arranque de pasión y la facilidad con la que consiguió que gritara como jamás lo había hecho en sus veintidós años de vida. La liberación sentida después y la diversión por haber roto una regla de comportamiento. Ese día, el hombre le enseñó que, a veces, perder el control era divertido, pero eso no significaba que siguiera siendo correcto.

Abrió los ojos y suspiró. Tocó una de las rosas, acarició sus pétalos y, en un descuido, también se pinchó con sus espinas.

Murmurando un quejido, llevó el dedo herido a la boca para parar la sangre.

—Así que sí es una mujerlo que tengo frente a mí. Por un momento pensé que era un ángel lo que había decidido indagar entre las vagas diversiones humanas.

El cuerpo de Georgiana se tensó por un segundo; solo el segundo en que tardó en reconocer la voz.

Se sacó el dedo de la boca y se giró para encarar a la figura vestida de blanco y negro que se acercaba con paso lento, cuidado, como si mientras caminaba se preguntara si era lo correcto o no.

—Me sorprende, lady Georgiana —siguió diciendo el hombre, con esa voz aterciopelada que conseguía atraer la confianza y atención de una dama. No era un tono seductor que causaba curiosidad pero que advertía peligro, sino suave, tierno, que provocaba simpatía... a veces demasiada—. ¿Sale al jardín sin compañía nuevamente? ¿Se le ha olvidado que esta costumbre nueva va en contra de todas las reglas de decoro?

—Creo que ya he roto tantas que una más carece de importancia —respondió con su acostumbrado tono indiferente, intentando transmitir algo que en realidad no sentía.

—Quien te escuchara, no te reconocería —le dijo. Había comenzado a hablarle de tú, y Georgiana no se atrevió a reprenderlo; no cuando ella misma adoraba cómo sonaba su nombre con su voz y cuando era quien le había dado permiso.

—Supongo que no —respondió, girándose y conteniendo un suspiro. Debió de haberle dicho que se fuera, pero puesto que ella misma acaba de echar por tierra su único argumento válido, que era decir que no era correcto (lo había echado por tierra hacía tiempo, ahora que lo pensaba), no mencionó nada. No pensaba decirle que su presencia la perturbaba—. ¿Qué hace aquí? —preguntó, en cambio.

De pronto, la idea de que fuera ahí la cita con la viuda la crispó.

Ella era quien debería irse.

—Pensé que se lo había dado a entender. Vine persiguiendo lo que creí que era un ángel.

Intentó que nada en ella demostrara el efecto de esas palabras.

¿Por qué, justo en ese momento, había decidido actuar de forma encantadora? ¿Por qué cuando ella no era completamente dueña de sí misma? ¿Por qué cuando posiblemente se fuera a ver con otra mujer? ¿Era tan descarado y nunca se dio cuenta?

Quiso aferrarse a eso.

—Pero qué románticos andan los hombres hoy —dijo, recordando las palabras de su hermano hacía un rato—. ¿Ese es el efecto que les causa una mujer?

«Tonta, Georgiana, tonta», se reprendió cuando en su voz hubo un inconfundible indicio de amargura. ¿Por qué? Aún así, se giró para captar en totalidad su respuesta.

Alec, quien no comprendió del todo qué quería decir ella, respondió:

—Las mujeres suelen tener más poder del que creen. Incluso llegaría a afirmar que lo saben. Pienso que, en la mayoría de los casos, somos nosotros los manipulados —respondió él, intentando infundir humor a la conversación, pero no lo consiguió.

Ella no se tomó a bien las palabras.

—Pobrecitos —replicó con sarcasmo—. Yo me atrevería a afirmar que a ustedes no les importa ser manipulados siempre y cuando obtengan lo que quieren.

—Y según tú, ¿qué es lo que queremos?

La sonrisa socarrona de él hizo que Georgiana se ruborizara. Con más ganas de maldecir que en toda su vida, le dio la espalda.

—Se hace tarde. Creo que es mejor que me vaya. De todas formas, no quiero importunar cuando llegue la persona que espera.

Aunque los sentía bastantes pesados, como si fueran reacios a hacerlo, obligó a sus pies a caminar. No lo miró y, en el fondo, Georgiana esperó que él no dijera nada, pues así estaría confirmándole sus sospechas... pero no tuvo tanta suerte.

Nunca se tenía tanta suerte al lado de ese hombre.

—No sé de qué me estás hablando. No espero a nadie.

Se negó a creerle, pero también se negó a seguir con esa conversación y demostrarle su interés.

—No importa. —Fue lo único que dijo antes de seguir su camino.

Algo debió haber delatado su tono, o quizás fue su forma tensa de caminar, porque él la retuvo por el brazo.

—Espera. ¿Con quién creías que me encontraría?

«Bonito lío en el que te has metido, Georgiana», se dijo al verse atrapada. Lo peor era que la mano del hombre sobre la piel desnuda de su codo no la ayudaba a pensar con más rapidez.

¿Para qué servían prendas como los guantes si no para aplacar las sensaciones que un solo toque provocaba?

—Solo fueron suposiciones —dijo. En parte no era mentira—. No me voy a creer que vino persiguiéndome.

«Cállate, Georgiana, solo estás alargando la conversación».

Pero era muy tarde.

—¿Por qué no? ¿Tan difícil de creer es que quería verte a solas? Creo que la última vez que nos vimos quedaron muchas cosas sin aclarar.

No fue intención de Alec sacar a colación de manera tan brusca el tema que le interesaba, pero tampoco vio una manera más suave de introducirlo. Llevaba queriendo hablar con ella desde hacía días, pero no había encontrado la manera porque ni él mismo sabía muy bien qué decir. Estuvo debatiéndose por mucho tiempo si era solo lujuria lo que sentía por esa mujer, y llegó a la conclusión que la lujuria no conllevaba mirarla cada vez que sentía su presencia, admirar cada detalle en silencio, o las ganas incesantes de protegerla, como cuando su reputación se vio amenazada por aquel hombre irritable.

No, era algo más, y Dana se había encargado de confirmárselo.

—Veo que mis advertencias cayeron en saco roto, Alec —le había comentado la viuda, colocando una mano sobre su hombro—. Pero no te puedo culpar si hablamos de la diosa de la belleza que, además, toca como los ángeles.

Alec había sonreído ante los adjetivos que le quedaban de maravilla, y tan obnubilado estaba que tardó en interpretar la primera frase. Su semblante cambió bruscamente, e iba a decir algo cuando la mujer, con una risa, lo hizo callar.

—No, no digas nada que pueda ser utilizado en tu contra. Solo puedo desearte suerte. —Fue lo que dijo antes de dejarlo.

Alec supuso a que se refería, pero había querido confirmarlo, así que la invitó a bailar.

La mujer, sin tapujos, le dijo:

—Te has enamorado. Y no, no intentes negarlo —advirtió al ver que iba a replicar—. Las mujeres, al menos las que tenemos experiencia, sabemos ver ese tipo de cosas.

Él había considerado seriamente las afirmación. De hecho, hasta ese mismo momento seguía haciéndolo. ¿Podía ser, acaso, que ella tuviera razón? Pero ¿cómo era posible? Jamás fue su intención fomentar un acercamiento. Sin embargo, de manera inconsciente, surgió. Surgió cuando el deseo apareció. Surgió cuando vio que la dama de invierno no era tan fría, sino que tenía sentimientos, preocupaciones y mucha, mucha presión sobre ella. Desde entonces, la verdadera imagen que se hizo de ella, sumada al sentimiento de que le debía algo, parecieron actuar en su contra, formando una nueva perspectiva; abriendo nuevas posibilidades.

Pero ¿de verdad se había enamorado? ¿No podía ser algo más? ¿Cómo distinguía qué era, en realidad, amor?

—No sé a qué cosas se refiere —habló Georgiana, sacándolo de sus pensamientos.

—Estoy seguro de qué sí.

—Debo irme —insistió ella, intentado zafarse. Parecía... desesperada—. No conseguiré marido aquí afuera.

La frase rompió algo dentro de Alec, y si antes le molestaba esa insistencia, ahora lo hacía más: como si ser consciente de que había algo más profundo de por medio desarrollara los instintos de posesión más salvajes.

Él no era así, jamás lo había sido, pero tal parecía que se había vuelto alguien diferente.

—¿Sigues con la idea? —preguntó, intentando no mostrar ni una cuarta parte de sus emociones—. ¿No has pensado ni un poco en lo que te dije? ¿Ni siquiera después de...? —Se calló, no muy seguro de continuar.

Georgiana, por su parte, enrojeció, pero no supo si de vergüenza o de rabia. ¿Cómo se atrevía a insinuar que ella debía cambiar de opinión por eso cuando para él aquel momento no significó nada? ¿No había bailado y sonreído a la viuda, y probablemente reanudado su vieja relación también?

Recordó que la última vez que pensó en eso él había asegurado que no era así, que todo había terminado entre él y Dana Adkins, pero verlos de nuevo juntos en varias ocasiones había sembrado la duda. Lo más probable era que él le hubiese mentido en aquella ocasión y ella le hubiera creído por tonta. Pero ya no importaba. De todas formas, sentir algo por ese hombre debía ser descartado. Su familia no lo aprobaría, y el escándalo mancharía su impecable apellido.

Ni siquiera sabía por qué estaba tan molesta.

—¿Ni siquiera después de qué? —preguntó con tono helado, tan frío que nadie hubiera dudado del apodo que se le adjudicaba—. Creo que ambos estamos de acuerdo en que no significó nada y no fue más que un momento de debilidad.

Sus palabras tuvieron tal efecto en él que, por un efímero momento, ella quiso retirarlas. Él la soltó y su semblante se transformó en uno sombrío.

Maldita fuera. ¿No se suponía que debería estar feliz? Al menos le había quitado un posible cargo de conciencia de encima. Quizás solo le molestaba que ella no hubiera caído en sus encantos... ¿Podía ser?

—Un momento de debilidad... —repitió él, haciendo eco de sus palabras con la misma frialdad—. Supongo que puede llamarse así.

Oír la confirmación de sus sospechas rompió algo dentro de ella, pero acostumbrada a mantener siempre el temple, no lo demostró. Dio un giro brusco, dispuesta a regresar a la fiesta, pero por la confusión interior que tenía pisó el fajo de su vestido y trastabilló, intentando mantener el equilibrio. Cayó hacia delante y se sostuvo del cuerpo que miraba, distraído, un punto indefinido, causando que este, al no estar alerta, cayera también hacia atrás.

—¡Maldita sea! —exclamó Alec cuando sintió el golpe en la columna. Si seguía así terminaría lisiado. Al menos no había caído encima de los rosales, que estaban a escasos centímetros detrás de él.

Georgiana, por su parte, cayó justo encima de él y, para aumentar su mala fortuna, uno de sus rizos se enredó con el tallo de uno de los rosales. Moviéndose para que sus manos pudieran alcanzar el nudo e intentar deshacerlo.

No se percató que, en el proceso, había terminado a horcajadas sobre él.

—Georgiana... —dijo Alec, intentado atraer su atención—. Tienes que levantarte.

—Un momento —dijo ella, concentrada en desenredar su cabello sin arruinar por completo el exquisito peinado.

—Georgiana, en serio, escucho...

—Un momento —interrumpió ella con impaciencia.

—Georgiana... —probó él una vez más, pero era muy tarde: jadeos horrorizados inundaron todo el jardín justo en el momento en que ella terminó de desenredar su cabello.

Cerró los ojos, negada a afrontar la realidad.

Ahora era plenamente consciente de que estaba a horcajadas encima de un hombre en pleno jardín. Cuando por fin los abrió y subió la cabeza, se encontró con la nada sorprendida mirada de Dereck.

—Supongo que esta vez no puedo decir que esto no es lo que parece —dijo, haciendo esfuerzos magnánimos por mantener la calma. No sabía cuántas personas estaban presenciando la escena, pero en esa ocasión, no era solo su hermano.

Dereck negó con la cabeza. Estaba tranquilo; demasiado tranquilo.

—Odio el apellido Allen —declaró en un murmullo.

—Es una lástima —replicó su hermano—, porque creo que ahora será el tuyo.

«No pierdas la compostura, Georgiana, no pierdas la compostura».

Capítulo 15

Una semana. Ese era el tiempo que le quedaba a Georgiana de libertad, en el que solo pudo pensar en las irónicas palabras de la gitana cuando dijo que el matrimonio y el escándalo llegarían juntos y de la mano. Se dijo con sarcasmo que Clarice y Edwin Allen podían ir preparándose para sus corazones rotos, porque aquella mujer era una verdadera bruja.

No recordaba cómo había podido enfrentar a las aproximadamente cinco personas que los habían descubierto en aquella posición tan poco ortodoxa y demasiado comprometedor, pero sí se acordaba a la perfección del regaño que le dio su madre esa noche.

Estaba tan molesta que Georgiana casi temió que la golpeará.

—¿Cómo has podido arruinar tu futuro de esta manera? ¿Cómo se te ha ocurrido manchar de esta forma nuestro apellido? ¡Es un Allen, Georgiana! ¡Un Allen!

—Yo creía que era solo un hombre —había replicado.

Georgiana sabía que no era el mejor momento para ponerse sarcástica, pero su estado de cansancio por lo sucedido era tal que de lo que menos tenía ganas era de aguantar una reprimenda.

Su madre había levantado la mano como si quisiera abofetearla, pero al final solo dijo:

—Tu padre estaría muy decepcionado.

«Como si no lo supiera», pensó Georgiana, quien había decidido desconectar a partir de ese momento su mente de todo. No quería pensar en nada. Al fin y al cabo, ya sabía lo que se le avecinaba, y no podía asegurar que fuera felicidad.

Con la cabeza recostada cerca de la ventanilla, apartó un momento la vista del camino de regreso a Londres para mirar a sus familiares. Dereck se encontraba muy concentrado en un periódico mientras lady Londonderry miraba con gesto adusto por la otra ventanilla. Al contrario de su hermano, que parecía haberse tomado bastante bien lo de la boda, su madre seguía sin dar su brazo a torcer. Georgiana no sabía quién se encargaría de organizar el matrimonio, porque dudaba que su progenitora se dignase a asistir.

Se preguntó cómo se estaría tomando el novio la situación. Dereck le comentó que, cuando habló con él, no parecía en lo absoluto acongojado, aunque Georgiana supuso que se debía a la resignación. Sin duda debía estar molesto por haber sido privado de la oportunidad de casarse en un futuro con la viuda, y en caso de ser así, sería exclusivamente culpa de su apellido.

Georgiana se sentía algo tonta echándole la culpa a un apellido, pero tenía que admitirlo: de todas las situaciones comprometedoras en que se podía encontrar a una pareja, jamás se había escuchado que una dama acabara a horcajadas de un caballero. Demasiada mala suerte para ser creíble. Era definitivo: la maldición que rondaba su apellido era real, y lo peor era que pronto ella lo llevaría.

—En el lío que te has metido, Alexander Allen —le dijo Richard cuando la familia pisó Londres—. ¿Puedo saber cómo terminaron en esa situación?

—No —respondió Alec, cortante—. Y no interesa, de todas formas.

—Supongo que ya no —concordó Julian—. ¿Sucede algo más? —preguntó al ver que su hermano parecía demasiado distraído—. No creo que sea tan malo. Quiero decir... No creo que ella sea como dicen; después de todo, salvó a tus dos hermanos de tamaño escándalo.

—También son *tus* hermanos. Negarnos no va a cambiar el hecho —recordó Richard, y luego se giró hacia Alec—. Y creo que Julian tiene razón, nunca se sabe por qué pasan las cosas. Quizás todo termine bien.

Alec negó con la cabeza. El temor al futuro podía suponer una parte del problema, pero no todo. ¿Cómo les explicaba que temía haberse enamorado? Ese era el verdadero problema, pues la famosa dama de invierno ya había dejado claro que no era capaz de sentir nada más que indiferencia. Recordaba con amargura sus últimas palabras antes del incidente y todavía sentía el escozor del golpe invisible. Tal vez fue ahí cuando cayó completamente en la cuenta de que se había enamorado: cuando el dolor por sus palabras sobrepasó toda lógica.

¿Cómo pudo haber sido posible?

No dijo nada más y sus hermanos entendieron que era mejor no insistir en el tema.

—Bien, ya que no creo que lady Londonderry esté muy animada para organizar la boda, creo que debería preguntarle a lady Richmond si desea hacerlo.

—Informarla de que va a haber boda, querrás decir —corrigió Richard—. Te tendrá todo listo en dos días.

Los hermanos se carcajearon y pidieron a la condesa que mandara una nota a su antigua tutora.

Apenas pisaron suelo londinense, Georgiana fue consciente de todos los chismes que rondaban a su alrededor. Desde la visita a la modista para el encargo de un vestido decente y un ajuar hasta en un paseo por el parque para despejarse, se escuchaban comentarios sobre su futura boda. Algunos carecían completamente de discreción. Unos se mostraban sorprendidos, otros reprobaban su comportamiento, pero todos, absolutamente todos, se gozaban su mala fortuna. Esa era la ley de la sociedad: disfrutar cuando un privilegiado miembro caía en desgracia. Si consideraban que el apellido que tanto tiempo se había mantenido intacto ahora estaba manchado por «la desenfadada lujuria» de uno de sus portadores, todo era más jugoso aún.

Georgiana intentó no hacer caso de los comentarios malintencionados, y cada vez que aparecía en sociedad, lo hacía con la cabeza en alto y los hombros rectos, haciendo saber a todo el mundo que la orgullosa lady Georgiana Brich no se amedrentaba ni se amedrentaría aunque fuera de conocimiento público que hasta le habían retirado su pase a Almack's.

Del novio no supo nada hasta dos días después de haber llegado a Londres, es decir: cuatro días antes de la boda, cuando los condes de Granard invitaron a su familia a cenar.

Por primera vez en toda su vida, Georgiana se sintió algo nerviosa por volverlo a ver. Se preguntó cómo sería su reacción y temió un momento incómodo. Su madre, por supuesto, no quiso ir. De hecho, estaba demasiado extraña, muy pensativa. Incluso llegó a pensar que tramaba algo.

—Mi madre manda sus más sinceras disculpas —dijo Georgiana cuando los condes de Granard la recibieron en la puerta—. Un malestar la aquejó esta noche.

—Y no duden que ese mismo malestar la aqueje el día de la boda —añadió Dereck ante el asombro de su hermana—. Querida, creo que las disculpas están de más cuando ya todos sabemos la verdadera situación.

Georgiana musitó algo por lo bajo sobre la educación, pero no reprendió a su hermano en voz alta, siendo el principal motivo que sus ojos se habían quedado prendados en la figura que en ese momento se acercaba para cumplir con las respectivas presentaciones. Georgiana fue muy consciente de que intentaba esbozar una sonrisa cordial, pero no lo consiguió. No estaba de su humor habitual, y ella amargamente deducía el porqué.

Pero si se atreviera a culparla...

—Lady Georgiana... —saludó, tomando su mano y depositando un beso que, al contrario de las otras veces, pareció frío.

Georgiana se preguntó dónde había quedado la calidez de su mirada y de su tacto cuando la saludaba, y se respondió que quizás juntos con sus esperanzas frustradas de casarse con la viuda...

¿Por qué diablos le importaba eso?

—Señor Allen —respondió, inclinando su cabeza.

Dereck y Alec se saludaron con cordialidad. Para tener frente a sí a la persona que había arruinado la reputación de su hermana y cualquier expectativa de matrimonio, su hermano no se comportaba como alguien rencoroso. Al contrario: mostraba más calidez que el mismo señor Allen en ese momento.

—Pasemos al salón, por favor. La cena será servida dentro de poco.

Los hermanos Birch asintieron y los siguieron al salón principal, donde el resto de los invitados charlaban animadamente. La señora Arleth Allen, esposa de Richard Allen hablaba con lady Coventry, mientras el esposo de esta fingía estar prestando atención a la conversación. Por su lado, los mellizos Allen, que al parecer también cenarían con ellos, estaban en una esquina del salón hablando en voz baja, como si maquinaran algo que esperaba que no estuviera relacionado

con ella.

—Lady Georgiana —saludó Lord Coventry, poniéndose de pie cuando la vio entrar. Ella pensó en lo irónico que era eso: compartir mesa con su antiguo prometido, que al final se había casado con la que ahora sería su cuñada.

Ese tipo de cosas no le pasaban a alguien normal.

—Espero que no les moleste que mis hermanos menores se encuentren presentes, temo que ha sido imposible dejarlos fuera —comentó lord Granard con el tono típico de una persona que se preguntaba por qué le habían dado hermanos.

—No exageres, Julian. Eres tú el que dará una mala impresión —dijo Clarice , [\[Office25\]](#)sonriendo a Georgiana—. Mi hermano cree que no sabemos comportarnos.

—No se ha dado cuenta de que hemos madurado —añadió el mellizo.

—Ya no volvemos un caos las cenas —continuó la joven.

—Al menos, no cuando hay visitas —concordó Edwin.

Georgiana solo pudo elaborar una mueca que pretendió ser el esbozo de una sonrisa.

—Milord, la cena ya está lista —anunció el mayordomo.

Dereck, el muy canalla, decidió que era un momento oportuno para soltar su brazo y ofrecérselo a lady Clarice. La melliza arrugó el ceño hasta que comprendió los motivos y, con una risa traviesa, lo aceptó y del otro lado se colocó el mellizo.

Georgiana quiso resoplar en voz alta, pero nuevamente la educación se lo impidió y la obligó a aceptar el brazo que Alexander Allen, también por educación, le ofreció. Sus miradas se encontraron y se sostuvieron por varios segundos, pero tercas como sus portadores, se negaron a transmitir algo.

Desviándola casi al mismo tiempo, iniciaron el recorrido hacia el comedor.

La cena representó toda una novedad para Georgiana. Acostumbrada a cenas frívolas y conversaciones iguales, la simpatía que mostraban todos los miembros de la familia al hablar se le hizo un poco extraña. Las bromas eran constantes y se burlaban los unos de los otros sin remordimiento. Incluso lord Coventry, al que recordaba como un hombre educado en su mismo mundo, parecía relajado en compañía de la familia y contribuía con algún que otro comentario de vez en cuando. Su mismo hermano se veía como si estuviera en su ambiente, lo que provocó que ella se sintiera a cada momento más incómoda.

—¿Estás bien? —le preguntó Alec, sentado a su lado.

Georgiana asintió y tomó un sorbo de la copa de vino que hasta ese momento había estado intacta. Se sorprendió al ver que no había sido diluida en agua.

—No tenemos esa costumbre —informó él, como si le leyera la mente—. No creo que una copa de vino haga perder el control de una dama.

—Otros anfitriones no se arriesgarían. ¿También se la han dejado intacta a sus hermanos? —

indagó, curiosa, mirando a los mellizos.

—No. Con ellos si preferimos no arriesgarnos. Además: todavía son muy jóvenes.

—Y yo estoy vieja —comentó ella, pero no con sorna; más bien era una especie de broma que le sorprendió a sí misma, como si estuviera volviéndose en concordancia con el ambiente.

Él esbozó una sonrisa.

—Yo juraba que una mujer jamás admitiría eso en voz alta.

Georgiana camufló la sonrisa que pugnó por salir de sus labios tomando otro sorbo de su copa, y desvió nuevamente la vista a la comida.

La cena prosiguió con normalidad, y ella cada vez se sentía más relajada, no sabía si porque eso era lo que inspiraba la familia o por el vino al que no estaba acostumbrada a beber en su estado puro.

Cuando estaba a punto de finalizar, Richard Allen, con el característico tono irritable por el que era conocido, comentó:

—¿Cómo se prepara para formar parte de la familia con el apellido maldito, lady Georgiana?

Para ser alguien dedicado a la política, la prudencia no era una de sus cualidades. Alec le dirigió una mirada de advertencia, y su esposa, a su lado, le dio un codazo disimulado, pero él no hizo más que esperar su respuesta.

—No creo en maldiciones. —Fue lo único que respondió—. No creo en ese tipo de cosas en general.

—Lo mismo le dije a la gitana y ya ve... —intervino Clarice, sonriendo con inocencia cuando Georgiana le dirigió una mirada helada. Por suerte, ninguno de los Allen se atrevió a preguntar a qué se refería la melliza.

—Le aseguro que está maldito —insistió Richard Allen—, aunque admito desconocer cuál es la afamada maldición. Julian ¿por qué no la cuentas?

—¿Por qué afirmas que la sé? —replicó lord Granard—. La verdad es que no tengo ni la menor idea. Padre nunca hizo más que mencionarla sin profundizar en detalles.

—¿Acaso aquí nadie sabe cuál es la maldición? —preguntó incrédula Clarice Allen.

—Qué malos descendientes somos —opinó Edwin—. Se supone que esas son cosas que estamos obligados a saber para contarla en el futuro a nuestros hijos.

—Angeline, querida, ¿tampoco la conoces tú? —interrogó lord Coventry a su esposa, quien después de sonrojarse un poco, contuvo las ganas de darle un codazo a su marido, que claramente se estaba burlando de algo que solo ellos conocían.

—No tengo la menor idea.

La conversación no siguió más por esos lares y la cena culminó con tranquilidad. Los caballeros decidieron tomar una copa en el despacho de lord Granard mientras las damas se quedaban conversando en el salón y los mellizos se iban a su cuarto. Todas las mujeres la trataron

con absoluta amabilidad, incluso lady Angeline, quien intentó fomentar una especie de amistad. Georgiana seguía sin poder creerse que esa mujer, que fue el comienzo de sus desgracias, fuera a volverse su cuñada.

Cuando lady Granard sacó a colación con cuidado el tema de la boda, Georgiana se excusó y dijo que deseaba ir al servicio. La anfitriona, amablemente, se ofreció a acompañarla, pero ante la negativa de la mujer, solo le indicó el camino. Así pues, salió del salón queriendo pensar lo menos posible en ese matrimonio que ya sabía que estaba organizando la duquesa de Richmond, antigua tutora de lady Granard y conocida por toda Inglaterra por tener afición a las bodas.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Georgiana, distraída, se sobresaltó y detuvo en seco su andar. No se había alejado mucho del salón, se percató, por lo que el hombre debía de haberse dirigido ahí.

—Por supuesto.

—¿En el jardín o la biblioteca?

—Biblioteca —respondió con rapidez.

Empezaba a odiar los jardines.

Alec asintió y la guio a la biblioteca. Cuando llegaron, cerró la puerta y se recostó en ella. No dijo nada de inmediato, sino que la observó de una manera extraña. Ella le sostuvo la mirada. Aunque en varias ocasiones se sintió tentada de desviarla por no poder soportar su intensidad, no lo hizo.

—Quiero pedirte disculpas —dijo él al final, y antes de que ella pudiera preguntar el motivo, explicó—: Por todo, pero específicamente por la situación en la que nos encontramos ahora.

—No veo cómo pueda ser eso tu culpa.

En realidad sí lo veía, pero para mantenerse mentalmente estable, Georgiana prefería no pensar en que su futuro apellido estaba maldito.

Alec esbozó una sonrisa.

—No mía propiamente, pero sí sabes a lo que me refiero.

Ella contuvo un resoplido.

—¿Sabe lo ridículo que suena que le echen la culpa a un apellido?

Él se encogió de hombros.

—Pero es la verdad —se defendió.

—¿Eso era todo?

—Eh... Sí... No, en realidad no —dijo, y se acercó un poco a ella. Por cada paso, Georgiana retrocedía dos hacia atrás, temiendo por la reacción ante su cercanía. Cuando chocó contra un mueble, le pareció de mala educación rodearlo para seguir alejándose, así que se quedó ahí, viendo cómo él se acercaba hasta que la distancia que los separaba era ridícula. No obstante, eso no parecía un inconveniente para él—. De verdad lo siento, pero ya que no se puede hacer nada

para remediarlo, me gustaría que... No sé, intentemos llevar todo lo mejor posible.

A Georgiana le pareció una petición bastante razonable y asintió sin pensarlo. Sin embargo, notó que el tono con el que formulaba la propuesta seguía careciendo de la calidez habitual que ella empezaba a extrañar.

Se reprendió por eso.

—Es buena idea —concordó—. Lo dos hemos salido afectados, después de todo.

«¿Por qué con sorna, Georgiana, por qué?», se reprochó al escuchar su propio tono.

Él arrugó ligeramente el ceño, pero terminó asintiendo, aunque por motivos muy distintos a los que Georgiana creía.

—Supongo... Prometo intentar hacerte feliz. —Colocó, por instinto, una mano en su mejilla. Ella al principio no la apartó, deleitándose por unos segundos con el contacto y la dulzura que esta vez sí imprimió a su voz.

¿Por qué se tenía que mostrar tan dulce de pronto? ¿No se daba cuenta de que bajaba sus defensas con rapidez? No solo por su tono, ni por la caricia, sino por las palabras... ¿Quién habría dado tanto poder a las palabras? ¿Cómo podían ser capaces de poner un mundo de cabeza o volver a la cabeza un mundo de pensamientos? [\[Office26\]](#) En ese preciso instante, Georgiana creyó en la completa sinceridad de estas, pero no pudo dejar de clavársele la espina de los celos, esa que le recordaba que quizás él solo se había resignado y quería hacer todo más llevadero, al menos hasta la boda. Después... Dio un brusco paso hacia atrás, empujando el mueble consigo, cuando una posibilidad se le vino a la mente.

¿Pensaría mantener a la viuda de amante mientras estaba casado? ¿Le importaría eso a ella?

Georgiana siempre fue consciente de que esa sería una posibilidad más que probable después de que se casara. Con quien fuera. Su madre le mencionaba constantemente que era algo normal en los hombres y que una buena esposa jamás sacaba el tema a colación o lo recriminaba por **ello**. Podía decirse que, aunque le pareciera degradante, se había mentalizado para eso, por ende, no debería estar molestándole tanto esa posibilidad como en ese momento.

¿Era normal?

Alec, tomando su retiro como un rechazo, se alejó un paso.

—Georgiana...

—Creo que ya deberíamos saber que es mejor no hacer planes a futuro —dijo, queriendo salir de ahí—. Mejor que sea lo que Dios quiera.

Dicho eso, se escabulló y regresó al salón. Escuchar los planes para la boda ya no pintaba tan mal.

Necesitaba un respiro.

Al día siguiente, Georgiana ya había comprobado lo eficiente que podía ser la duquesa de Richmond a la hora de organizar una boda. Fue a visitarla por la mañana y podría decirse que la atosigó con preparativos por incontables horas. Faltaban tres días para la boda y Georgiana no sabía cómo la mujer se planteaba conseguir todo lo que había planeado, pero prefirió no involucrarse mucho en el asunto pues solo la conversación la había dejado mentalmente agotada.

Por la tarde decidió dar un paseo con su doncella por Hyde Park para distraerse, y lo estaba consiguiendo hasta que escuchó a una voz femenina decir:

—Querida lady Georgiana, permítame felicitarla por su reciente compromiso. Fue toda una sorpresa.

Antes de girarse, Georgiana pensó amargamente que aún no tenía el apellido, pero ya habían comenzado los disgustos.

Capítulo 16

«Educación ante todo, Georgiana: educación ante todo».

Con una sonrisa tan forzada como le habían enseñado años de práctica, Georgiana se giró hacia la viuda Adkins y respondió:

—Querida señora Adkins, muchas gracias. Supongo que supuso una sorpresa para todos.

—Ni imagina cuánta, lady Georgiana, no imagina cuánta. Pero ¿cómo no serlo? Su situación fue bastante... excepcional.

¿Las normas de la educación aplicaban cuando la otra persona no las seguía?, se preguntó Georgiana. Cada vez le costaba más mantener la sonrisa; ya empezaba a temblar por el esfuerzo.

Observó a la mujer para ver si sus palabras cargadas de veneno podían obedecer a los celos o la rabia por haberle robado un prospecto de marido, pero su cara no delataba más emociones que la indiferencia. Quizás, pensó con cierto indicio de amargura, los sentimientos no fueran recíprocos y a ella no le interesara tener una relación más allá de... *eso*. En ese caso, seguir siendo amantes después de la boda no les supondría un inconveniente.

«Eso no te interesa, Georgiana», se repitió. Se dispuso a poner fin a la conversación, pero la mujer tenía otros planes que la sorprendieron.

—Sé que estoy pecando de antipática, querida, pero no desacredites el siguiente consejo: Alexander es una persona muy buena. Si no puedes quererlo, al menos finge hacerlo. No me gustaría que le rompieras el corazón ahora que no ha podido evitar enamorarse.

Las palabras de la joven viuda surtieron el mismo efecto que si le hubieran echado agua fría encima. Dio un paso hacia atrás, como si eso mejorase la comprensión de la oración, pero aún así pasó bastante para que estas quedaran totalmente asimiladas.

Cuando pudo recomponerse un poco, miró a los lados para asegurarse de que nadie les estuviera prestando mucha atención y, en efecto, era así: las personas las ignoraban y su doncella estaba a una distancia prudencial.

—¿Te han sorprendido mis palabras? —dijo la viuda con verdadero asombro—. Pensé que lo sabías. Sinceramente, te tenía como el tipo de persona que se da cuenta rápido de esas cosas, y que lo provoca porque disfruta teniendo corazones a su merced.

Si la situación no fuera tan seria, Georgiana hubiera tenido tiempo para sentirse verdaderamente ofendida, pero puesto que su mente aún trataba de encontrarle sentido a las frases anteriores, lo obvió por esa ocasión y pensó con detenimiento qué responder.

—Creo que se encuentra usted en un error —dijo al final con toda la calma que pudo reunir.

—No, querida, no. Yo sí me doy cuenta de ese tipo de cosas —afirmó la viuda.

—Pero él está enamorado de... Es decir, hace poco.. —Georgiana se calló cuando se dio cuenta de que estaba actuando como una tonta, y se reprendió por dejar que la sorpresa hubiera actuado en su contra.

—¿No me diga, lady Georgiana, que creyó que seguíamos juntos? Estoy segura de que tiene más inteligencia de la que me está mostrando en este momento. Lo nuestro se acabó hace tiempo y estoy bastante segura de que usted lo sabe porque cuando se me acercó aquella noche deseaba conocer el motivo.

Por primera vez, Georgiana dejó que su rostro mostrara toda la sorpresa que sentía.

—Desconozco los motivos por lo que quería saberlo y no me interesa conocerlos. Pero no intente negarlo.

Georgiana guardó silencio, barajando la mejor jugada. Podía irse y hacer gala de una mala educación dejando a la mujer con la palabra en la boca... o podía continuar excavando un terreno peligroso en un lugar público.

—¿Por qué me dice todo esto? —preguntó al final con voz templada.

—Ya se lo he dicho. Alec me parece una buena persona y no quiero que al final se amargue por un amor no correspondido. ¿Le costaría mucho, dama de invierno, mostrar un poco de calidez con ese pobre corazón?

Nuevamente, Georgiana optó por ignorar el insulto.

—¿Por qué no aceptó su propuesta de matrimonio, entonces? —inquirió, sabiendo que esa pregunta le hubiera valido un buen regaño de su madre o de alguna de sus antiguas institutrices por imprudente y maleducada. Pero no se podía ser discreta cuando la otra parte hablaba con la más brutal sinceridad.

La viuda sonrió.

—Porque no hubiésemos sido felices. Primero, yo no lo amo y él no me amaba, era solo un capricho que pronto pasaría. Segundo: llega un momento en la vida en que, cuando obtienes la libertad, no deseas desprenderte de ella. Me gusta mi vida tal y como está, sin hombres ni compromisos. Ni siquiera lamento no haber tenido hijos. Nada se compara con la dicha plena de la libertad.

»Verás... Cuando estuve casada me sentía atada, encerrada como un pajarillo al que tienen en una jaula. No estoy diciendo que el matrimonio sea eso para todos, sino que siempre fui un alma libre: creo que nunca quise un verdadero compromiso, y la sociedad y mis padres me obligaron a ello. Por supuesto, lamento la muerte del señor Adkins, pues le llegué a tomar cierto afecto, pero aprecio mi situación actual y no quiero encadenarme de nuevo si no tengo la certeza de que valdrá la pena. Alec actuó también como un buen amigo durante estos dos años, y le he tomado **cariño**. Por eso lo que te digo. Piénsalo, no pierdes nada.

Dicho eso, la mujer se fue dejando a una Georgiana anonadada en mitad del parque.

Cuando Georgiana regresó a su casa, las palabras de Dana Adkins aún hacían eco en su cabeza, como fantasmas que no dejarían de atormentarla hasta que llegara a una decisión definitiva.

¿Estaba enamorado de ella? ¿Era cierto, o la viuda simplemente tenía una impresión equivocada? No creía que le hubiese mentado, habló con demasiada sinceridad para no ser real, pero podía estar confundida. Él no pudo haberse enamorado de ella.

¿Cómo?

Recordó lo frío que se había comportado después de aquella pelea en el jardín. Georgiana había supuesto que se debía a que le habían echado la soga al cuello, pero pensándolo con detenimiento, se cuestionó si no se debía a que ella había afirmado que lo que sucedió no significó nada, pues había sido después de esas palabras cuando el rostro del hombre se desfiguró para volverse una máscara fría que bien podía haber ocultado dolor.

—No puede ser —musitó sintiéndose culpable y, además, tonta por haber permitido que el orgullo herido tomara posesión de sus acciones.

Se preguntó qué haría a partir de entonces, y las palabras que antes había ignorado de la viuda volvieron a resonar causando que algo dentro de sí se comprimiera.

«¿Sería capaz, dama de invierno, de mostrar un poco de calidez a ese pobre corazón?».

Temió responder a la pregunta.

No era que Georgiana no creyese en el amor, sino que para ella se presentaba como un sentimiento un tanto absurdo. Sus padres (en especial su madre) siempre se lo decían, e incluso podía afirmar que le sembraron cierto temor al respecto, repitiendo constantemente que el que se enamoraba salía herido, pues el sentimiento no era duradero y pocas veces recíproco. Ella misma había visto las consecuencias.

Puesto que jamás se había sentido atraída con una magnitud especial hacia alguien, no podía afirmar la veracidad de esas palabras, pero aunque sonara extraño, nunca necesitó confirmarlo. Los mismos años habían enseñado, con el tiempo, que era mejor mantener los sentimentalismos de lado, pues cuando estos intervenían, ya dejabas de ser tú el que manejaba tus pensamientos y te volvías muy susceptible al dolor.

Por otro lado, el amor maravilloso, hermoso, único y especial era algo que se pintaba tan inverosímil que no se veía capaz de sentirlo. No sabía cómo explicarlo, y podía ser que su frialdad fuera el motivo, pero Georgiana no concebía sentir algo tan profundo por una persona, quedar a su entera disposición y que su estabilidad mental y emocional dependiera de esta. Admitía que, en lo que se refería a Alec, sucedía algo extraño y especial que incluso podía rayar en el afecto e iba más allá de la atracción, pero de ahí a llegar a ser amor... No podía jurarlo.

El temor a hacerle daño se instaló como una preocupación en su mente.

No debería, se dijo. Ella no había hecho nada para propiciar esa situación, pero aún así sintió un poco de culpa. Podía hacer lo que sugirió la viuda: fingir cariño, pero eso le parecía aún más

bajo y muy cruel. No llegaría a ese extremo, y que Dios decidiese lo que habría en su futuro... además de problemas, claro.

Por primera vez estaba deseando que fueran ciertas las palabras de la gitana.

Cuando llegó a casa, fue directamente a la habitación para llamar a su doncella y deshacerse del traje de paseo. Al entrar, se encontró una sorpresa: su madre, sentada en la silla del tocador, se frotaba las manos, nerviosa.

Alzó con la cabeza al verla entrar.

—Madre... —dijo Georgiana, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Deseaba algo?

—He encontrado la solución perfecta —manifestó lady Londonderry, levantándose con brusquedad—. Hasta ahora no me resigno a que nuestro apellido y el de esa familia escandalosa se unan. Me niego en rotundo y no va a suceder —afirmó con una seguridad que a Georgiana le causó miedo.

—Debe saber mejor que yo, madre, que es o eso o nuestra ruina absoluta. No solo quedará manchada yo, sino ustedes también.

Un brillo extraño apareció en los ojos de su madre, tan intenso y decidido que provocó más temor en la joven. No parecía su madre en ese momento, sino otra persona en su cuerpo.

—No si decides que, en lugar de casarte, redimirás tus pecados entregando tu vida a Dios.

La frase la dejó tan sorprendida que dio un paso hacia atrás, como si alejándose pudiera reducir el impacto de la noticia.

Su madre se había vuelto loca.

—No comprendo —replicó ella, deseando haber malinterpretado sus palabras aunque hubieran sido lo suficientemente claras para no dar lugar a equívoco.

—Te irás a un convento. Diremos a la alta sociedad que has decidido entregar tu vida a Dios porque estás muy arrepentida por tus acciones y no deseas este matrimonio. Sin duda será más comprensible que casarte con un Allen. Las novicias y hermanas al menos son respetadas.

—No debe estar hablando en serio —dijo Georgiana, analizando, patidifusa, cada una de las palabras—. Se armará igualmente un escándalo, madre. Faltan tres días para la boda.

—La gente lo comprenderá. Sin duda entenderá que es mejor eso a casarte con un Allen.

—Hablas de ellos como si fueran la peor escoria de la sociedad —reprendió con molestia—. No es así.

—Pero se acercan. ¿De verdad quieres llevar ese apellido maldito, Georgiana? ¿Vivir en escándalos y líos toda tu vida? No te educamos para eso.

Su madre estaba usando ese tono especialmente diseñado para manipular a alguien, pero ella no pensaba ceder.

—Lo prefiero. No quiero ser monja.

—No se trata de que quieras o no —dijo la condesa, autoritaria—. Lo serás e irás a ese

convento mañana así tenga que meterte a la fuerza en el carruaje. Todo esto lo hago por tu bien y pronto me lo agradecerás.

Georgiana negó con la cabeza.

—Dereck no permitirá esto —aseguró, sabiendo que su hermano jamás la dejaría encerrada en un convento en contra de su voluntad.

Lamentablemente, ese mismo día había salido de Londres para atender unos asuntos, pero regresaría un día antes de la boda. Solo necesitaba ganar tiempo. Luego verían qué harían con su madre y lo poco que le quedaba de cordura.

Georgiana nunca había sentido especial afecto por su **progenitora**, puesto que esta tampoco se lo había prodigado en demasía. Siempre se limitó a tratarla con respecto y obedecerla como se suponía que debía hacer una buena hija, pero en esa ocasión no pensaba ceder, sobre todo porque su madreno estaba pensando con claridad. Si bien era cierto que su decisión de irse a un convento podía no causar tanto asombro como su matrimonio con un Allen, sí lo haría el hecho de que se fuera a un convento y regresara casi de inmediato, pues su hermano jamás la dejaría ahí contra su voluntad.

Lady Londonderry no estaba pensando con claridad.

—Él no tiene que intervenir. Eres mi hija y yo sé qué es lo mejor para ti —afirmó la mujer con altanería—. Me lo agradecerás —repitió.

—No —dijo Georgiana, rebelándose—. No iré a ningún lado y me casaré con ese hombre porque es lo que debo hacer. Creo, madre, que es mejor que lo acepte.

—¿Planeas desobedecer a tu madre? —exclamó la mujer, intentando manipularla—. Tú no eras así, Georgiana.

—*Usted* no era así —rebató ella—. Esta es una locura a la que no pienso ceder.

—¿Prefieres manchar nuestro apellido? ¿Arruinar nuestra reputación?

—Eso no lo es todo en la vida —dijo, sorprendiéndose a sí misma.

Hacia nada lo era todo para ella. ¿Qué había cambiado?

Lady Londonderry dio un paso atrás como si la hubieran golpeado.

—Esos pensamientos no son tuyos. Él te ha manipulado la mente. Ha tenido tiempo de hacerlo, ¿no? ¿O me vas a negar que lo del jardín fue solo una causalidad y esas desaparecidas tuyas en las veladas no eran para encontrarte con él? Oh, que tonta de mí que creí todas las excusas que entre tú y tu hermano me presentasteis. No estaríamos en esta situación de haber puesto mano firme desde un principio, así quizás hubiera evitado que te convirtieras en una...

—No permitiré que me insulte —intervino Georgiana con rotundidad—, y no iré a ningún convento.

—No está en discusión. Saldrás mañana a primera hora —declaró la mujer con un brillo peligroso en los ojos—. Antes no tomé medidas, pero ahora sí, y esa boda no seguirá en pie.

Dicho eso, salió de la habitación y, para sorpresa de Georgiana, puso el cerrojo.

Intentando no entrar en pánico, Georgiana movió la manilla de la puerta solo para confirmar que la había encerrado. Luego de garantizar tan terrible acto, se dispuso a buscar la copia de la llave que siempre guardaba en su cómoda. No encontró nada. Tocó la campanilla para llamar a su doncella, pero después de media hora, supo que nadie vendría en su ayuda y empezó a desesperarse.

No podía permitir que su madre llevara a cabo sus planes porque, al final, cuando fuera rescatada, el escándalo sería magnánimo. Ya tenían suficiente con el espectáculo armado en casa de lady Pembroke para que se esparcieran los rumores de que se había ido a un convento y luego había regresado. Para entonces estaría arruinada, pues dudaba que Alec Allen quisiera continuar con el matrimonio luego de que su prometida huyera a un convento para zafarse de él.

Con la cabeza fría, miró a todos lados y analizó todas sus opciones. Tenía que salir, de eso no había duda, y aunque no quisiera hacerlo, tenía que pedirle ayuda a él. El problema era salir, pues sus únicas dos vías eran o forzar la cerradura... o la ventana. Desde luego, la primera pintaba más favorable, pero después de una interminable hora en la que casi todas sus horquillas terminaron rotas o dobladas, decidió que debía arriesgarse a posibles fracturas y usar el árbol cerca de su ventana como escape.

Acercándose a la apertura, miró los diez metros de altura que la separaban del suelo e hizo un puchero.

¿Cuándo, en sus veintidós años de vida, se imaginó que se encontraría en una situación semejante? Aunque sonara ridículo, le echaría la culpa al apellido que aún no era suyo.

Suspirando, empezó a idear un plan.

—No puede pasar, señora. La entrada a mujeres está restringida.

Georgiana apretó los puños y le dirigió al portero una mirada que bien pudo haberlo intimidado si el velo negro que cubría toda su cara no la hubiera camuflado.

Las cosas no estaban saliendo nada bien.

Vestida con uno de los atuendos que usó para el luto de su padre para no ser reconocida, Georgiana había logrado salir de una habitación ganándose unos rasguños en la bajada por el árbol. No había sido fácil, y el vestido no ayudó, pero lo había conseguido y con el poco dinero que tenía en su monedero de la salida de aquel día (pues su madre también se había encargado de desaparecer las libras que tenía en su cuarto) había pagado un carruaje hasta St. James, donde residían los condes de Granard. Sabía que el señor Allen no vivía allí, pero había guardado la esperanza de que, por azares del destino, estuviera esa noche cenando con su familia, pues de no

ser el caso, Georgiana ya suponía (correctamente) que en Albany sería más difícil hablar con él.

Albany era el lugar predilecto para los solteros acaudalados de Londres. Anteriormente había constituido la mansión de Lord Melbourne[Office27], pero ahora eran dos edificios con sesenta y nueve conjuntos en total donde aquellos caballeros que deseaban tener una vida privada podían hacerlo. El problema era que el paso de mujeres y niños estaba estrictamente prohibido, pero Georgiana no se pensaba dar por vencida. No había deseado exponerle sus preocupaciones a los condes. Primero, porque era demasiado orgullosa para exponer con naturalidad del apuro en que se encontraba, y segundo, porque sentía que solo podía decírselo a él.

Y lo haría, no tenía otra opción.

Haciendo gala de los consejos de actuación que su madre le proporcionó en sus inicios en sociedad, Georgiana soltó un exagerado sollozo y dijo, entre fingidos jadeos:

—Es usted un desconsiderado —espetó, sacando un pañuelo del bolso que llevaba y fingiendo que limpiaba lágrimas debajo del velo con él—. Mi esposo acaba de morir, no tengo a dónde ir, y me niega el derecho de hablar con mi hermano —soltó otro sollozo y el portero se echó para atrás asustado, como si ver a una mujer llorar fuera lo peor del mundo.

—Señora, entienda por favor que no puedo dejarla pasar. Dígame el número de apartamento de su hermano y yo iré a buscarlo.

Georgiana soltó un fuerte lamento, mezclado con el sonido de alguien que se sopla la nariz.

—¿Planea que le diga la noticia aquí, en medio de la calle? —cuestionó con tono ofendido, observando, divertida, cómo el hombre se ponía cada vez más nervioso—. ¿Quiere que todo el mundo me vea desmoronarme? No tiene compasión.

El portero abrió la boca, pero la volvió a cerrar como si comprendiera que era mejor no decir nada. Era un hombre de mediana edad. Vestía una librea escarlata y portaba un sombrero redondo. Las llaves mostraban su ubicación abultando el bolsillo del abrigo.

—Señora, no puedo...

—Oh, qué mal me siento —interrumpió ella, fingiendo un mareo. Se echó hacia delante y se recostó en la reja. El hombre se acercó para comprobar su estado y ella aprovechó para meter la mano entre el hueco de la reja y acercarla a su objetivo. Luego apoyó la otra mano en el hombro del portero y fingió incorporarse—. Conjunto 62 —dijo al final entre sollozos—. Ahí vive mi hermano.

El portero arrugó el ceño.

—Ese conjunto está vacío, señora.

Claro que lo sabía; Dereck había mencionado hacía poco su intención de alquilarlo.

—¿Insinúa que soy una mentirosa? —jadeó, provocando que el hombre se apresurara a negar.

—No, señora, claro que no, solo que...

—Estoy segura que esa es la dirección de mi hermano. Vaya y dígame que su hermana, la señora

Carling, desea verlo.

Al ver que el hombre dudaba, soltó otro fuerte sollozo.

—Vuelvo en un momento —dijo, y se apresuró a ir.

Con una sonrisa que el velo ocultó, Georgiana abrió la reja una vez lo vio desaparecer y se dispuso a ir al conjunto que le interesaba, no sin antes dejar las llaves en el suelo como si se hubieran caído ahí.

Sabía cuál era el conjunto de Alec porque, en la cena, su hermano se lo había preguntado. Por suerte no se topó en el camino con nadie que pudiera cuestionar o delatar su presencia allí, y cuando llegó al lugar deseado, tocó a la puerta.

Fue el mismo Alec quién abrió. Lucía un aparienciadesenfadada, con el chaleco abierto y las mangas de la camisa desabotonadas. Georgiana intentó no quedarse prendada de su aspecto.

Ante la mira sorprendida de él, se alzó el velo y dijo, con tono sarcástico:

—Estoy en problemas.

Capítulo 17

Alec tardó un minuto exacto en recuperarse de la sorpresa y alejarse un poco para dejarla pasar.

Estaba estupefacto. No solo porque ella estuviera ahí, sino porque hubiera conseguido entrar a los conjuntos. El paso de mujeres estaba totalmente prohibido y era muy difícil burlarlo; sobre todo si se trataba de una persona como Georgiana, que llamaba la atención a cada paso que daba... aunque en ese momento llevara un horrendo vestido negro.

Antes de que pudiera preguntar el motivo de su inesperada visita, ella abrió la boca y, con su característica calma, explicó:

—Mi madre quiere llevarme a un convento y necesito que me des refugio hasta que mi hermano regrese en dos días.

Él tardó unos segundos en asimilarlo.

—¿Un convento? —Fue lo único que repitió al final—. ¿Por qué?

Georgiana se frotó las manos en su regazo, incómoda, pensando en cómo decirlo sin que pareciera un insulto.

—Pues... eh... Digamos que ha tenido un ataque de histeria por nuestra boda, pero eso no importa. Lo importante es que necesito estar lejos hasta que mi hermano regrese y me ayude a hacerla entrar en razón.

Él sopesó un momento sus palabras, intentando que estas sonaran lógicas a sus oídos.

—Georgiana... Aquí no permiten la entrada a mujeres, ni siquiera de servicio. ¿Cómo has entrado?

—Me las ingení. ¿Me vas a ayudar, o no? Esto en el fondo es tu culpa.

—¿Mía? ¿Qué tengo que ver yo con que tu madre haya perdido el juicio?

—Mi madre no está loca —acotó ella—, solo un poco histérica. Y sí, es tu culpa y de tu apellido que empieza a atormentarme de nuevo.

Él no supo si sonreír o resoplar. En realidad tenía razón.

—Está bien, pero creo que será mejor que te quedes con Julian y Zafiro...

—No —cortó ella—. Si me quedó allí habrá más posibilidades de que se corra el rumor, y creo que ya he tenido suficientes escándalos en mi vida como para agregar el de que hui de casa sin justificación.

—¿No te parece un escándalo quedarte en la residencia de soltero de tu prometido y sin ninguna carabina?

—Aquí hay menos posibilidades de que me descubran. Solo será esta noche y mañana. Cuando

Dereck regrese, lo traerás y le explicarás todo. Él sabrá qué hacer.

—Le tienes mucha confianza a tu hermano.

Georgiana se encogió de hombros.

—Él siempre sabe qué hacer —repitió con seguridad—. ¿Me vas a ayudar?

—Por Dios, Georgiana, por supuesto, pero...

—Sé que esta no es precisamente la mejor forma, pero temo que las circunstancias lo apremian. De igual manera, deberías acostumbrarte a mi presencia ya que te han condenado a una vida a mi lado y no tengo ganas de dedicar mis días a Dios.

Él no supo si replicar a ese absurdo o reír por su tono. Al final optó por lo segundo.

—No sería una condena —rebató, acercándose—, pero que prefieras pasar una vida a mi lado en lugar de la tranquilidad de un convento, sí que es sorprendente.

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Solo demuestra que, en el fondo, soy una mujer de poca fe.

Él sonrió, esta vez con su típica calidez, y Georgiana se sintió tentada de quedarse observándolo para absorber cada detalle de la sonrisa que hacía tiempo no veía.

No lo hizo. Primero, porque al pensarlo se sintió ridícula, y segundo, porque ya sabía los efectos perjudiciales que tenían posar su vista mucho tiempo en él. Así pues, se dedicó a observar el lugar que para todas las mujeres estaba prohibido.

Se trataba de una estancia pequeña y decorada en tonos completamente masculinos (en ese caso, vino tinto) que destilaba elegancia y seriedad. Por lo que pudo ver se encontraban en un hall, pues más adelante se visualizaba la entrada a dos salas y supuso que por algún lado debían haber dos o tres habitaciones más.

—De igual forma, Georgiana, no creo que esto sea buena idea.

Ella se giró para comprobar que, en efecto, había recuperado de nuevo el tono serio e indiferente en su voz, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que había expuesto una parte de sí que podía perjudicarlo y deseara protegerse.

Nuevamente las palabras de la viuda rondaron su mente, y se preguntó si debía sacar o no el tema a colación. Al final decidió que no tenía sentido y solo provocaría una situación incómoda sin importar cuál fuera la verdad.

—Te llevaré a casa de mi hermano [\[Office28\]](#). Te prometo que no te juzgaran.

Ella negó con la cabeza, terca. No dudaba que los Allen mostrarían toda su comprensión, pues había bastado una cena para determinar su grado de solidaridad con los demás y sus pocos prejuicios. Sin embargo, toda ella se rebelaba contra que alguien más se enterara de su situación. Además, estaba hablando de que su madre quería enviarla a un convento porque reprobaba la idea de que la familia se viera ligada con la suya. No importaba qué tan amables fueran; siempre cabía la posibilidad de que se sintieran ofendidos, y a ella le daría demasiada pena encontrarse en esa

situación.

—Por favor —pidió en voz baja.

Él no necesitó más para claudicar. Era un ruego silencioso, lo más cerca que estaría Lady Georgiana Birch de rogar. En dos simples palabras se encerraban más cosas de las imaginadas, y Alec no pudo negarle nada.

—Supongo que no has traído nada contigo.

Ella negó con la cabeza. Había planeado preparar una bolsa con algunos vestidos y cosas esenciales, pero iba a ser muy incómodo cargarla en su huida y el ruido al tirarla por la ventana podía alertar a alguien. Así pues, solo se había puesto el vestido negro y escapado como pudo.

Alec suspiró.

—¿Qué voy a hacer contigo? —musitó.

Georgiana estuvo tentada de responder con un comentario irónico, pero se abstuvo porque no venía al caso y era una situación seria. En cambio, le sostuvo la mirada al hombre que la observaba como si pudiera encontrar en ella la respuesta.

Se sintió incómoda.

Jamás, en todos sus años de vida, se imaginó encontrarse en situaciones similares a las que la habían encontrado con ese hombre, y menos aún haberlas propiciado ella misma. Ahora estaba en una residencia de soltero, completamente sola con él, a su merced, pero no estaba asustada, solo se sentía... nerviosa.

Sí, sabía que él no le haría daño, pero se sentía nerviosa por algo desconocido.

Alec, que pareció darse cuenta de que era muy descortés mantenerla parada en medio del hall, le hizo señas para que entrara en una de las salas principales que conformaban el conjunto. Estaba, al igual que el vestíbulo, decorada en vino tinto y dorado. Los muebles eran de diseños serios, todo perfectamente calculado para hacer saber a un visitante que ninguna mano femenina había intervenido ahí.

Georgiana se sentó en uno de los sillones que rodeaban una pequeña chimenea y comprobó que eran tan cómodos como parecían, muy distintos a aquellas pequeñas sillas hermosas para decorar, pero bastante incómodas.

Observó cómo él se dirigía a una licorera y servía un poco de alcohol en una de las copas que se encontraban encima de esta. Se giró hacia Georgiana para ofrecerle una, y esta, después de un momento de duda, asintió.

Necesitaba algo que calmara sus nervios por todo lo sucedido.

Ante todo, la compostura.

Sin ningún apego a esa norma que decía que una dama no debía tomar otra cosa que no fuera vino ligado con agua, él le sirvió dos dedos del licor en una copa y se la tendió. Ella la aceptó y, con precaución, saboreó un poco de la desconocida bebida. Su ceño se arrugó por lo fuerte que le

supo al principio, pero para el segundo trago empezó a mejorar y el fuerte ardor de su garganta se trasladó al resto de su cuerpo, sosegando algo de sus nervios.

Cuando alzó la vista de su copa, se encontró con que él la estaba mirando fijamente de nuevo. Georgiana, respaldada por el alcohol, volvió a sostener la mirada sin dejar que nada delatara sus sentimientos.

—Creo que soy la única persona a la que le pasan este tipo de cosas —comentó él, dando un sorbo a su propia copa.

—No lo creo —replicó ella—. También están tus hermanos, todos los que lleven tu apellido, y los pobres desafortunados que tuvieron el mal tino de acercarse mucho a ustedes.

Muy tarde se dio cuenta que había sonado un poco cortante, pero en lugar de sentirse ofendido, él sonrió con humor.

—Será una lección que nunca olvidarán, ¿no crees?

—No, sobre todo cuando las consecuencias durarán toda la vida.

Supo que debió haberse mordido la lengua cuando vio su expresión cambiar bruscamente. De nuevo había pasado de una sonrisa a un semblante inexpresivo en el que ella podía jurar que se ocultaba algo de dolor.

—No quise decir...

—Tranquila —la cortó él—. Entiendo.

No, no lo hacía y Georgiana sintió el irremediable impulso de justificarse en lugar de quedarse callada como se suponía que debería hacer.

—No quise decir eso, no...

—Sé que no quieres esta boda —interrumpió de nuevo él—, y lo entiendo. Lamentablemente, es la única opción que tienes junto con la del convento o el repudio social. No puedo hacer más que pedirte disculpas de nuevo.

Un silencio tenso se instaló entre ambos. El semblante de él se había vuelto completamente serio, y había cierto enojo en su voz; una que ella jamás había detectado. Aunque actuara con indiferencia, Alec Allen siempre daba la imagen de una persona risueña y alegre, de esas que no se querían amargar por nada.

Georgiana, incómoda, sintió la tentación de subir los pies al mueble y abrazarse las rodillas como una niña que buscaba protección en sí misma, pero, por supuesto, esa parte que siempre le recordaba su educación, se lo impidió.

Sin embargo, no evitó que dijera:

—Sí significó algo.

Al ver el desconcierto en su rostro, se aclaró la garganta, dejó la copa en la mesita del frente y, antes de perder el valor, se explicó:

—El beso. Sí significó algo. Todos han significado algo, pero no puedo decir qué. Aquella

noche creí que habías regresado con la viuda, y me molestó mucho que intentaras seducirme cuando ya estabas con otra.

Dobló la cabeza apenas terminó de hablar, por lo que no pudo ver su reacción.

Su respuesta fue más silencio. Un incómodo silencio que parecía no tener fin.

Los segundos pasaron lentos y le hicieron creer que estaba en algún lugar paralelo donde el tiempo no transcurría. De pronto, sintió un ruido, y unos dedos rozaron con suavidad su barbilla, instándola a girar la cara.

—Georgiana —la llamó él, al ver que ella se negaba a mirarlo.

Estaba avergonzada por lo que había dicho.

¿Cómo se le había ocurrido confesar eso así, de repente? Había expuesto algo que no deseaba exponer.

—Geo... —insistió. Ella se giró, pero solo para fulminarlo con la mirada por el apodo.

—No me llames así, suena ridículo. Los diminutivos son ridículos y de mal gusto —dijo con altanería, consiguiendo que él sonriera.

—Tu hermano te llama Georgie —le recordó.

—También le he dicho que no me llame así, solo que me ignora.

Él rio.

—Entonces yo también puedo hacer caso omiso.

Ella resopló, y él volvió a reír.

—¿Por qué creíste que había regresado con la viuda? ¿Me creías tan desgraciado para jugar con dos mujeres?

Ella quiso volver a girarla cara, pero él presionó un poco su barbilla para evitarlo.

Georgiana suspiró.

—No te conozco lo suficiente para afirmar que no —respondió, aunque sabía que mentía con descaro, y él también.

—¿No?

—No. —Se empecinó.

—Y... ¿Por qué has cambiado ahora de opinión? Porque supongo que lo has hecho.

Georgiana se negaba a mencionar la conversación con la viuda; eso solo incrementaría su vergüenza.

—Estoy cansada. —Evadió—. ¿Podrías, por favor, cederme una habitación para pasar la noche? Supongo que hay más de un cuarto en este conjunto.

Alec sabía que quería desviar el tema y sintió la tentación de insistir, pero el sentido común le dijo que no porque ella de todas formas no iba a admitir nada más.

Estuvo celosa.

La idea le sacó una sonrisa, pues los celos no eran más que signo de posesión, aunque ella lo

negara.

—Por supuesto, pero... —Titubeó un poco antes de continuar. Se había olvidado de un pequeño detalle—. Hay tres habitaciones más, pero una de ellas la uso como depósito y la otra no está en condiciones para ser usada. No esperaba visitas. La de arriba la usan mi ayuda de cámara y el cocinero.

Georgiana cerró los ojos, casi temiendo sus próximas palabras.

—Temo que tendrás que quedarte en la mía. Al menos hasta que pida mañana habilitar la otra.

Y los problemas no acababan.

Capítulo 18

«Tranquila, Georgiana, tranquila», se repitió constantemente la mujer para no ceder a las emociones que esa declaración había despertado en ella. «No pierdas la compostura».

Tarea bastante difícil cuando repetía una y otra vez sus palabras. ¿Dormir en su habitación? Sabía que a lo largo de sus encuentros había roto no una, sino varias de las normas del decoro, pero dormir en su habitación era algo más fuerte, por no añadir más íntimo. Ni siquiera las parejas casadas dormían juntos; era de mal gusto e irrespetaba la privacidad de los cónyuges.

A pesar de que no era correcto, además de nerviosismo, las palabras también despertaron un cosquilleo extraño en su estómago. Si bien pudo haber achacado al sentimiento anterior de inquietud, había vivido suficiente para saber que iba más allá de los nervios.

—Dormiré en uno de los sillones, si eso te tranquiliza —le dijo él al ver su incomodidad.

Georgiana estuvo a punto de asentir por instinto, pero se detuvo a tiempo. Le pareció bastante injusto hacerle pasar una noche incómodo solo porque ella había aparecido de sorpresa y se había negado a la opción de ir a casa de los condes. Si bien era cierto que tampoco era culpa de ella todo lo que estaba pasando, y que posiblemente la que pasaría una noche incómoda sería ella, no pudo acceder a la propuesta.

—No pienso privarte de tu cama por todos estos... eh... infortunios. Creo que... eh... Quizás... —Las palabras se negaron a salir de su boca y Georgiana se vio incapaz de hacer un esfuerzo mayor para pronunciarlas. Sentía que, si seguían intentándolo, terminaría roja como un tomate (si no lo estaba ya) y delataría todo lo que sentía. Sabía que él podía llegar a comprenderla, no era un tema fácil de tratar, pero aún así la vergüenza era mayor.

—Comprendo —dijo él, salvándola de la bochornosa situación. Si algo podía achacarle como virtud a ese hombre, era que no se trataba del tipo de persona que te sometía a una situación vergonzosa solo por diversión. Era demasiado bueno para eso.

—Me gustaría descansar —pidió ella, viendo que el reloj de la chimenea casi marcaba las doce. De pronto, todo su cuerpo se sentía pesado, su mente estaba algo nublada, quizás por el alcohol, y cada músculo solo deseaba un lugar de reposo.

Él le hizo una seña y la guio a una habitación, que a diferencia de todas las estancias del lugar, la decoraban paredes de damasco azul rey. Él encendió una lámpara de gas y la utilizó como guía para ir a encender la chimenea, aunque no avivó mucho el fuego, pues no era una noche especialmente fría. Georgiana estaba demasiado centrada en la gran cama con dosel de sábanas blancas que la llamaba a gritos como para concentrarse en los detalles de la habitación.

Se empezó a acercar a ella, ansiosa porque su cuerpo reposara y liberara la tensión acumulada,

pero las palabras de él la detuvieron.

—¿Vas a dormir con el vestido? ¿No será un poco incómodo?

Puesto que había prescindido del corsé para facilitar su huida, no lo sería, aunque como era un vestido cerrado hasta el cuello, de mangas largas y tela gruesa, podía sentir un poco... mucho calor esa noche. Pero no podía hacer más nada al respecto, no iba a dormir solo en ropa interior.

—Estaré bien —aseguró, y él se encogió de hombros.

—Buenas noches —dijo antes de dejarla sola.

Después de deshacerse del moño que sujetaba el velo y trenzar el cabello, Georgiana se recostó en la cama y cerró los ojos, intentando alejar de su mente pensamientos sobre el futuro y sobre lo sucedido ese día. Pero, como solía suceder en ese tipo de casos, el cerebro, siempre activo, no hacía más que formular y formular hipótesis sobre lo que sucedería y sobre lo que llevó a su madre a tomar semejante decisión. De vez en cuando también se concentraba en el hecho de que estaba acostada en la cama de su futuro esposo y que este podría decidir venir a dormir en cualquier momento. Dio varias vueltas en la cama hasta que el calor empezó a molestar y, en contra de su buen juicio, se levantó y deshizo del vestido, lo colocó en la primera silla que vio, y volvió a recostarse sintiéndose más fresca.

No obstante, eso no la ayudó a conciliar el sueño.

No sabía cuanto tiempo había pasado, pero rato después, cuando las llamas habían reducido un poco, sintió el pomo de la puerta girar y cerró los ojos con fuerza a la vez que sus dedos sostenían con bastante presión la sábana que cubría su cuerpo de miradas curiosas.

Escuchó por varios minutos muchos movimientos, y aunque admitía que por un momento sintió un deje de curiosidad, se negó a abrirlos y obligó a su cuerpo a mantenerse quieto. Un movimiento en la cama la tentó a abrir los ojos, pero resistió con una fuerza de voluntad digna de un héroe. Lo sintió acomodarse en la cama, escuchó el roce de su piel con las sábanas y, a cada segundo, fue más y más consciente de su presencia: tanto, que Georgiana supo que esa noche la pasaría en vela.

Un minuto después se dejaron de sentir movimientos. Ella esperó al menos otros cuatro para girarse y abrir los ojos. Esperaba encontrarlo dormido, pero debió haber recordado que la suerte y ella habían roto relaciones hace bastante tiempo, pues en lugar de eso, lo encontró apoyado en un hombro, mirándola.

—Lo siento. ¿Te he despertado? —preguntó en un susurro.

Estuvo tentada de asentir, pero al final negó con la cabeza.

—No —respondió—. No puedo dormir —confesó.

—¿Te incomoda mi presencia?

A veces, a Georgiana le costaba creer que existieran personas así: dulces, amables, comprensivas. Todos los caballeros que había conocido eran creídos, arrogantes, incapaces de un

buen acto que no fuera a beneficiarlos a ellos mismos. En ese preciso momento, él podía hacer lo que quisiera y ella no podría impedirlo, pues estaba a su merced, pero en vez de eso, se preocupaba por su bienestar, su comodidad.

No podía decirse que Alexander Allen fuera una persona débil o manipulable, pues a sus oídos había llegado el rumor de que tenía una mente ágil y lista, pero sí era una persona que sabía cómo tratar a una mujer, y eso era algo que no se podía afirmar de los demás.

Ahora que lo pensaba, un matrimonio con él podría no ser tan desafortunado; podría ser más de lo que hubiera obtenido con algún otro, incluso ni el mismo lord Coventry se pintaba tan buen partido en ese momento.

—No es eso, solo... Creo que es demasiado para un día.

No mentía, pero tampoco decía la absoluta verdad. La presencia de él a su lado no la incomodaba. Sin embargo, provocaba nuevamente ese cosquilleo raro en su estómago que se incrementaba a medida que era más consciente de superosona.

Por otro lado, sí era demasiado para un día.

Él se acercó un poco más, haciendo que Georgiana se percatara de que no llevaba camisa. Rogó que no estuviese completamente desnudo, aunque una parte de sí, escondida en lo más perverso de su ser, lo deseó.

Ya ardería en el infierno por concebir semejantes pensamientos, pero cuando el hombre se acercó un poco más, hasta casi rozarla, esa parte perversa se apoderó de su mente e hizo que deseara sentir por completo su contacto.

—Geo... —dijo, acariciando su mejilla. Georgiana vio ternura en sus ojos, pero había algo más, otra cosa más intensa que no pudo descifrar. Parecía querer hacer algo, pero batallaba para no ceder—. Es mejor que duermas, lo necesitas. Mañana pensaremos qué hacer. Ven. —Estiró una mano hacia ella y tomó su brazo. Luego ejerció una leve presión para atraerla hacia él—. Prometo que no te haré nada —añadió con una sonrisa burlona.

Georgiana dudó de sus intenciones, pero guiada por el instinto perverso, se dejó acercar y terminó acurrucada a su lado, pegada a ese torso caliente que la deleitaba y consolaba a partes iguales. No se había dado cuenta de lo necesitada que estaba de un abrazo hasta que se lo otorgó.

—Ella no era así —confesó Georgiana rato después. Sin saber por qué, las palabras habían salido solas, como si quisieran ser libres—. Mi madre —se explicó al suponer que él no la entendió. No lo estaba mirando, pero seguía hablando—. Ella no era así. No diré que era la más cariñosa de las madres, no, jamás fue ese tipo de persona, pero tampoco era tan cerrada ni egoísta. Creo que padre fue quien la volvió así.

Hubo un momento de silencio. Él no dijo nada; solo acarició la raíz de su cabello con movimientos suaves y lentos.

—Cuando tenía ocho años, pasé frente a su habitación porque quería enseñarle el dibujo en

acuarelas que había hecho con ayuda de mi institutriz. Se trataba de un boceto de ella, mi padre, mi hermano y yo. La pintura se me daba y se me sigue dando bastante mal, pero la intervención de la institutriz había hecho que lo que se viese en el lienzo fuera decente. Al pasar frente a su habitación, escuché sollozos y, preocupada, entré sin tocar. Mi madre estaba en su cama, con las rodillas abrazadas, y lloraba desconsoladamente. Al verme entrar, se levantó con brusquedad e intentó limpiarse el mar de lágrimas que rodaban por sus mejillas. Yo le pregunté qué pasaba y ella me respondió que no tenía importancia, pero yo sabía que la tenía; su tono me lo decía.

»Yo quería animarla, así que le mostré el dibujo. Ella lo tomó y, cuando lo vio, su rostro se desfiguró más de ser posible. Lo lanzó al fuego y yo vi cómo las cenizas lo consumían. Me dieron muchas ganas de llorar, creí que no le había gustado y que mi poco talento la molestaba. Cuando vio mis lágrimas, me dijo las siguientes palabras:

»Nunca, Georgiana, *nunca* llores a menos que sea un arma de manipulación. Nunca dejes entrever lo que sientes, pues será tu perdición, y nunca creas que eso —Señaló el lienzo que era consumido por las llamas— es un sinónimo de felicidad. La felicidad no existe, hija mía, e intentar buscarla o sentirla es una completa estupidez. No vinimos a este mundo para eso. Somos simplemente las encargadas de procrear, y cuanto más rápido lo entiendas, será mejor para ti. Solo haz lo que se espera de ti, Georgiana, y mantén tu buen nombre, que es lo único por lo que te reconocerán. No hay nada peor que la gente hablando de ti.

—No fue la misma desde entonces —continuó Georgiana con voz ahogada, aunque las lágrimas se negaron a salir. Sintió cómo él la apretaba un poco más contra su cuerpo, y ella, por instinto, se acurrucó contra él—. Pasaron bastante años hasta que comprendí todo. Pero ¿sabes? Mi madre tenía razón. En ese momento ya no me afectó tanto ver en que era en realidad el mundo, solo me planteé mi objetivo y lo demás careció de importancia.

Alec escuchó atentamente cada una de sus palabras sintiendo una presión en el pecho con cada oración. Se imaginó a la pequeña niña de ocho años, ilusionada, alegre, que de repente fue obligada a ver una fría realidad y a restringir su comportamiento en base a lo que dictaban las reglas, porque para eso estaban ahí. Sintió coraje por la sociedad en que vivían y que no daba indicios de cambiar.

—Lo que quiero decir es que no siempre fue una persona así de prejuiciosa, yo lo recuerdo. Solo que después de eso... se volvió más fría.

—No tienes que justificarla —le dijo Alec mientras continuaba acariciando su cabeza—. Te aseguro que yo no me siento ofendido en lo absoluto. Sin embargo, me parece bastante cruel a lo que te sometió a ti.

Georgiana frunció el ceño y alzó un poco la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A haberte predispuesto a creer que todo era más fácil si seguías las reglas de sociedad y

hacías caso omiso de aquello que te pudiera hacer feliz. Dime una cosa, Georgiana... ¿Qué esperabas del hombre con el que te casarías?

—No comprendo la pregunta.

—Es sencilla. ¿Qué esperabas de él? ¿Del matrimonio?

—Pues... Un matrimonio normal. Donde hubiera respeto, cierto afecto y tolerancia.

—No esperabas fidelidad —dijo él con cierta decepción.

—Eso es algo que en nuestro mundo no existe, al menos no de parte de los hombres.

—¿Tolerarías que te fuera infiel?

La pregunta agarró a Georgiana tan desprevenida que no pudo ocultar su sorpresa ni elaborar una respuesta decente.

—Se supone que ese tipo de cosas no se preguntan. —Evadió.

—Responde —insistió él.

Pero ella no pudo hacerlo. Debió haber dicho algo como «mientras no seas evidente», que era la respuesta que debería dar de acuerdo a la conversación, pero sus labios se negaron a blasfemar de esa manera en contra de sus verdaderos pensamientos.

No, no lo toleraría. Sentía que, si eso pasaba, algo dentro de ella se rompería, pero no podía explicar por qué y tampoco decirlo en voz alta. Pero eso último no fue necesario, pues aunque ella no dijera nada, él, con lo poco que la luz de la chimenea le permitía ver de su rostro, pareció adivinarlo.

—De todas formas eso no pasará —le aclaró—. No si tú no lo haces.

—Yo jamás haría eso —protestó, indignada.

—Lo sé.

Alec cambió abruptamente de posición, dejándola a ella posicionada debajo de él. Acercó su rostro y, con una mano, acarició sus labios.

—Geo... —susurró, casi contra su boca—. Quiero besarte. ¿Puedo besarte?

Ella, en medio de todo el revuelo que sentía por tenerlo tan cerca, pudo replicar:

—A buenas horas vienes a pedir permiso.

Él sonrió, y sin decir más, la besó.

Georgiana debería de haber protestado, pero eso era misión imposible de un tiempo para entonces. En cambio, se negó a intentar detenerlo y se dejó llevar por lo bueno que era sentir el contacto de sus labios sobre los de ella, y si a eso le añadía la nueva experiencia de tener su cuerpo encima del suyo, podía decirse que lo que sentía era inigualable.

Sin saber qué más hacer, rodeó su cuello con las manos y acarició su espalda a medida que intentaba responder al beso, que cada vez iba tomando mayor intensidad. Alec se pegó más a ella y, cuidando de no aplastarla, posó las manos en su cintura y empezó a acariciarla. Primero viajaron a sus pechos, donde se detuvo a jugar un momento con los sensibles pezones que clamaban

caricias; luego, una de sus manos se posó en el hueco de su rodilla y, como esta no estaba cubierta por nada más que unas medias de seda, el contacto se sintió con si hubiera sido piel con piel. Él fue ascendiendo con la mano, sin encontrar más obstáculo que la de la fina tela de la camisola a su paso.

Georgiana se sentía extasiada. Sus caderas empezaron a moverse buscando algo que desconocía pero que anhelaba con fervor, y casi hizo oídos sordos a la advertencia de que eso no era correcto. *Casi*. Tal vez si esa mano no hubiera llegado a un lugar tan prohibido, pudo haberlo pasado por alto, pero estaba demasiado cerca, y algo en su cuerpo, llámese quizás timidez, se rebeló.

—Alec —lo llamó entre jadeos. Él había abandonado su boca para acariciarle el cuello, y una de sus manos seguía encima de su pecho, lo que le dificultaba la tarea de hablar—. Alec —insistió—. Esto no está bien.

Por un momento, creyó que no la había escuchado, pues el ascenso de aquella mano no se detuvo, pero después de unos segundos, lo hizo. Despegó los labios de su cuello mientras jadeaba con dificultad. Después de varios segundos en los que ambas respiraciones intentaron normalizarse, le escuchó decir:

—Creo que mejor dormiré en el sillón.

Capítulo 19

—Me pregunto cuándo comenzó a llegar la locura a esta familia. Temo que de tanto pregonar nuestro buen nombre hemos terminado empavándolo nosotros solos. Madre ha perdido el juicio, y mi hermana, al parecer, también. ¿Se puede saber, Georgiana, por qué consideraste que esto sería buena idea?

—Porque no tenemos familiares en ningún otro lado, hace meses que dudo de la existencia de Dios y siento que seríamos el hazmerreír de todos si me iba a un convento, faltaba a mi boda y luego regresaba diciendo que mejor sí me casaba.

Georgiana retó con la mirada a Dereck a que rebatiera sus palabras. Este, sentado en el sillón del pequeño salón, resopló al no encontrar argumentos.

Su hermano había regresado ese día, tal y como se esperaba, y Alec había hecho el favor de notificarle el paradero de su Georgiana. Por supuesto, Dereck no se había tomado con agrado la noticia, y ni el hecho de que hubieran querido mandar a su hermana a un convento bastó para que comprendiera que esta hubiera permanecido durante dos noches en el apartamento de soltero de un hombre, que poco parecía importar fuera su prometido.

Al igual que pensarían todos los demás si se llegaban a enterar de la situación, su hermano podía estar creyendo que sucedieron actos indecorosos durante tantas horas faltos de carabina, pero nada más lejos de la verdad. De hecho, aquella noche que Georgiana recordaba con anhelo y cierta alegría, Alec sí había dormido en el sillón, y la noche siguiente había mandado habilitar el otro cuarto.

—Bien. Eso ya no importa. Madre ha dicho a todo el mundo que te encontrabas enferma para que el escándalo de tu desaparición no fuera de boca en boca y ella no saliera perjudicada, por lo que lo verdaderamente importante es cómo te sacaremos de aquí sin que se entere medio Londres de que la perfecta lady Georgiana Birch ha violado los sagrados portones de Albany y ha pasado dos noches sin carabina en el complejo de su prometido.

—Creo que tengo una solución a eso —dijo Alec, y sugirió una solución. Un segundo después de haber terminado, un grito agudo de horror resonó en todo el conjunto.

—¡Esto es ridículo, vergonzoso, y completamente inaceptable! ¡Me niego a salir así!

Los dos hombres, sentados cada uno frente al biombo que escondía a la mujer que se negaba a salir, suspiraron sabedores de que todo sería más difícil de que lo suponía.

—Georgie, no te pongas exigente ahora. No hay otra opción.

—Se formará un escándalo de otra manera, Geo.

Georgiana asomó la cabeza por el biombo, pero solo para fulminarlos con la mirada y decir:

—No me llaméis así.

Ellos la ignoraron.

—Vamos, Georgie —insistió Dereck—. Tú no te puedes ver mal de ninguna forma. Sal ya, que debemos irnos.

Un resoplido fue lo único que obtuvieron por respuesta.

—Geo, todo será muy rápido, nadie te prestará atención.

Otro resoplido.

—Georgiana Birch, ¿desde cuándo eres una cobarde? —provocó su hermano, consiguiendo el efecto deseado.

Con cara de pocos amigos, Georgiana salió del biombo.

—Al que llegue a reírse —advirtió—, le daré con un atizador en la cabeza.

Los hombres se mordieron los labios para no sonreír ante la apariencia que la siempre perfecta dama presentaba en esos momentos. Ambos habían llegado a la conclusión de que la única forma de salir de esa aventura, para que pudiera pasar desapercibida, era vestirla de hombre. Alec había ido a su antigua casa y pidió prestado a su hermano de quince años algunas de sus ropas, que le quedaron perfectas a la pequeña mujer que ahora tenía la apariencia de un joven caballero en plena pubertad.

—Ponte el sombrero, Geo, y mantén la cabeza gacha o todo se nos vendrá abajo.

De mala gana, Georgiana obedeció, y por uno de esos milagros de la vida, pudieron salir sin que ningún problema se les presentase. Dereck habló bruscamente con su madre, y esta, indignada y sin haber recuperado el sentido común, optó por no asistir a la boda que se realizó a día siguiente, podría decirse que sin ningún contratiempo.

Georgiana nunca llegaría a entender cómo, en el corto período de cinco días, la duquesa de Richmond había sido capaz de organizar una boda bastante aceptable, pero lo consiguió. La ceremonia fue privada, con una licencia especial, y el almuerzo de bodas se realizó en casa de los condes de Granard, al que a pesar del apuro con que se realizaron las invitaciones (casi de un día para otro) asistió una gran cantidad de personas, cuyo principal motivo era inyectar en su lengua veneno que esparcir.

Por extraño que pudiera parecer a esas alturas, no le interesaba en lo absoluto lo que la gente dijera de ella, y ni siquiera se molestó en intentar justificar la ausencia de su madre en la ceremonia. Podía ser que se debiera a que ahora era portadora del apellido más escandaloso de Londres y preocuparse por la buena reputación sería ridículo después de los hechos que desencadenaron el matrimonio... pero Georgiana no se sintió en lo absoluto acongojada por estar en boca de todos, y no tener que preocuparse por ello por primera vez en su vida hizo que se sintiera... libre. Ni los comentarios viperinos, ni las miradas de regocijo de aquellas que

celebraban lo que creían su caída en desgracia, pudieron amargarla.

—Felicidades, lady Georgiana. No dude que les deseo muchos años de dicha plena.

«Y a esta mujer ¿quién la ha invitado?», fue lo primero que pensó Georgiana cuando escuchó la voz, pero la educación, siempre imponiéndose, evitó que su cuerpo promoviera algún gesto que demostrara su fastidio.

—Muchas gracias, señora Adkins.

La mujer sonrió, como si presintiera que el tono amable y dulce era forzado.

—Espero que haya pensado un poco en lo que le dije el otro día.

Georgiana no necesitó que le aclarara el qué, porque en el fondo no había dejado de darle vueltas una y otra vez. Aún no sabía si el hombre estaba o no enamorado de ella, pero fuera cual fuera la situación, ella era consciente de que jamás podría hacer nada para herirlo cuando era el único, aparte de su hermano, que había mostrado verdadero afecto hacia ella.

—Quédese tranquila, le aseguro que no tengo ninguna intención de congelar ningún corazón.

La mujer sonrió, pero su semblante se volvió serio de pronto.

—No tengo muchos más años que tú, querida, pero creo que sí los suficientes para aconsejarte una cosa: en esta vida llena de desgracias, siempre es mejor ir por la felicidad, siempre. —Y con esas palabras, la mujer desapareció.

La felicidad.

¿Qué era en realidad la felicidad?

Toda su vida, Georgiana juró que era algo que se sobrevaloraba. La felicidad como tal jamás se podría obtener, porque ese sentimiento era tan efímero como una tos de verano. Sin embargo, de unos días para entonces, se había encontrado pensando en si de verdad era capaz de obtenerse; si su madre quizás solo había hablado por la rabia y el rencor y la vida no siempre era así. Aún así, sentía cierto recelo respecto a dejarse guiar o intentar buscar ese sentimiento. Tenía bastante grabada en la mente la imagen de su progenitora llorando, y la consciencia de la sociedad en la que vivían también estaba muy presente.

—¿Qué quería Dana?

La voz del que ahora era su marido la devolvió a la realidad. Tardó un momento en procesar que se refería a la viuda.

Por supuesto, tenían suficiente confianza para llamarse por sus nombres.

—Felicitarme por la boda.

Él asintió y siguió con la vista el lugar por donde había desaparecido la mujer. Cuando volvió la vista a Georgiana, esta tenía el ceño ligeramente arrugado.

—¿Sigues celosa de ella?

Georgiana envaró los hombros.

—Jamás he tenido motivos para estar celosa de nadie —replicó con altanería.

Alec ocultó una sonrisa.

—Lamento haber insinuado semejante infamia. Mejor ven, han llegado unos primos y desean conocerte.

Solo esperaba que no fueran Allen.

Rondaban las cuatro de la tarde cuando los invitados empezaron a retirarse a sus casas. Había sido una reunión bastante agradable, si se saltaban las circunstancias de la boda. Georgiana, Alec y Dereck se habían quedado un rato más en casa de los condes, pero no cenaron ahí, pues Alec insistió en que debían salir temprano. Así pues, alrededor de las seis, Georgiana se encontró despidiéndose de su hermano con el abrazo más afectivo que posiblemente daría en su vida.

Extrañaría a ese irritable pero querido personaje.

Cuando se montó en el carruaje, una sensación extraña oprimió su pecho. Estaba a punto de comenzar una nueva vida y temía el futuro desconocido. Miró por la ventanilla el camino que pasaba, como si estuviera mirando su vida anterior esfumarse a medida que avanzaba el carruaje.

Jamás había sido una mujer muy expresiva, pero algo debió de haberse reflejado en su rostro porque, segundos más tarde, sintió una mano cálida oprimir la suya, también carente de guantes.

—¿Estás bien?

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Sí. ¿A dónde vamos?

Ahora que lo recordaba, Georgiana no tenía la mínima idea de a dónde se dirigían.

—Bien... He alquilado una casa, pero debido a la premura con la que se organizó todo, todavía no está en condiciones. Podremos disponer de ella el lunes. Mientras, Julian nos ofreció una pequeña finca a las afueras de Londres que compró hace algunos años, cuando quería escaparse con su esposa. —Sonrió—. Creo que es mejor que intentar colarte de nuevo en Albany y mantener en secreto tu presencia por cuatro días más.

Ella no pudo evitar reír.

—Supongo.

La casa mencionada quedaba a hora y media de camino, y se encontraba en un amplio terreno que delimitaba con Surrey. No poseía el esplendor de las casas londinenses o de algunas residencias de campo, pero a simple vista era acogedora.

Un anciano mayordomo los recibió y de inmediato los guio a unas habitaciones. Les ofreció subir un baño mientras terminaban la cena. Ambos accedieron, y una hora más tarde, se encontraron en el pequeño comedor, degustando un pavo asado con vegetales y vino para tomar, que, se percató, tampoco estaba diluido en agua.

—Las mujeres de esta familia deben desarrollar una alta tolerancia al alcohol —comentó ella con cierta despreocupación, moviendo el líquido en la copa.

—Les da una ventaja sobre las demás —argumentó él.

—¿Es una ventaja no emborracharse con facilidad?

—Por supuesto. ¿No es de mal gusto que una dama se muestre en estado de ebriedad?

—Sí, pero por eso se ligan las bebidas con agua o simplemente se sabe que se debe evitar tomar en la medida de lo posible. Es de por sí de mal gusto que te vean tomando en público... a menos que se trate de una cena.

—A veces me pregunto si no se cansan de tantas restricciones —dijo él, pensativo.

—¿Las mujeres? Hemos sido educadas para ser así —respondió ella, desorientada por su pregunta.

—Sí, pero... ¿No les gustaría ser un poco más... libres?

Georgiana analizó la pregunta bastante rato, sin llegar a una conclusión específica.

—No comprendo a qué te refieres.

—¿No les gustaría tener poder de decisión, que se tomara en cuenta su opinión, que dejaran de crearlas débiles? ¿No has pensado ni por un momento en cómo sería el mundo si eso sucediera?

—Madre dice que no se debe perder el tiempo pensando en lo que no sucederá.

—Olvida las palabras de tu madre por un momento. ¿Lo has pensado?

Ella calló por tanto tiempo que él creyó que no iba a responder.

—A veces —admitió, mucho rato después—. Pero dime, ¿crees que de verdad se podría llegar a eso? La costumbre es más fuerte que la razón en la mayoría de las circunstancias.

—El tiempo lo dirá, Geo; el tiempo lo dirá... Pero a mi familia en particular nunca le ha gustado restringir el comportamiento de nuestras mujeres, aunque puede que eso cause la soltería de mi hermana menor.

Sí, Georgiana ya se había dado cuenta de que la joven Clarice Allen no se guiaba por lo que se esperaba de ella, pero no podía determinar hasta qué grado llegaba su rebeldía y, por ende, concluirsi se casaría o no.

Se quedó pensando un momento en sus palabras y llegó a la conclusión de que era mejor no llenarse la cabeza con ideas que posiblemente jamás se harían realidad. Sin embargo, sí admiró en silencio la forma de pensar y ver el mundo de esa familia tan peculiar.

Durante el resto de la cena, Alec intentó entretenerla con distintos temas, que iban desde su forma de ganarse la vida hasta todos los líos en lo que se había metido o, corrección, en lo que *el apellido* lo había metido. Incluso le preguntó cómo le gustaría que la llamaran, si señora Allen o lady Georgiana, pues, al serle conferido el título de lady desde su nacimiento por ser la hija de un conde, podía optar por cualquiera de los dos tratamientos.

—Puesto que ninguno de los dos me ha dado mucha suerte en los últimos días, me da

absolutamente lo mismo —le había respondido ella con su característico tono irónico, causando una carcajada por parte de Alec.

A pesar de lo ameno de la conversación y de la cantidad de vino puro que había tomado, no pudo mitigar del todo el nerviosismo que la embargó cuando ya empezaron a comer el postre.

Para ser alguien que ya había pasado una noche en la habitación de ese hombre y se había acurrucado bajo su brazo por al menos una hora, estaba bastante nerviosa, pues su madre, que era la que se suponía debió haberla introducido en ese tema, no le dirigía la palabra desde aquella nefasta noche y ella estaba en la ignorancia. Y no solo eso, sino que, además, mostrarse vulnerable no era una de sus situaciones predilectas.

Tomó nuevamente su copa de vino, con la esperanza de que este redujera un poco su estado de tensión, pero se percató de que ya lo había acabado todo y primero muerta antes que pedir más.

Conteniendo un suspiro, dejó la copa donde estaba y dijo lo único que se le ocurrió:

—Creo que es hora de que me retire.

—¿No vas a terminar el postre? —preguntó él, levantándose al mismo tiempo que ella.

—Estoy llena. —Y era la verdad. Los nervios habían oprimido su estómago, impidiendo que pudiera digerir algo. Antes de que él pudiera replicar, emprendió el camino hacia la habitación que le habían asignado.

Pensó que quizás todo sería más fácil si ella ya estaba acostada, en la oscuridad...

Llegó a la recámara y pidió ayuda a una de las doncellas de la casa para quitarse el vestido. Esta la ayudó a colocarse un camión que la duquesa de Richmond había insistido en comprar. Era de seda blanca ligeramente transparente y dejaba poco a la imaginación. Georgiana se había escandalizado al verlo y hasta el día de hoy [\[Office29\]](#) no entendía su fin, pero puesto que el hombre ya la había visto en ocasiones anteriores con prendas menores, le pareció ridículo negarse a ponérselo.

Además, en cierto sentido, era bonito.

Era una noche fría, así que no prender la chimenea sería un suicidio, por lo que no le quedó otra que avivar lo más posible el fuego. Sin embargo, apagó todas las lámparas de gas que se encontraban en las mesitas de noche, aunque eso no impidió que su silueta y la de la habitación en general fueran visibles. Recostándose en la cama, se cubrió con la sábana y miró hacia la puerta que había dejado entreabierta.

A cada segundo que pasaba, su nerviosismo aumentaba una décima, pero a medida que los minutos transcurrían y él no aparecía, empezó a preguntarse si iría.

Poco a poco, el peso del día fue cobrándole factura y los ojos fueron cerrándose hasta que se durmió.

Un cosquilleo en su brazo la hizo removerse y volver a la realidad. Abrió poco a poco los ojos, deduciendo por la intensidad de la luz del fuego que no había pasado mucho tiempo desde

que se había dormido. Se giró en dirección a la caricia y se encontró con esos ojos ámbar que la miraban con tantos sentimientos que era imposible definir uno solo.

—Lo siento. No quería despertarte.

Aún un poco adormilada, Georgiana analizó la extraña disculpa.

¿No se suponía que debía de estar despierta para... eso?

—Perdóname a mí —dijo, bostezando—. No era mi intención dormirte. Solo que... eh... No sabía si vendrías —confesó al final, un tanto avergonzada.

—No sabía si iba a hacerlo —admitió él—. No sabía si querías que lo hiciera.

—Desconocía que necesitaras mi consentimiento.

Él la miró con intensidad.

—Siempre, Geo, *siempre* solicitaré tu consentimiento.

Ella se dijo que en realidad no debió esperar otra cosa de él. Un alma tan noble como la suya jamás hubiera hecho otra cosa, y ella estaba segura que si le pedía esperar, él lo haría.

Sin embargo, ¿eso de qué le valía? Era su esposo. Tarde o temprano tendría que suceder.

—Sabes que lo tienes.

Él esbozó una sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Lo tengo porque lo deseas, o porque sientes que es tu deber?

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó, incorporándose un poco.

—Mucha —respondió cerca de su oído, causando que un escalofrío recorriera su columna.

De pronto, aquellas cosquillas en el vientre volvieron a aparecer, y el frío de la noche pareció esfumarse. Vio su cabeza acercarse y sintió sus labios acariciarle el cuello. Las cosquillas se incrementaron y el calor aumentó.

—Dime, Geo —insistió en un susurro, cerca de sus labios—. ¿Cuál es tu respuesta?

Se había colocado encima de ella. Su cuerpo, tan cerca del de ella, le hacía difícil la tarea de elaborar alguna respuesta coherente.

Al final supo lo que debía decir.

—Porque lo deseo.

Y como si esa simple frase dicha casi en un murmullo fuese lo que él hubiera esperado, trasladó los labios a su boca y los devoró con una extraña mezcla de pasión y a la vez dulzura, encendiendo el cuerpo de Georgiana; haciéndola temblar de placer. Ella respondió al beso como pudo y las manos de él iniciaron un recorrido por todo su cuerpo, acariciando, apretando. Georgiana gimió cuando la boca se posó de nuevo en el lugar sensible del cuello, a la vez que las manos del hombre le separaban los muslos para encajarlos en las caderas masculinas. Ella sintió algo duro presionar contra su vientre y el temor virginal atravesó por un momento la barrera de la excitación.

Su cuerpo se tensó y él se dio cuenta.

—¿Sucede algo? ¿No estás segura? —preguntó con suavidad, aunque sonó ronco y algo forzado.

—No es eso, es que yo... eh...

A Georgiana nunca le había gustado estar en situaciones que no podía manejar, y esa era, sin duda, una de las peores. ¿Cómo le explicaba que no sabía qué tenía que hacer? Era un asunto demasiado bochornoso, y la posición no contribuía a relajarla. Tener sus cuerpos encajados de forma tan íntima provocaba que no pensase con claridad, pues sentía un cosquilleo extraño en la piel. No obstante, tampoco se atrevió a pedirle que cambiaran de postura para hablar con más diplomacia. Eso hubiera sido el colmo de su vergüenza, aparte de que, aunque no lo admitiría en voz alta, extrañaría el contacto.

—Sucede que no tengo mucha información sobre este tema —admitió al final. Desvió la vista aunque sus cachetes rojos revelaban la vergüenza—. No sé qué hacer. Nadie me habló de esto.

Con suavidad, Alec tomó su cara e hizo que lo mirara. La dulzura en sus ojos le dio seguridad a Georgiana.

—Geo... —susurró, y comenzó a esparcir pequeños besos a lo largo de su cara—. No te preocupes, yo te enseño. ¿Confías en mí?

Georgiana no dudó la respuesta.

—Sí.

Alec volvió a tomar posesión de su boca, y movió sus labios de una forma tan embriagadora que ella casi no se percató de que había subido su camisón hasta descubrirle los senos. Cuando él la instó a incorporarse para quitárselo, Georgiana se volvió a poner nerviosa.

—¿Esto... es necesario?

—Sí —respondió él sin dudar. Aunque no le vio la cara porque la tenía hundida en su cuello, Georgiana sintió que estaba sonriendo.

Le angustiaba un poco la posibilidad de quedar totalmente expuesta, sobre todo porque la luz de la chimenea bastaba para quedar sometida a una observación al detalle. Sin embargo, los besos en el cuello y las manos en los senos la llegaron a distraer tanto que no se preocupó como debería por el asunto, y él terminó quitándole el camisón.

El momento incómodo vino cuando estuvo desnuda y él detuvo lo que hacía para observarla. Georgiana estuvo segura de que cada centímetro de su piel se ruborizó por la vergüenza. Quiso cubrirse, pero él seguía con las manos en sus pechos y los acariciaba con suavidad.

Sus ojos la miraban, embelesados.

—Eres hermosa —musitó antes de hacer algo insólito.

¡Tomó uno de sus pechos en su boca!

Georgiana estuvo a punto de preguntar si eso también era necesario, siquiera correcto, pero la sensación fue tan agradable que lo único que pudo emitir fueron jadeos. Tenía que ser correcto, no

podía ser de otra forma.

Ella enredó las manos en sus cabellos por instinto, para que no se separara, y se apretó más contra él, disfrutando de cada succión, cada lengüetazo. Mientras, el otro pecho también estaba siendo torturado de forma similar por la mano de él. El calor recorría todo su cuerpo y sentía una punzada de necesidad en un lugar debajo de su vientre.

Como si lo hubiera adivinado, él introdujo la mano libre entre sus piernas y fue ascendiendo hasta acercarse cada vez más al centro que reclamaba atención.

La Georgiana real lo hubiera detenido y se hubiera escandalizado, pero esa no era ella. Estaba poseída por un espíritu desconocido y su cuerpo estaba ahora a merced de ese hombre. Él podía hacer con ella lo que quisiese, y ella aceptaría gustosa.

Cuando llegó a ese punto tan sensible, Georgiana jadeó tan fuerte que casi pareció un grito.

¡Qué sensación tan maravillosa!

—¿Te gusta, Geo? —preguntó él en el intermedio que tuvo antes darle atención al otro pecho.

Ella, por supuesto, no respondió. Le pareció ridículo malgastar energía en responder algo que era obvio cuando la podía concentrar en adivinar qué era esa tensión tan maravillosa que se acumulaba en su cuerpo y amenazaba con explotar, que provocaba que se moviera al ritmo del dedo que la acariciaba, buscando incrementar y acelerar el contacto. Se sorprendió mucho cuando un dedo se introdujo en su interior, pero más se sorprendió con lo mucho que había estado deseando que algo la llenara. El dedo se movió primero a un ritmo suave, luego más rápido y, entre eso, la boca en su pecho y el pulgar en ese punto tan sensible, Georgiana explotó.

Nunca antes había sentido algo similar. Era como si estuviera subiendo al cielo para luego bajar con el cuerpo relajado, laxo. No pudo pensar nada coherente durante los próximos segundos; solo sentir, disfrutar.

No recordaba haber cerrado los ojos, pero cuando los abrió, ahí estaba él, mirándola con una ternura que le ablandó el corazón. No sabía cómo describir la conexión que sintió hacia él en ese momento, solo supo que no quería separarse de su lado.

Pensó un poco en lo que había sucedido y se preguntó si ya habría terminado. No lo creía. La única que parecía haber disfrutado era ella, y si el hombre no disfrutaba, no se buscaría tantas amantes. Además, seguía sintiendo un bulto presionar contra su vientre. Eso seguro tenía algo que ver.

Lo miró, interrogante, y como respuesta, Alec se incorporó un poco y se quitó los pantalones.

Ella no pudo evitar quedarse sorprendida ante el tamaño del miembro. Jamás había visto algo similar, y se preguntó con cierto miedo qué pensaba hacer con él.

A pesar del nerviosismo, sintió mucha curiosidad y estuvo a punto de cometer el imperdonable atrevimiento de tocarlo. Se horrorizó de tal osadía y de la forma en que el instinto le ganó al sentido común.

Él se percató y sonrió.

—Puedes tocar si es tu deseo, Geo. Te aseguro que no tiene nada de malo.

Ella dudó, pero pensó que si él había podido tocarla así, ella también podría.

Extendió la mano y, con cierta duda, tomó el miembro entre sus dedos. Se sorprendió de que fuera tan suave y a la vez tan duro. De nuevo se preguntó qué papel jugaría en ese acto. Empezó a subir y bajar su mano alrededor del miembro, como intentando descubrir su misterio.

Observó que Alec había cerrado los ojos y gemía ante los movimientos de la mano de ella. Ella lo interpretó como placer, ya que él no la detuvo, y siguió experimentando con los movimientos. Estuvo así unos minutos más. Se sorprendió por la satisfacción que sentía al darle placer a su esposo, y de cómo su cuerpo se calentó por esa simple acción.

—Basta, Geo —dijo de repente, y la detuvo. Antes de que ella pudiera preguntar si había hecho algo mal, él se acomodó encima de ella. Su rostro se volvió pensativo un momento. Luego, su mano acarició con ligereza su abdomen y volvió a colarse entre sus piernas. Uno de sus dedos se posó en la entrada que había explorado hacía poco con su dedo. Estaba demasiado empapada, Georgiana no sabía por qué, aunque eso a él no pareció importarle.

Volvió a introducir su dedo en el húmedo agujero y Georgiana al fin entendió lo que iba a pasar. Se imaginó ese miembro grande y duro entrando en ella e hizo una mueca.

—¿Me dolerá? —preguntó, con voz temblorosa. El dedo se empezó a mover dentro de ella, y eso la distrajo un poco.

Alec esparció unos cuantos besos por su cara antes de responder:

—Sí, pero solo esta vez, te lo prometo. Tendré cuidado.

Él tomó de nuevo posesión de sus labios y la distrajo lo suficiente para que se relajara mientras se acomodaba entre sus muslos y empezaba a empujar. Ella gritó cuando él rasgó la barrera de su virginidad. Alec se quedó quieto un momento y se dedicó a esparcir besos, esta vez por su cuello, deteniéndose en un punto sensible que la ayudó a relajarse.

Cuando sintió que su cuerpo aflojaba, empujó más hasta enterrarse todo lo que pudo.

—¿Estás bien?

Georgiana asintió con los ojos cerrados. Experimentaba la nueva sensación de tenerlo dentro de ella. Se sentía tan extraño y a la vez tan agradable... Una mezcla rara de incomodidad y placer. El dolor fue menguando con los minutos hasta casi desaparecer, y cuando él se empezó a mover, solo quedó una leve molestia; nada en comparación con la tensión que crecía de nuevo en su cuerpo.

Al final de la noche Georgiana pensó en que, solo por eso, todos los problemas habían valido la pena.

Capítulo 20

La tenue luz del sol atravesó las cortinas de la ventana y provocó que los ojos de Georgiana entendieran que ya había amanecido. Con flojera, dio vueltas en la cama y abrazó la almohada, deseado volver a su sueño reparador y no tener que enfrentar el día. No obstante, como sucedía cuando Morfeo ya te había echado de sus brazos, no pudo volver a dormir y abrió los ojos para fulminar con la mirada a la luz causante de su poco descanso, solo que en lugar de encontrarse con la ventana abierta, se encontró con un hombre parado frente a esta.

Ruborizada por los recuerdos de la noche anterior, cerró los ojos casi deseado que se fuera para que no fuera testigo de su vergüenza, pero como venía sucediendo últimamente, la suerte no la acompañó.

—Buenos días, Geo —dijo.

Resignada y roja como un tomate, abrió de nuevo los ojos. Él no se había girado hacia ella, pero eso no supuso mucho consuelo cuando se percató de que tenía el torso desnudo.

Al menos se había puesto los pantalones.

—Buenos días —respondió en un murmullo.

Cuidando mucho de mantener la sábana cubriendo su cuerpo, se incorporó lentamente hasta quedar sentada. Él se giró en ese momento y le dedicó una sonrisa dulce.

—¿Cómo estás?

Ella hubiera querido responder a esa pregunta con la exactitud que deseaba, pues una contestación general parecía muy vaga y poca cosa para expresar el deleite que experimentaba en ese momento.

Era algo extraño. Su cuerpo estaba relajado, saciado; su mente, por primera vez en muchos años, sin preocupaciones o congojas que la atormentaran, y ese día en específico no le interesaba pensar en nada.

—Muy bien —respondió incapaz de decir palabras más emotivas, pues una parte de ella seguía restringida.

—He mandado a pedir el desayuno —informó, acercándose. Se sentó en una esquina de la cama, y Georgiana, que se encontraba en el centro, se debatió entre acercarse o mantenerse alejada de la tentación, pues ya no le quedaba duda de que ese hombre con sonrisa de ángel había sido expulsado del cielo y ahora era el pecado personificado, que la tentaba a que mordiera el fruto prohibido—. Espero que no te moleste.

Puesto que sentía el cuerpo pesado y tenía ganas de todo menos de salir de la cama, a Georgiana no le molestó en lo absoluto. Una de las ventajas de estar casada era que podía

desayunar en la cama, y poco le importaba en ese instante que los sirvientes pudieran verla en paños menores y especularan sobre lo que sucedió. Al fin y al cabo, era lo que debía suceder, ¿no?

Ruborizada al seguir recordando, Georgiana desvió la cara para ocultar su vergüenza y el golpe en la puerta la salvó de ser víctima de un escrutinio.

Alec fue a abrir, y quizás comprendiendo un poco la posición de ella, no dejó que el servicio entrara. Dio las gracias y él mismo llevó dentro el carrito donde asomaba un desayuno delicioso. Puso tostadas, mermelada, mantequilla y huevos en la bandeja y se sirvió un poco de zumo de naranja. Luego, se la llevó y colocó la bandeja sobre sus piernas.

Georgiana le dio las gracias y se incorporó un poco más, pensando en cómo comer sin obligarse a soltar la sábana que mantenía sus pechos ocultos. A Alec eso le causaba gracia, y ella lo sabía, pero el pudor no era algo de lo que pudiera desprenderse con facilidad. Al final, optó por colocar una almohada entre su pecho y la mesita donde estaba el desayuno. Él, por supuesto, se carcajeó, pero ella lo ignoró y empezó a untar mermelada en una de las tostadas.

Sintió que se acercaba a ella hasta que su aliento rozó su oído.

—De igual manera, recuerdo perfectamente la forma —le susurró en el oído, provocando un rubor que se expandió hasta la raíz de sus cabellos.

Él volvió a reír y le dio un tierno beso en su mejilla para luego dedicarse a jugar con uno de los mechones dorados que, a la luz del sol, a Alec se le asemejaban a delgados hilos de oro. Su brillo era tal que nadie dudaría en creerla un ángel. Eso era: un ángel.

—¿No vas a desayunar? —cuestionó ella, pasado un rato en el que el rubor disminuyó. Él seguía jugando con los cabellos que recordaba haber rogado que no soltara de la trenza, pero como poca fuerza tenía su voz en ese momento, él la ignoró y ella no se resistió en demasía. Ahora debían estar enredados, pero a ella no le importaba mucho.

—No tengo hambre —respondió él, que continuaba concentrado en los mechones de cabello. Parecía un niño al que le acababan de dar un nuevo juguete—. ¿Qué quieres hacer hoy? Había pensado que quizás podíamos dar un paseo a pie y almorzar al aire libre. Es un lugar muy bonito.

Georgiana asintió un tanto entusiasmada. No visitaban con frecuencia el campo porque sus padres siempre habían sido aficionados a la ciudad y las diversiones que esta les proporcionaba, pero ella había adorado su tranquilidad y la paz que se respiraba allí. Cuando pasaba mucho tiempo en un sitio donde se sentía constantemente atosigada, el silencio del campo y el aire puro podían obrar maravillas.

—Excelente. —A regañadientes, soltó el mechón de pelo que le proporcionaba una distracción y se bajó de la cama. Empezó a buscar sus ropas por la habitación y halló la camisa en una esquina a un metro de la cama. La recogió, la sacudió, se la puso y salió murmurando algo como «por qué diablos pusieron mi equipaje en otra habitación».

Georgiana se terminó su desayuno y llamó a la misma doncella que la había asistido en la noche para que le ayudara a buscar un buen vestido que ponerse e hiciese algo decente con su enredado cabello.

Al final optó por un sencillo vestido de muselina azul claro de paseo. Su nuevo guardarropa aún debía estar confeccionándose, por lo que tendría que usar colores pasteles un tiempo más. La doncella desenredó su cabello con dificultad debido a la tendencia de este de rizarse en la puntas, y al final se lo trenzó y recogió en la nuca. Colocándose un sombrero para proteger su cutis de las manchas del sol, bajó y se encontró con Alec dos horas después de verse por última vez.

Él tampoco había puesto demasiado esmero en su arreglo. De hecho, había prescindido del frac y solo llevaba un chaleco beis encima de la camisa blanca, unos pantalones de algodón y botas a las que les faltaba brillo. Otra ventaja del campo era que no tenían en cada esquina a alguien observando minuciosamente, y podía optar un poco más por la comodidad a la hora de vestir.

Alec le tendió el brazo y Georgiana enlazó el suyo. Luego se dirigieron a la salida, donde el mayordomo les ofreció una canasta que Alec tomó. Supuso que sería alguna merienda para el camino. Salieron y comenzaron el paseo por un camino de grava que los condujo hasta una pradera llena de hermosas flores donde lo único que se escuchaba era el sonido de los pájaros y el sol podía expandir su luz con total libertad. A lo lejos se veían varios tejados que debían pertenecer a un pueblo.

Él abrió la canasta, sacó una manta pulcramente doblada y la extendió sobre la grama. Luego, para sorpresa de Georgiana, se acostó en ella con los brazos detrás de la cabeza.

Georgiana, por su parte, optó por sentarse como se suponía que debería sentarse una dama en ese tipo de situaciones: con las rodillas dobladas y pegadas al suelo y cuidando que la falda no dejara ver ni un milímetro de piel.

—Aquí no hay normas, Geo, ese tipo de cosas no son incorrectas —le recordó él, como si hubiera descifrado sus pensamientos.

—Hay costumbres difíciles de quitar —se defendió ella.

—Y no hay nada peor que vivir de una costumbre —replicó y estiró uno de sus brazos para tomar una de sus manos e instarla a acostarse—. Vamos, ninguna matrona reprobará tu comportamiento.

Dubitativa, ella se fue recostando hasta que quedó en la misma posición que él. Alec se incorporó un poco, apoyó su codo en el mantel y colocó la mano en su cabeza para observarla. Tomándola desprevenida, extendió su mano libre y desató el nudo que sujetaba su sombrero.

—¡No! —chilló ella cuando vio sus intenciones—. Me saldrán pecas y se me arruinará el cutis —protestó, pero no fue lo suficientemente rápida para evitar que él se deshiciera de su sombrero y lo tirara lejos—. ¡Alec! —reprendió y empezó a incorporarse para buscarlo, pero él la detuvo colocándole una mano en el hombro.

—Geo, relájate. Nada podría arruinar tu cara, te lo aseguro. —La instó a volver a acostarse—. Por una sola vez, no pienses en ninguna regla o en que haces algo incorrecto o no. Solo cierra los ojos y deja que el sol que pega en tu cara te haga sentir viva, libre. Solo por un momento, Geo, olvídate de todas las cadenas que te atan al buen comportamiento y siéntete feliz.

Georgiana lo hizo, pero no supo si fue por complacerlo o porque la promesa de lo que le esperaba si lo hacía sonaba demasiado tentadora para rechazarla.

Libertad...

Con los ojos cerrados, Georgiana dejó que la brisa fresca acariciara su cuerpo y que el sol volcara toda su energía sobre su rostro. Al principio, por instinto, deseó cubrirse, pero cuando se empezó a sentir tranquila lo dejó hacer.

Era extraño, pero estar ahí, acostada en una manta, sin sombrero y con muchas posibilidades de arruinar su cutis, terminó relajándola en un punto porque nadie la regañaba: porque, por primera vez, se estaba dejando llevar y nadie le decía que era incorrecto. Por primera en su vida no se sentía atada a un comportamiento determinado, y saber que podía hacer lo que quisiera sin que nadie se lo reprochase la hizo sentir tan bien que, por un efímero momento, deseó que fuese eterno y que nunca tuviera que regresar a donde su comportamiento era restringido.

Se rio internamente de esa idea. ¿Cuándo, en todos sus años de vida, Georgiana Birch había querido vivir al margen de la sociedad? Quizás siempre lo quiso pero nunca concibió pensarlo siquiera porque era imposible.

El sol dejó de darle calor y ella abrió los ojos para ver cuál era la nube inoportuna que la había privado de su paz. Su disgusto se desvaneció cuando vio los bellos ojos ámbar encima de los suyos. Alec, apoyado en los codos, se había colocado encima de ella y ahora la miraba con algo difícil de descifrar; un sentimiento intenso, atrayente, que hacía que su iris la viera como si fuera la persona más maravillosa del mundo.

Con una mano, él acarició su mejilla y murmuró:

—Eres hermosa.

Georgiana se sonrojó y le sostuvo la mirada, embelesada por su intensidad cada vez más difícil de ocultar. Las palabras de la viuda rondaron otra vez su mente, y sin saber muy bien por qué, preguntó:

—¿Estás enamorado de mí?

Alec se mantuvo en silencio solo un minuto. No preguntándose cómo había llegado a esa conclusión, porque se hacía una idea, sino analizando cuál sería la mejor respuesta a dar, si admitir la verdad a riesgo de todo o mentir y mantener todo estable. La segunda era, por supuesto, la mejor opción, por lo que no entendió cómo terminó respondiendo:

—Sí.

Georgiana desvió la mirada, de pronto incapaz de sostenérsela. Eso que decían de no preguntar

algo cuando en realidad no se deseaba saber la respuesta era bastante cierto, pero ella quería saberlo; una parte de sí lo anhelaba, solo que ahora no sabía cómo reaccionar.

—Alec... Yo...

Él colocó un dedo sobre sus labios para silenciarla.

—No tienes que decir nada. Puedes actuar como si yo no hubiera dicho nada, si lo deseas.

Ella negó con la cabeza. No quería desviarse del tema.

—¿Por qué? —cuestionó.

—¿Por qué no? —replicó a su vez.

—Porque soy fría como el invierno y tengo el corazón de hielo, ¿recuerdas?

Entonces fue él quien negó con la cabeza.

—Eso no es verdad.

—Lo es. No sé si podré amarte alguna vez. Te dije que no creo en ese tipo de cosas.

—No te estoy pidiendo amor, Geo, es algo que no se puede exigir. Pero con respecto a que no crees que exista... Pienso que simplemente tienes miedo a salir heridacomo tu mamá.[\[Office30\]](#) — Bajó el dedo que tenía cerca de sus labios y estableció una lenta y suave caricia por su garganta —. No debes cerrarte por eso, Geo. El amor no es necesariamente entrega incondicional y dolor; puede causar sufrimiento, sí, pero nada que no se pueda superar si te quieres a ti misma, y eso, mi querida lady Georgiana, es algo que le sobra.

»Tampoco voy a presionarte. Mejor olvidemos esto. —Y como si quisiera que sus palabras se cumplieran, inclinó la cabeza y la besó, por lo que Georgiana no pudo replicar nada más en un buen rato.

Cuando regresaron a la casa, algo hambrientos a pesar de haber devorado la merienda que la cocinera amablemente les proporcionó, el mayordomo le entregó a Alec dos notas que tenían escrita la palabra «importante» en el sobre.

Una era de su hermano, y la otra de Jackson.

—¿Quién habrá muerto? —preguntó con humor, tomando la carta de su hermano.

—Quizás solo te extrañe [\[Office31\]](#)—comentó ella, despreocupada.

—¿Julian? Si todos nosotros nos mudáramos a América, haría una fiesta —dijo mientras rompía el sello del sobre y sacaba la carta.

Comenzó a leer y la sonrisa de humor que bailaba en sus labios desapareció a medida que sus ojos se posaban en una palabra distinta, dándole coherencia a las oraciones. Preocupado, tomó la nota de su amigo Jackson y la abrió solo para confirmar lo que su hermano había escrito.

Cuando finalizó, la mirada que le lanzó a Georgiana le hizo saber a esta que algo no andaba bien.

—¿Qué sucede? —preguntó, haciendo gala de su famosa calma, aunque un ápice de preocupación no pudo evitar arruinar la perfección del tono—. ¿Una mala noticia?

—Geo... eh... Temo que ha estallado un escándalo.

Sin comprender a qué se refería, pero pálida por la anticipación, le arrebató una de las cartas y la leyó por encima. Su boca ahogó un jadeo y sus manos comenzaron a temblar.

Su mayor miedo se había hecho realidad.

Estaban arruinados.

Capítulo 21

Escándalo.

La palabra a la que Georgiana más había temido en su vida. La palabra que últimamente solía acompañarla, y la palabra que marcaría su futuro, por lo visto. Releyó una vez más las letras de su cuñado y sintió cómo un peso empezaba a apoderarse de su cuerpo. Pronto necesitó apoyarse en algo: Alec fue lo suficientemente rápido para plantarse como su soporte.

Alec observó el rostro de Georgiana. Si no hubiera estado sosteniéndola, habría apretado los puños para drenar un poco la furia que lo recorría. Por varios días se había olvidado de ese asunto que había estado investigando desde que tuvo conocimiento de él, pero estaba claro que reducirle importancia había sido uno de los peores errores que pudo haber cometido, pues solo le había dado la oportunidad al difamador de por fin abrir la boca.

Algo que no llegaría a comprender del todo era el motivo de hacerlo ahora. ¿Por qué, ahora que ella ya estaba casada, decidía soltarlo todo? Le parecía un tanto absurdo, considerando que su reputación no se vería tan afectada como lo hubiera estado si hubiera estallado cuando aún era soltera. Ahí podría decirse que haría verdadero daño, pero ahora... Solo los volvería blanco de especulaciones; muchas especulaciones, diría Alec, haciendo una mueca ante lo cruel que podía volverse la sociedad, pero nada más.

Observó a Georgiana, que hacía innumerables esfuerzos por mantener el control. A pesar de todo, la entendía. No debía ser fácil para ella saber que, de nuevo, su nombre estaba en boca de todos. Ya de por sí debió haber sido difícil tolerar las murmuraciones respecto al matrimonio: no se imaginaba lo complicado que debía ser para una persona acostumbrada a decir con orgullo su apellido que se cuestionara su comportamiento cuando estaba soltera.

La gente podía ser muy cruel incluso sin proponérselo.

—Geo... —le dijo, rodeando sus hombros con uno de sus brazos—. Tranquila, no es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? —repitió ella con voz ahogada, pasándose una mano por la cara—. ¿No es para tanto, Alec? Mi apellido... Bueno, mi nombre ha sido desprestigiado, y no solo el mío, sino el tuyo por haber sido el imbécil que se casó con una mujer impura.

Estaba perdiendo la compostura. Hubiera sido algo de admirar si la situación fuera otra.

—Lo que diga la gente de mí me da igual, Georgiana, ya deberías saberlo.

—¡A mi no! —gritó ella, perdiendo la batalla contra la histeria—. A mí no me da igual. No lo tolero, Alec; no sé si podré tolerar otro escándalo más. Desde el escándalo de la boda mi reputación pendía de un hilo, y ahora con esto... La sociedad nos dará la espalda.

—¿Y eso es tan importante? —cuestionó él, con una calma que exasperó a Georgiana.

—¡Claro que sí! Es decir... No se puede vivir excluidos de sociedad, Alec.

—Tampoco se puede vivir al margen de sus reglas, Geo. Nunca se podrán complacer del todo, y su afición favorita es perjudicar a los otros. ¿De verdad quieres vivir en una sociedad así?

—¿De verdad quieres vivir fuera de la sociedad? —rebatió ella—. ¿Sin amigos?

—¿Existen verdaderos amigos en esa sociedad, Geo? Porque los verdaderos no se irán a pesar de los rumores, y los demás no valen la pena si se van.

—Puede que no tenga verdaderos amigos, pero no quiero excluirme, Alec. Es la única vida que conozco, la que siempre luché por mantener, y pensar que mi buen nombre terminará de hundirse en el fango... puede con mi autocontrol. No puedo, simplemente no puedo tolerar una vida siendo víctima del escarnio público.

—Entonces temo que ha sido bastante mala suerte que hayas terminado casada conmigo.

No había ningún sentimiento expreso en su voz, por lo que Georgiana no pudo adivinar si se sentía ofendido, herido, o qué era lo que quiso expresar con esa simple frase. Fuera lo que fuese, tenía la impresión de que acababa de cometer un error.

—Alec... —comenzó, sin saber muy bien qué decir.

—Iré a ordenar que recojan todo para regresar en unas horas a Londres. Es hora de descubrir quién es el del rumor y enseñarle por qué es mejor no difamar a una dama. Si es que tu hermano no se me ha adelantado, por supuesto.

Dicho eso, desapareció por el pasillo, dejando a Georgiana con la amarga sensación de haber cometido un error.

Dos horas después estaban de camino a Londres. Georgiana mitigaba su ansiedad arrugando la falda de su vestido con la mano, y Alec miraba por la ventanilla del carruaje, pensativo.

Bonita forma de arruinar los que prometían ser tres perfectos días.

Pensó en algo que decir; cualquier cosa que rompiera el incómodo silencio en el que estaban sumidos, pero ninguna palabra parecía ser suficiente para garantizar que, al ser pronunciada, la incomodidad no fuera peor. Tenía la impresión de que alguna de sus palabras anteriores no le había agradado, pero no estaba muy segura de cuál de todas.

¿Era acaso pecado querer seguir siendo invitada a eventos? ¿Tenía algo de malo no querer ser excluida de la sociedad? Georgiana sabía que las personas que allí se movían no eran las mejores de todas, pero era el mundo que conocía, y si le daban la espalda... No sabría cómo vivir con el rechazo.

Tenía una ligera idea de lo que le había molestado, pero no sabía muy bien cómo tratar el tema. Georgiana temía que él se hubiera sentido ofendido por repeler lo que él representaba, y porque quizás creía que ella se arrepentía de la boda. Sin embargo, y a pesar de que era cierto, ella nunca lo culparía o se arrepentiría del todo de la boda, pues no se habría necesitado mucho tiempo para

comprobar que, en realidad, mejor partido no hubiera conseguido. El único defecto que podía achacarle al hombre era ser problemático. Por lo demás, tenía las cualidades de un hombre que cualquier mujer desearía.

No tuvo tan mala suerte, después de todo, aunque sonara irónico.

—Alec... —lo llamó y él giró la cabeza para prestarle atención. Su semblante no decía nada, estaba vacío. Si algo pululaba por su mente, no había manera de saber qué. Quizás eran tantas cosas que, a falta de poder expresarlas todas, no expresaba ninguna—. Sobre la conversación de hace un rato, en ningún momento quise decir que...

Él la detuvo con un gesto de manos.

—No me he sentido ofendido, Geo, si eso es lo que crees.

—¿Entonces es molestia? —preguntó ella, con calma.

Él negó con la cabeza.

—Esta es la vida que me ha tocado vivir, Geo, llena de problemas. Me he acostumbrado a ello y a vivir así.

—No comprendo, entonces.

—Simplemente lamento que jamás podrás ser feliz a mi lado, Geo.

Su cara seguía sin expresar nada, pero su voz había estado cargada de sentimiento. Ese que le dejaba claro que una parte de él deseaba con toda su alma que ella fuera feliz; que había tenido esa esperanza, pero se había esfumado. Georgiana recordó tarde que él estaba enamorado y se sintió mal, muy mal, porque le estaba haciendo daño. Podía adjudicarlo al hecho de que lo había llegado a apreciar, y a ningún ser humano con un mínimo de sentimiento le gustaba ver sufrir a otro, pero sentía que estaba mintiéndose un poco. No era solo eso, pero tampoco podía explicar con exactitud qué era: simplemente no le gustaba verlo mal. Algo dentro de sí se encogía cuando sucedía, y protestaba porque una persona que la trataba tan bien, y que además había hecho mucho más por ella que cualquiera que la conocía, sufriera por su culpa.

Iba a decir algo, cualquier cosa por borrar ese tono melancólico que empezaba a deprimirle sin motivo alguno, pero él continuó:

—Yo represento todo eso que aborreces, Geo: escándalo y problemas juntos. Tarde o temprano me odiarás por haber convertido tu vida lo que más detestas, por verte excluida por mi culpa... por arruinarte.

—Yo jamás te odiaría, Alec.

Lo dijo con tal convicción que casi lo convenció a él. Pero no lo hizo, no del todo. Alec sabía que sucedería, lo tenía bastante claro. Georgiana no estaba acostumbrada a una vida de escándalos y posiblemente nunca lo estaría. Cuando empezaran a llegar, cuando el apellido hiciera de las suyas, no podría soportarlo. Entonces, él sería el culpable y solo Dios sabría en qué terminaría su matrimonio.

No quería ni pensarlo.

Georgiana supo que él no la creyó y de pronto sintió la necesidad de seguir hablando hasta convencerlo, pero no sabía qué decir. No era el tipo de persona con facilidad para expresar sus sentimientos o emociones, y era más complicado aún cuando había sido educada para aprender a mantenerlas bajo control. Lo que sentía tampoco era fácil de explicar, porque no tenía idea de qué era con exactitud lo que Alexander Allen provocaba en ella. Solo sabía que, desde que lo conocía, no era la misma. Se sentía diferente. No estaba tan atada, se sentía comprendida, apoyada... Sentía que alguien no la veía como todos, sino que buscaba a la verdadera Georgiana, y eso la hacía sentir no bien; esa palabra no lograba definirlo del todo, sino muy... grata, por ponerle un adjetivo, aunque tampoco llegaba a expresarlo por completo.

—Alec, escúchame —comenzó, intentando ordenar sus pensamientos. Vio que tenía toda la atención de él y continuó—: Yo jamás te odiaría, y tampoco podría ser infeliz a tu lado porque... porque no eres el tipo de persona que podría hacer infeliz a alguien, por más que lo desearas. No te mentiré diciendo que el escarnio público no me importa. Lo hace, y mucho. Pero tampoco significa que vaya a culparte a ti por ello o que vaya a reprochártelo en un futuro. No podría, Alec. Puede que no me creas, pero... No me siento mal por haberme casado contigo. Al contrario. Eres...

»Resultaste ser mejor que todos esos partidos que entre toda tu familia me espantaron — culminó.

Esperó con cierta inquietud una reacción que no llegó.

Él no dijo ni hizo absolutamente nada, solo la miró sin que su cara ni sus ojos expresaran un mínimo de emoción. Y a ella la llamaban la dama de invierno, pensó con ironía, esperando que dijera algo. Había sido bastante difícil decir esas palabras, se merecía una respuesta.

—Geo... —Habían más emociones de las que Georgiana se imaginó en esa simple palabra. Alec se sentó a su lado y tomó sus manos entre las de él, transmitiéndole su calor. La miró a los ojos y esta vez sí había algo en ellos, muchas cosas, de hecho, por lo que no pudo identificar ni una con claridad—. Créeme que, si pudiera cambiar mi suerte o mi apellido, lo haría. Haría cualquier cosa por ti.

Georgiana sintió algo golpearle el pecho y no supo, o más bien *no pudo* responder. Cuánta facilidad para desmoronarla por dentro con unas simples palabras bien escogidas, y para colmo, llenas de absoluta sinceridad. Sentía que debía responderle algo, incluso más allá: sentía que debía corresponderle.

Georgiana sabía que eso no era un deber, pero no sentir nada por ese hombre podía catalogarse como sacrilegio. Claro que ella no definiría sus sentimientos hacia él como «nada», pues sentía muchas cosas, pero no estaba segura de si estaban al mismo nivel que él se merecía, si lograría alcanzar ese nivel algún día la fría dama de invierno, cuyo corazón de hielo impedía cualquier

sentimiento cálido.

Por suerte, no esperó respuesta, sino que acercó su rostro y la besó con suavidad, con ternura; con caricias cuyo único objetivo era hacerle saber lo feliz que se encontraba de tenerla cerca, a su lado. La felicidad que ella le provocaba.

Pasaron así varios segundos, minutos tal vez, separándose lo estrictamente necesario para que sus pulmones pudieran recargar aire y seguir. El tiempo se detuvo, y solo cuando el carruaje se paró frente a la casa de los condes, se obligaron a separarse y afrontar la realidad.

La desconocida y nada alentadora realidad.

Capítulo 22

Tal y como había predicho Alec y supuesto Georgiana, Dereck Birch no solo estaba molesto, sino que una vena asesina amenazaba con mandar lo que quedaba de su apellido al suelo. Georgiana solo lo había visto una vez con esa mirada de querer matar a alguien, y cabía acotar que los resultados no fueron los mejores en ese entonces. Ahora, mientras discutía con su esposo sabría Dios qué cosa, Georgiana solo podía rogar porque Alec actuara con sentido común.

Haciendo gala de una completa falta de educación, Georgiana apoyó el oído en la puerta del estudio del conde de Granard e intentó escuchar las palabras de la conversación de la que había sido excluida. Para declararse una familia que trataba al género femenino con igualdad, le pareció bastante ofensivo que los Allen le hubieran pedido esperar fuera mientras hablaban, sobre todo porque ella era la más interesada en el tema. No podían alegar temor a que perdiera los nervios, porque ambos sabían lo difícil que era eso de conseguir a pesar de las circunstancias. Así pues, Georgiana concluyó que su exclusión de la conversación se debía a que no deseaban que se enterase de que hablarían, y eso solo pudo causarle curiosidad.

—De verdad, lady Georgiana, no entiendo cómo se ha ganado el título de dama correcta cuando es la segunda vez que la atrapo escuchando tras una puerta. ¿Sus institutrices no le enseñaron que era de mala educación? Las mías no duraron más de una semana, pero aun así lo aprendí.

Georgiana le dirigió una mirada de advertencia a la melliza, que en ese momento la miraba con burla. Le hizo una seña para que guardara silencio y respondió entre murmullos:

—Este asunto me concierne.

—Entonces, ¿por qué no entra y les obliga a que la hagan partícipe de él? —preguntó la joven en voz igual de baja.

Georgiana miró a Clarice Allen, un tanto sorprendida por suvehemencia. Ya había escuchado que la joven Allen defendía ciertas cosas que no iban de acuerdo a una dama, pero no se había dado cuenta de ello hasta ese momento.

Sin embargo, Georgiana no era quién para juzgarla o opinar.

—Si el asunto le concierne, como estoy segura de que sucede, entre y exíjales que la mantengan al tanto. No pueden dejarla al margen.

Georgiana reconsideró un momento sus palabras y, por extraño que pareciera, concluyó que la joven tenía toda la razón. ¿Qué hacía ella intentando escuchar como una vulgar chismosa cuando tenía todo el derecho a participar? Era su futuro el que se debatía ahí dentro. ¡Tenía derecho a opinar!

Envarando los hombros, agradeció a la melliza con la mirada y tomó el pomo de la puerta para abrirlo, pero justo en ese instante, alguien de dentro se le adelantó y provocó que trastabillara hacia adelante por el impulso. Unas manos masculinas la ayudaron a mantener el equilibrio mientras los ojos castaños miraron con fastidio a la joven adolescente que estaba detrás de ella.

—No necesitamos más tus consejos, Clarice. Creo que deberías irte.

Clarice Allen se encogió de hombros con indiferencia y se fue con paso relajado, no porque fuera obediente y sintiera su deber obedecer a su hermano, sino porque, en realidad, no le interesaba en lo absoluto lo que allí decían.

—Exijo saber en qué concluyó todo —dijo Georgiana, adoptando una postura de autoridad con los brazos cruzados y una mirada desafiante.

Los hombres se dirigieron una mirada cansada.

—Debí haberte advertido que era mandona por naturaleza —le comentó Dereck a Alec con fingida exasperación. Este último se limitó a medio sonreír.

—Supongo que no todo pueden ser virtudes.

La mirada que Georgiana les dirigió les advirtió que no pensaba dejarse desviar del tema.

—Solo divagamos quién podía haber sido el que comenzó todo, Geo —le dijo Alec, con ese tono tranquilo que lo caracterizaba; aquel que instaba a los demás a creerle y confiar en él. Georgiana lo hubiera hecho si no hubiera notado algo raro en sus ojos—, y no hemos llegado a nada. Creo que hablaremos de nuevo con Jackson, a ver si nos ayuda.

Georgiana miró a ambos hombres intentando buscar algo que les dijera lo que en verdad sucedía, pero no encontró nada que delatara que mentían o algo similar. Así pues, tuvo que creerles, aunque dejó claro con su mirada que tenía sus sospechas.

Como si lo presintiera y quisiera despejar todas sus dudas, o al menos hacerla olvidar el tema, Alec pasó un brazo por sus hombros y le dijo:

—Todo saldrá bien.

Si esa frase fuera confiable viniendo de un Allen, hasta le habría creído.

—¿Te quedarás a cenar? —le preguntó a su hermano, que de pronto parecía muy entretenido con el cuadro en la pared.

Este sacó de su chaleco un reloj de bolsillo y miró la hora.

—No puedo. Tengo, eh... asuntos que atender. —Dicho eso, empezó a caminar hacia la salida.

Georgiana no pudo evitar replicar:

—¿Relacionados con lady Scarleth?

Si a Dereck le sorprendió que conociera el tema, no lo demostró.

—Puede ser. —Fue lo único que respondió antes de irse.

Georgiana prefirió no indagar más en el tema. Muchos problemas tenía ya.

—Vamos, la cena debe estar por servirse —notificó él, y se dirigieron al comedor.

La cena fue tal y como recordaba la última, aunque un poco más... escandalosa, cabía acotar, aunque los condes y el resto de la familia parecieron hacer un esfuerzo magnánimo por hacerla sentir bien y aligerar las tensiones que de pronto se formaban. Georgiana agradeció el esfuerzo de querer hacerle olvidar la situación crítica en la que se encontraba, pero era algo difícil cuando había en juego algo importante.

Al final de la noche, se disculpó y se dirigió al cuarto que le habían asignado, que supuso, por la decoración y las viejas prendas que había en el armario, que era el que usaba su esposo cuando residió allí.

Pidió el favor de una de las doncellas para que la ayudara con el vestido, y luego, cansada por todas las noticias recibidas en un solo día, se acostó y se durmió casi de inmediato. En el transcurso de la noche, sintió cómo otro peso se sumaba a la cama, pero no abrió los ojos pues su inconsciente ya lo había reconocido y solo se acurrucó contra él cuando los fuertes brazos masculinos la abrazaron, brindándole calidez, seguridad y, sobre todo, tranquilidad.

Al día siguiente, cuando despertó, se encontraba sola. Por lo visto, y a juzgar por la falta de calidez en el colchón, Alec había salido temprano. Georgiana sentía que seguía habiendo algo extraño en su actitud, o podía ser que quizás solo había deseado verlo al levantarse como el día anterior, sentir su presencia en el cuarto y disfrutar en silencio de la alegría que, por algún motivo extraño, su presencia le proporcionaba.

Sintiendo pocas ganas de levantarse de la cama y enfrentar la realidad, Georgiana dio varias vueltas hasta que al fin pudo reunir el valor para bajar a desayunar. Pudo haber pedido que se lo llevaran a la habitación, pero eso solo incrementaría sus ganas de esconderse ahí para siempre. Así pues, colocándose un sencillo vestido que no requiriera de la ayuda de la doncella, bajó a la salita donde se servía el desayuno. Puesto que eran casi las diez de la mañana y esa familia era, por lo visto, madrugadora, a Georgiana le tocó desayunar sola, pero no le molestó: solo se preguntó dónde estaría Alec.

Cuando terminó, le preguntó a una de las doncellas si sabía el paradero de su esposo, pero esta lo desconocía, al igual que el mayordomo, quien solo pudo informarle que había salido temprano.

Extrañada, Georgiana decidió dar un paseo por el jardín para relajarse. Le hubiera gustado visitar Hyde Park o salir en sociedad, pero el miedo al rechazo que le esperaba era más fuerte, sobre todo si no contaba con Alec como apoyo. A pesar de todo, el hombre era como su pilar: le brindaba algo seguro a lo que aferrarse.

Recorrió con lentitud el camino que llevaba a un bien cuidado invernadero, sin fijarse mucho en los detalles ni en el camino. En realidad, su mente estaba sumida en tantos problemas que era incapaz de centrarse en algo más. Vio a lo lejos un landó cubierto pasando; tenía el emblema de los marqueses de Bristol. Una mujer cuyo cabello canoso estaba recogido en una estricta cofia, tenía la cabeza asomada afuera y, por un segundo, su mirada se posó en ella. Un saludo de lejos

hubiera sido lo ideal para mostrar reconocimiento, pero a pesar de llevar varios años tratando a la marquesa, esta la ignoró y se escondió de nuevo bajo el capó.

Solo eso necesitó para esbozar su vida futura.

Sin querer deprimirse, Georgiana regresó a la casa con una parte de sí deseando no salir jamás. Si bien era cierto que el escándalo ahora que estaba casada no le afectaba tanto como si hubiera estado soltera, no carecía de verdad que incentivaba bastante su ruina social, ya muy cercana después del escándalo que la llevó al matrimonio. Y eso era algo que no estaba segura de poder soportar.

Entró a la mansión y se recostó en una de las paredes del vestíbulo, de pronto muy cansada para seguir caminando. Un peso se instaló en su pecho y deseó que su marido apareciera de pronto para brindarle un abrazo o una de esas palabras alentadoras que le aseguraban que todo estaría bien, aunque ni él mismo tuviera esa certeza. Al parecer, Alec se había vuelto una necesidad para mantenerla emocionalmente estable, y era ahora una droga de la que dependía y de la que no quería desprenderse. En el sentido emocional de la palabra, Georgiana jamás había dependido de alguien. Al principio era porque no se creía capaz de sentir algo semejante, pero en realidad ahora admitía que era cierto temor al sufrimiento. Sin embargo, depender de Alec en cierta medida no le asustaba tanto como pudo haber pensado antes, porque sentía que no era de ese tipo de dependencias que hacían daño, sino de las que completaban algo que faltaba.

—Con los años, lady Georgiana, la gente verdaderamente inteligente suele darse cuenta de que el hecho de que alguien le deje de hablar o no en realidad no tiene relevancia alguna. Vivir de las apariencias solo consigue reprimir a las personas, impedir que disfruten verdaderamente de la vida, y provocan que al final de sus días mueran con la amarga sensación de haber desperdiciado la única oportunidad que tuvieron de ser felices.

Georgiana se sobresaltó y dirigió su mirada hacia la voz gruesa, que no era otra que la del conde de Granard, quien, a unos metros de distancia y cerca de la ventana, dejaba claro que había sido testigo del acto de desprecio hacia ella.

—¿Se puede ser feliz cuando todos te dan la espalda?

—Si los que le dan la espalda son gente como esa, sí. Es más: podría incluso afirmar que es un requisito para serlo. La felicidad depende de uno mismo, lady Georgiana, de no dejarse influenciar e ignorar aquello que amenaza con amargarla. No crea que nos es grato vivir de lío en lío y de escándalo en escándalo, pero se termina agarrándole un poco de gracia cuando se comprende que amargarse por algo que no se puede cambiar es algo innecesario, y que, a veces, es mejor reír que llorar.

Georgiana no respondió. Reconsideró en silencio sus palabras, analizándolas.

—Nos ha tocado vivir en una sociedad que vive de las apariencias —continuó él—, y efectivamente, a veces para sobrevivir, hay que seguirles un poco el juego, pero jamás dejar que

nos dominen o les estarás dando demasiado poder para manejarla a su antojo. Y no hay nada que obstaculice más la felicidad que no tener el control de nuestras acciones. Piénselo.

El conde fue a marcharse, pero Georgiana lo detuvo con una sola palabra:

—Gracias.

Él se giró y esbozó una sonrisa. Luego, pasando una mano por los castaños cabellos a los que ya asomaban algunas canas por los lados, dijo:

—Prefiero que el pelo blanco demuestre sabiduría en lugar de años de disgustos por tolerar problemas propios y ajenos.

—¿No acaba de decir que la clave de la felicidad es no dejar que ese tipo de cosas nos afecten? —bromeó.

—Sí... Bueno, el consejo suele aplicar para quien no tuvo a su cargo a cuatro hermanos, de los cuales ahora quedan dos y un par de hijos que prometen otra larga lista de disgustos. Además, ¿no ha escuchado eso de que los consejos suelen ser para que los sigan otras personas y no uno mismo?

Georgiana sonrió por primera vez en esos dos días.

—Sí.

—Ahí está. —Se justificó el conde—. Buenos días.

Dicho eso, desapareció de su vista.

Alec no apareció hasta casi la hora de la cena. Georgiana le preguntó con tranquilidad a dónde había ido, pero él respondió, evasivo, que fue a atender unos asuntos. Ella notó cierto nerviosismo en sus palabras, pero supo que no le diría nada más aunque insistiera. Así pues, no pudo hacer más que el esfuerzo de creerle. Alec no era de ese tipo de personas que mentían con frecuencia, y Georgiana tenía la impresión de que, cuando lo hacía, no era por algún motivo extraño. Confiaba en él.

Cuando la cena finalizó, la familia se quedó un rato conversando en el salón como era costumbre. Georgiana aún no estaba del todo cómoda en el entorno, se sentía como una intrusa que no cuadraba con el aura de amabilidad que ellos representaban, pero hacía el esfuerzo porque ellos lo hacían por incluirla a ella.

Aún era temprano cuando Alec le sugirió en el oído que se retirasen. Ella asintió y ambos regresaron a la habitación que compartían. Cuando él cerró la puerta tras de sí, Georgiana vio algo extraño en su mirada. Había deseo, pero algo más: intensidad, decisión y... ¿Necesidad? Pero no era una necesidad sexual, no, era una necesidad diferente, necesidad de... ¿Ella?

¿Qué estaba sucediendo?

—Alec...

Él colocó un dedo en su boca para silenciarla.

—No digas nada, Geo, no esta noche. —Se acercó a ella y bajó un poco su cabeza hasta que ella sintió su respiración sobre la nariz—. Dejemos las palabras para mañana.

Movió el dedo que tenía en sus labios e inició una lenta caricia por su mejilla. Luego recorrió el camino hasta su barbilla y lo bajó por su clavícula hasta llegar a su pecho. Georgiana se estremeció y él bajó la cabeza para besar sus labios con suavidad, acariciándolos, jugando con ellos de una forma incluso tierna.

Ella soltó un pequeño gemido y se pegó a él en busca de más. Alec la abrazó y abandonó un momento sus labios para decirle al oído:

—Te amo, Geo. Nunca lo olvides. Una vez me dijeron que el invierno podía llegar a congelar el corazón más cálido, pero yo aún guardo la esperanza de que el corazón convierta el invierno en verano. Solo espero estar ahí para verlo. —Y sin darle tiempo a procesar sus palabras, la besó de nuevo.

Cuando Georgiana despertó, el sol alumbraba casi sin fuerzas algunas partes de la habitación. Era muy temprano, demasiado para alguien acostumbrada a dormir hasta tarde... y a quien mantuvieron despierta hasta tarde. No obstante, la ausencia de la calidez que la había acompañado durante la noche provocó que sus órganos despertasen, como si la necesitara para descansar en profundidad.

¿A dónde habría ido Alec cuando no eran ni las seis de la mañana?

Sintiendo de pronto un mal presentimiento, Georgiana se acercó a la ventana y se percató que no era la única que sufría de insomnio ese día. Lady Coventry, apoyada en el marco de la ventana de la casa de enfrente, también miraba al vacío con expresión preocupada. A Georgiana aún le parecía bastante cómico que la casa de ambos condes fueran vecinas tanto en Londres como en el campo, sobre todo si se consideraba lo mucho que le hubieses gustado al conde de Granard tener a su hermana a, como mínimo, muchos kilómetros de distancia.

La condesa se percató de su presencia y la saludó. Georgiana le correspondió y luego lady Coventry hizo una señal para que se encontraran abajo, en la verja que dividía las propiedades.

Colocándose rápido un vestido de mañana, Georgiana bajó y observó con deleite cómo los tonos anaranjado del cielo indicaban el comienzo de un nuevo día. La condesa apareció poco después, también vestida con prisas con un vestido de color rosa pálido. La saludó con una sonrisa que intentaba camuflar la tristeza. Fracasaba miserablemente.

Georgiana se preguntó qué le pasaba, y un extraño nudo se formó en su estómago.

—Supongo que tú también debes estar preocupada —le dijo la condesa, tomando las manos entre las suyas. Quería brindarle consuelo, aunque a Georgiana le gustaría saber por qué—, pero no te preocupes, Alec es un excelente tirador. Nunca fallaba. Solo erró una vez, para suerte de todos, y fue cuando atravesó el abanico de lady Bearted con una bala. Pero, por lo demás, nunca erraba un tiro.

El parloteo de la condesa parecía destinado a tranquilizarse más a sí misma que a Georgiana, y esta arrugó el ceño algo preocupada. ¿Qué quería decir con todo eso? Por supuesto que sabía que su marido era un buen tirador, pero ¿a qué venía? No pudo preguntar nada porque la condesa siguió hablando.

—¡Oh, tontos hombres! —exclamó, soltándole las manos y empezando a caminar de un lado a otro—. No entiendo por qué se niegan a ser civilizados. Tampoco comprendo cómo es que Eliot se ha aprovechado de que dormía para dejarme aquí. Pareciera no saber que no soy del tipo de persona que pierde los nervios con facilidad. ¡Es mi hermano el que se bate en duelo, por Dios! Tenía derecho a ir, ambas lo teníamos...

La mujer seguía hablando, pero Georgiana dejó de escuchar en el momento en que mencionó que Alec estaba en un duelo en ese preciso instante. Sintió su corazón detenerse por unos segundos, y una fuerte opresión en el pecho impidió movimiento o reacción alguna. Solo al ver su estado de conmoción, la condesa paró su parloteo y se dio cuenta de que había cometido un error.

—¡Oh, Dios! Yo creí que lo sabías, es decir, no...

Siguió hablando, pero Georgiana no la escuchaba. Un fuerte pitido en sus oídos se lo imposibilitó y la mantuvo fuera de la realidad a merced de sus propios pensamientos.

Alec en un duelo.

Alec estaba en un duelo en el que podía morir.

Oh, Dios mío... Oh, Dios mío.

Capítulo 23

Georgiana dio un paso involuntario hacia atrás, como si así pudiera escapar de la horrible noticia que le acababan de dar; como si pudiera evitar que le hiciera un nudo en el estómago y que agitara su corazón.

Pero no pudo.

La noticia la golpeó con una fuerza que no la mandó al suelo de milagro, y el miedo le imposibilitó a su cerebro trabajar con eficacia. No podía pensar otra cosa: en ese momento, su marido se estaba batiendo en duelo con alguien... y podía morir en el proceso.

La consciencia plena de esa posibilidad provocó que su corazón amenazara con detenerse del miedo.

Morir.

Él podía morir ese día. Y entonces, ¿qué haría ella?

«Te amo, Geo. Nunca lo olvides. Una vez me dijeron que el invierno podía llegar a congelar el corazón más cálido, pero yo aún guardo la esperanza de que el corazón convierta el invierno en verano. Solo espero estar ahí para presenciarlo».

Las palabras susurradas en su oído apenas hacía unas horas cobraron vida de nuevo y de pronto sonaron como una despedida: una confesión final al amor de tu vida para que sepa, una vez hayas marchado de este mundo, que de verdad lo amaste con locura. Lo peor de todo era que Georgiana fue consciente en ese preciso instante de que ya habían hecho desaparecer el invierno, solo que en lugar de convertirlo en verano, lo habían vuelto un triste otoño en el que las hojas que caían no eran otra cosa que lágrimas e ilusiones rotas, pero esta vez casi sin esperanza de que apareciera la primavera.

Era ese típico momento en la vida en que te das cuenta de algo demasiado tarde y te reprochas a ti misma haber sido tan terca y cerrada a unos sentimientos.

¿Por qué? ¿Por miedo a la dependencia? ¿Al sufrimiento? ¿No era ese el riesgo que todos los seres humanos debían correr al menos una vez en la vida para alcanzar la felicidad?

Maldijo a Alec por hacerle eso, por hacerla sentir para luego destrozarla, y se maldijo a sí misma por no haber podido identificar antes sus sentimientos hacia él. Por no haber sabido diferenciar la atracción y el cariño de aquella necesidad de verlo siempre, de sentirlo cerca; de aquellas ganas irremediables de estar a su lado, de escuchar de su voz. Cuando empezó a importarle poco que los descubrieran en alguna posición comprometida solo para verlo, cuando alababa sus cualidades en silencio y cuando su corazón daba un pequeño vuelco al escuchar un «te amo» de sus labios, debió haberlo sabido.

Sí, Georgiana maldijo en silencio todas las circunstancias, pero sobre todo, maldijo al destino que, en un acto cruel, podía arrebatarse la posibilidad de decirle que lo correspondía.

—¿Dónde es el duelo? —preguntó sin pensarlo. De hecho, la idea que elucubraba en ese momento no era nada factible si se pensaba con claridad, por eso prefería no analizarla en demasía y, por primera vez en toda su vida, apoyar un acto imprudente.

Lady Coventry, dudosa, le explicó el lugar específico en las afueras de Londres donde se realizaría el enfrentamiento. Georgiana no necesitó preguntar los motivos del duelo, pues no había que ser demasiado inteligente para suponer que era porque habían descubierto al difamador y era el deber de Alec no solo limpiar el nombre de su esposa, sino el suyo propio, que había quedado manchado. Aunque, por supuesto, Georgiana sabía que el principal motivo era ella, porque el hombre no dudaría en matar para defenderla.

Solo por tener esa certeza, apuró su paso hacia las caballerizas hasta casi correr. La actividad apenas comenzaba en la casa de los condes y solo un somnoliento mozo de cuadras rondaba las caballerizas a esas horas. Georgiana lo ignoró y se dirigió hacia el semental negro que pertenecía al conde de Granard y que de vez en cuando usaba para participar en competencias en Ascot.

Lo tomaría prestado.

El fiero animal soltó un fuerte relincho al detectar a una persona desconocida y se alejó como precaución. Georgiana nunca había sido muy amante de los animales, ni tenía ese don especial para calmarlos como otros; su desesperación por llegar tampoco ayudaba en algo que no fuera espantar más al animal, pero aún así, y sabiendo que el tiempo corría, extendió una mano y acarició al caballo detrás de la oreja.

—Me vas a ayudar, ¿verdad que sí? —le dijo con tono suave al animal, que pareció relajarse un poco con la caricia. Georgiana se fue acercando a él con una paciencia con la que se sorprendió a sí misma, y agradeció al cielo cuando el caballo no opuso resistencia al ser montado.

Así pues, y ante la sorpresa del único mozo que había en el lugar, salió cabalgando a horcajadas del establo, agradeciéndole a Dereck interiormente por haber insistido en enseñarle ese método poco ortodoxo de montar a caballo hacía ya algunos años.

Si alguna de las matronas que la conocían —o su madre— la vieran ahora montando apenas despuntaba el sol, a horcajadas y por las calles de Londres, entrarían en un ataque de histeria. Su madre la negaría como hija suya (si no lo había hecho ya) y el pase a Almack's y todas las veladas respetables le habría sido retirado (en el caso de que, por algún motivo, lo hubiera conservado después de la boda). La gente hubiera estado complacida de murmurar que la perfecta joven, ahora no era más que una Allen, con todo lo que el apellido conllevaba. Pero en ese preciso instante, a Georgiana no le importaba; quizá jamás debió darle tanta importancia, y podía ser que la situación fuera en ese momento otra, pero no tenía tiempo para analizarlo. Sentía que hacerlo sería disminuir el esfuerzo de llegar a su destino, y necesitaba cada gramo de concentración para

mantenerse encima del caballo mientras lo azuzaba con una frecuencia inusual.

Llegó un punto del camino en que la respiración comenzó a faltarle porque no estaba acostumbrada al ejercicio, pero la necesidad de aire de sus pulmones no fue suficiente para instarla a detenerse aunque fuera un segundo. Sentía que, si lo hacía, sería letal.

Se pasó toda la cabalgata maldiciendo a los hombres y su forma poco diplomática de arreglar las cosas. Ella misma se sorprendía por las palabras poco correctas que su mente osaba nombrar a su esposo y a su hermano, que no dudaba era el padrino a falta de no poder ser el duelista.

Se detuvo solo un instante para ubicarse, respirar y seguir el camino. No le fue difícil localizar el sitio a pesar de que el sol aún no estaba en su máximo esplendor para iluminarle el terreno, pero sí pudo iluminarle a las figuras difusas que en ese momento conversaban. Dereck y otro hombre desconocido. Al lado de cada uno se encontraban Alec y...

¿Ese era lord Carisbrooke?

Sorprendida, Georgiana se acercó esa vez a paso más lento para que sus pulmones recopilaran el aire suficiente para poder hablar. Se suponía que los padrinos debían estar discutiendo si era necesario el duelo o habría otra forma de menguar la ofensa. Por supuesto, siendo su hermano uno de los padrinos, la única forma radicaba en un tiro directo al corazón.

Como si sintiera la intensidad de sus sentimientos, Alec desvió la vista de la conversación y dio con ella a varios metros de él. Decir que parecía sorprendido era quedarse corto, pero también había cierta vergüenza en sus ojos.

En esa ocasión, Georgiana no se dejó tranquilizar por sus ojos arrepentidos. Furiosa como nunca había estado en su vida, se acercó a los hombres, que mostraron clara perplejidad al verla ahí.

Sin pensar en ni una sola de sus palabras, dijo:

—¿Cómo te has atrevido, Alexander Allen, a hacer esto? ¿Cómo? —Irguió los hombros, intentando aparentar un poco de dignidad y autoridad, aunque prefería no pensar en cómo estaba su aspecto en ese momento. Sin duda, un cabello que no había sido peinado desde la noche anterior y que, además, había sido sometido al aire frío del amanecer, no debía darle mucha seriedad a su pose—. ¿Cómo has podido mantenerme al margen de esto? ¿Cómo has podido venir a batirme en duelo a escondidas? Pero, sobre todo... ¿Cómo has podido arriesgarte a abandonarme cuando cada día me hiciste más adicta a ti? ¿Planeabas acaso matarme? ¿Te esforzaste tanto en derretir el invierno para luego dejar que lo que floreció se volviera un triste otoño?

Georgiana sintió que perdía fuerzas y apretó las riendas del caballo para mantenerse estable. Alec, al percatarse de su estado, se apresuró a ir hacia ella y ayudarla a bajar, sosteniéndola entre sus brazos.

—¡Malditos hombres y su código de honor! —exclamó, lanzándole una mirada fugaz a todos los presentes, entre ellos, el conde de Coventry y Lord Granard—. Qué fácil consiguen que una

dama pierda la compostura.

Un silencio sepulcral se instaló en el lugar. Alguien le colocó un abrigo sobre los hombros, y solo entonces Georgiana fue consciente de que estaba temblando. Hasta ese momento, la furia y el ejercicio habían hecho que el frío del amanecer pasara inadvertido.

—Geo... ¿Cómo te enteraste?

Ella le dirigió una mirada fulminante.

—¿Importa, acaso? No tenían ningún derecho a mantenerme al margen.

—Sabíamos que no te lo tomarías bien —dijo Dereck, consiguiendo trasladar la mirada asesina de Georgiana a él.

—¿Cómo querías que me lo tomara? ¿Qué asintiera con tranquilidad ante la posibilidad de quedar viuda?

—Soy buen tirador —acotó Alec, pero ella lo ignoró.

—Ni yo tengo tanto autocontrol, Dereck.

—Y el que tenías, por lo visto, se ha ido perdiendo —añadió él, consiguiendo enardecerla más.

—¿Vamos a continuar o no? Ya el sol se está poniendo —habló una voz por detrás, a quien Georgiana reconoció como el otro padrino. Observó bien al otro duelista y confirmó que se trataba de lord Carisbrooke.

Así que había sido él...

—¡Cállese! —gritó Alec, con una brusquedad que la sorprendió—. Geo... No podía permitir que esto se quedara así. Ese hombre ha difamado tu nombre.

—Ese hombre, por lo visto, es un imbécil que no merece que corras el riesgo de morir por su culpa. [\[Office32\]](#)Una persona capaz de difamar el nombre de una dama por puro orgullo no merece ni una mirada.

Lord Carisbrooke dio un respingo, pero mantuvo esa expresión hostil y arrogante que lo caracterizaba. No era un hombre especialmente apuesto, pero Georgiana lo había creído de palabra y con honor. Ahora se preguntaba en qué diablos estaba pensando cuando iba a aceptar su propuesta.

Reconsideró seriamente ir a darle las gracias a Richard Allen.

—Merece un tiro que le destroe el corazón —interrumpió Dereck con amargura—. No lo entiendes, Georgiana.

—No, no lo hago. Juraría que eran seres racionales. —Se giró hacia Alec, y con un tono de súplica que no se reconoció, dijo—: Tú... Tú dijiste que me amabas. Uno no se arriesga a dejar sola a la persona que ama, Alec. No lo hagas.

A Alec le sorprendieron bastante sus palabras, y no era para menos. Ella misma estaba sorprendida por su propia efusividad. Nunca se había mostrado tan clara expresando sentimientos,

pero en ese momento, las trabas comunes que se ponía habían desaparecido. Que existiera la mínima posibilidad de perderlo o de que saliera herido había confirmado lo que sospechaba pero se había negado a sí misma.

Lo amaba, sí. En algún punto de todos sus líos, se había enamorado de él: de su personalidad, su afabilidad, la manera en que la trataba y la miraba como si fuera el ser más especial del planeta; el hecho de que fuera capaz de hacerlo todo por ella.

La había derretido.

—Geo... Se ha negado a desmentir el asunto. No podemos dejarlo así. No me pasará nada, te lo juro. Hasta ahora no he fallado un tiro.

Las ganas de gritar invadieron a Georgiana con una fuerza sorprendente. Por primera vez, la compostura había pedido vacaciones.

—Prefiero que no sea esta la primera vez. Alec, si te pasa algo, yo... —Su voz se fue apagando y tuvo que tragar saliva para seguir—. Si te pasa algo... ¡Maldita sea! Si te pasa algo, una parte de mí morirá. Entonces sí seré verdaderamente fría, porque no me veo capaz de sentir de nuevo lo que siento ahora. Tardé demasiado en darme cuenta para ahora quedarme así, sola. Te amo, Alec. No se te ocurra dejarme.

Si no lo hubiera sorprendido tanto, se habría reído por el tono de orden que tenía la última oración. Pero no podía percatarse de esas nimiedades cuando sus oídos acaban de escuchar lo que tanto anhelaba. Desde que había llegado montada a caballo y gritando «¿Cómo te atreves, cuando me has vuelto adicta a ti?», su corazón ya había dado un vuelco, y la esperanza, aquella que no necesitaba casi nada para avivarse, había aparecido. Solo necesitaba confirmación.

Dereck se apartó un poco para darles intimidad y, sin poder evitarlo, Alec la abrazó. Georgiana se apretó contra sí y apoyó la cabeza en su pecho, reconfortándose con su calor, con su cercanía.

—Al diablo con el escándalo —le dijo ella entre sus brazos—. Que lo mates no va a hacer que desaparezcan las murmuraciones, y no vale la pena que puedas salir herido en el proceso. No te afirmaré que no me vaya a afectar en un principio, pero estoy segura de que puedo superarlo si estás conmigo. Tienes que quedarte.

No era un ruego, sino una orden.

Él la apretó con más fuerza y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Geo... Eres lo más especial que me ha pasado, ¿lo sabías? Creo que no te puedo decir todo lo que me gusta de ti porque no acabaría nunca; tampoco puedo decirte el momento exacto en que pasó, porque ni yo mismo lo sé. Pero me fascinaste desde nuestro primer encuentro, y creo que algo de mí ya sabía que te pertenecía. Porque te pertenezco, Geo. Mi corazón es tuyo para que hagas con él lo que quieras: congelarlo, mantenerlo a tu merced, lo que quieras. Te amo y no me importa nada más. Jamás te abandonaré ni aunque mi vida dependiera de ello.

Por primera vez en su vida, Georgiana sintió deseos de llorar de felicidad. Todo lo que estaba a su alrededor desapareció y solo quedaron ellos dos. La voz profunda de Dereck, que discutía en ese momento con lord Carisbrooke y su padrino, se volvió un eco, y ellos solo pudieron ser conscientes del cuerpo del otro, de su calor, de su presencia, de la certeza de tener a un amor correspondido a su lado y la necesidad de aferrarse a él como un náufrago se aferraría a la piedra que lo mantiene a flote y con vida.

Porque eso era el amor: vida, alegría y dicha. Su calidez podría derretir mil inviernos, y en el caso de ellos, hacer florecer muchas cosas bellas...

Y, bueno, también algunos problemas.

Epílogo

Un año después...

Ambos individuos, cada uno en una esquina diferente del salón y acompañados por un grupo diferente de personas que los entretenían, soportaban con tedio la velada que cada vez se hacía más aburrida. Al menos para dos personas que habían aprendido a vivir sin mucha actividad social.

La mujer de extravagante vestido azul rey y cabellos dorados sacó un hermoso abanico de su ridículo y tocó el respaldo de la silla que se encontraba a su lado, demostrando impaciencia; luego, abrió el abanico y lo cerró rozando sus ojos.

Ante la pregunta, el hombre de la otra esquina sonrió y se encogió de hombros, para luego señalar al grupo de hombres que parecía debatir algo importante. La mujer hizo un gesto enfurruñado y, con autoridad, volvió a abrir el abanico y se cubrió la cara con él para, posteriormente, avanzar hacia el balcón.

Sin poder desobedecer una orden tan directa, el hombre la siguió.

Una vez en el balcón, ella sonrió.

—Quiero irme a casa —declaró la mujer, juntando las manos a sus espaldas—. Esto está cada vez más aburrido.

—Lo escucho y no lo creo —se burló el hombre—. Lady Georgiana no queriendo estar en una velada.

—Hay cosas que simplemente cambian. Creo que incluso podría agradecerle a lord Carisbrooke por enseñarme a ordenar prioridades.

Quizás era un poco exagerado; Georgiana jamás podría agradecerle nada a ese hombre que había vuelto su vida una pesadilla hacía un año, aunque era cierto que ser excluida parcialmente de la sociedad le había hecho ver que, en realidad, le concedía más importancia al «ser aceptada» de la que en verdad tenía.

No iba a negar que fuera bastante duro al principio, pero tal y como vaticinó Alec, al final la gente se olvidó de ello. O, mejor dicho, se cansó de hablar del tema. Ahora eran invitados a aquellas veladas que no temían la presencia de los Allen en sus casas.

Sobre lord Carisbrooke... Georgiana no tenía idea de qué había sido de él, y tenía el presentimiento de que no deseaba saberlo. Un día simplemente desapareció de Londres. Todos desconocían su paradero y el motivo.

—No lo digas ni en broma —dijo él totalmente serio, pero su semblante se ablandó al ver que

ella sonreía—. ¿Me ha obligado a venir hasta aquí nada más que para quejarse, lady Georgiana? —bromeó él—. Había asuntos importantes que estaba hablando allí dentro. Eso no lo hace una buena esposa.

—¿Que yo le he obligado? —manifestó ella, fingiendo ofensa—. Si yo solo jugaba con mi abanico, señor Allen. Habrá usted malinterpretado algo.

—¿Insinúa que no me preguntó primero cuándo nos veíamos, y luego me ordenó que la siguiera apenas saliera?

Ella fingió inocencia.

—¿Eso hice? Fue sin intención, se lo juro.

—No, no, lady Georgiana. Conozco muy bien el lenguaje del abanico, sé lo que quiso decir.

—Así que lo conoce bien, ¿no señor Allen? ¿Qué tal una pequeña prueba?

Georgiana abrió el abanico y se abanicó con él en el ángulo perfecto para que este moviera uno de los mechones que adornaban su cara.

—¿Piensa en mí? —adivinó él.

Ella cerró lentamente el abanico.

—¿Sí? Quién lo diría —se regocijó—. Algo más que no es ella misma ocupa el pensamiento de lady Georgiana.

Ella lo golpeó con el abanico, dejándole saber su molestia. Alec solo rio.

—Eres un tonto, pero... —Miró distraídamente los dibujos del abanico y esbozó una sonrisa.

—¿Te gusto? ¿Solo te gusto? —preguntó él, ofendido—. Qué triste, lady Georgiana, usted que tiene mi corazón entero.

Ella cerró el abanico y se lo mostró.

Él negó con la cabeza y ella arrugó el ceño.

—No te quiero; te amo, que es diferente.

Los ojos de ella demostraron dicha plena, y como aquella vez en ese mismo balcón y hacía exactamente un año, ella se abanicó con frenesí en un «te amo» silencioso.

Alec se acercó más a ella con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—¿Puedo besarla, lady Georgiana?

Ella apoyó el abanico a medio abrir sobre sus labios en confirmación, y él no necesitó más para apoderarse de su boca, cuyo movimiento de labios no era otra cosa que otro lenguaje más antiguo y silencioso para expresar sentimientos.

Un lenguaje que no mentía, porque era la representación del amor.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Office1] Creo que aquí querías decir «impertérrita».

[Office2] Para que no quede muy repetitivo, pondría «de esa misma mujer», incluso cambiaría lo de «mujer» por otro sinónimo. Por el tono en que lo cuenta, a lo mejor un «dama» en cursiva (cuestionando su origen noble en base a su comportamiento) quedaría bien.

[Office3] Al usar el verbo «ser» deberías poner adjetivos (problemáticos, escandalosos...). Si quieres dejar lo de problemas, ¿qué tal «significaban» o «traían» en lugar de «eran»?

[Office4] El verbo «instar» siempre va con «a» («instó a Alec»). Como sugerencia y para no cambiar lo que sigue, y como veo que es la tercera vez que le repite que aclare el asunto, quizá quedara mejor «insistió mirando a Alec...»

[Office5] Lo mismo te digo que antes. Puede instarlo a responder, instarlo a explicarse, a replicar, pero no instar a secas

[Office6] La que puso fin «al cortejo de lord Coventry», ¿no?

[Office7] No lo he leído nunca, y parece que te refieres a que se los blanqueó como se blanquean los dientes. «Puso los ojos en blanco» o «bizeó» (a secas, sin el «ojos») mejor.

[Office8] Revisa esta frase. «El matiz de la mirada...»; o si no «La mirada que le dirigió bien pudo haberse catalogado de *horrorizada*».

[Office9] Con «todas» parece que tiene unas cuantas; te sugiero poner «las mejillas» a secas

[Office10] Si esa mujer seguía soltera, había algo *que lo provocaba*, o que le evitaba *encontrar esposo*; la frase por sí sola suena coja

[Office11] He visto que sueles poner mucho «embozar» en vez de «esbozar» (cuando te refieres a sonrisas). Recuerda que «embozar» significa cubrir, disfrazar o atascar (un conducto o desagüe) y no tiene mucho sentido en estos contextos.

[Office12] Has puesto una frase igualita hace un par de intervenciones; te lo señalo por si no quieres repetirlo.

[Office13] Siempre pones «traer a colación» como sinónimo de «mencionar algo» cuando en realidad significa «dar pruebas o razones en favor de una causa». Recuerda que es «sacar a colación».

[Office14] <https://www.fundeu.es/consulta/la-autoestima-2150/>

[Office15] ¿«de que estaba metida en un grave problema» o «de que se estaba metiendo en un grave problema»?

[Office16] Parece que falta una palabra aquí; «y, en la mayoría de los casos, causaba/provocaba/conllevaba la ruina...»

[Office17] Pones muy a menudo «en verdad». Te estoy suprimiendo algunos cuando no aportan nada a la frase salvo un aire coloquial (cosa que no queremos en una novela histórica, por lo que presupongo), y cuando sí tienen algo que hacer, lo cambio por «de verdad». Lo de «en verdad» es una locución que se usa en el lenguaje hablado pero en narrativa no es muy apropiado a no ser que quieras decir estrictamente «verdaderamente».

[Office18] Creo que aquí querías poner voz, pero si no, basta con rechazar esta sugerencia.

[Office19] Creo que hablar de automatismo en una novela de 1819, aunque se trate de un narrador omnisciente que bien puede estar contando la historia desde la actualidad, no es lo más apropiado, pero por si acaso te lo dejo.

[Office20] Repites mucho lo de «el hombre», «la mujer», y creo que para que haya más variedad de vocabulario deberías, en general, buscar sinónimos. Un ejemplo podría ser caballero, o simplemente suprimir las aclaraciones, ya que no siempre son necesarios. También pasa con «personas», una palabra que no transmite mucho y que cuando es repetitiva empieza a chirriar.

[Office21] Revisa esta oración, parece que le falta algo

[Office22] Revisa. ¿Por?

[Office23] No se entiende muy bien qué quieres decir aquí

[Office24] Es la primera vez en todo el texto que te refieres al público o das a entender que hay un público leyendo. Creo que este tipo de cosas es mejor ponerlas desde el principio y explotarlas y no meterlas aquí de pronto, porque podrían descolocar. Si quieres cambiarlo, una sugerencia sería «llámese»

[Office25] Yo especificaría que se trata de Clarice

[Office26] Esto está para las promos, jajajaja

[Office27] Te lo subrayo porque creo que es Melbourne

[Office28] Revisa esto

[Office29] Revisar

[Office30] Suena muy latino. Sugerencia, si quieres: salir *herida* como tu *madre*.

[Office31] Extrañar también es muy latino

[\[Office32\]](#) Revisa esta oración, me suena regular. Más bien Alec no merece el riesgo de morir por culpa del imbécil ese, ¿no?